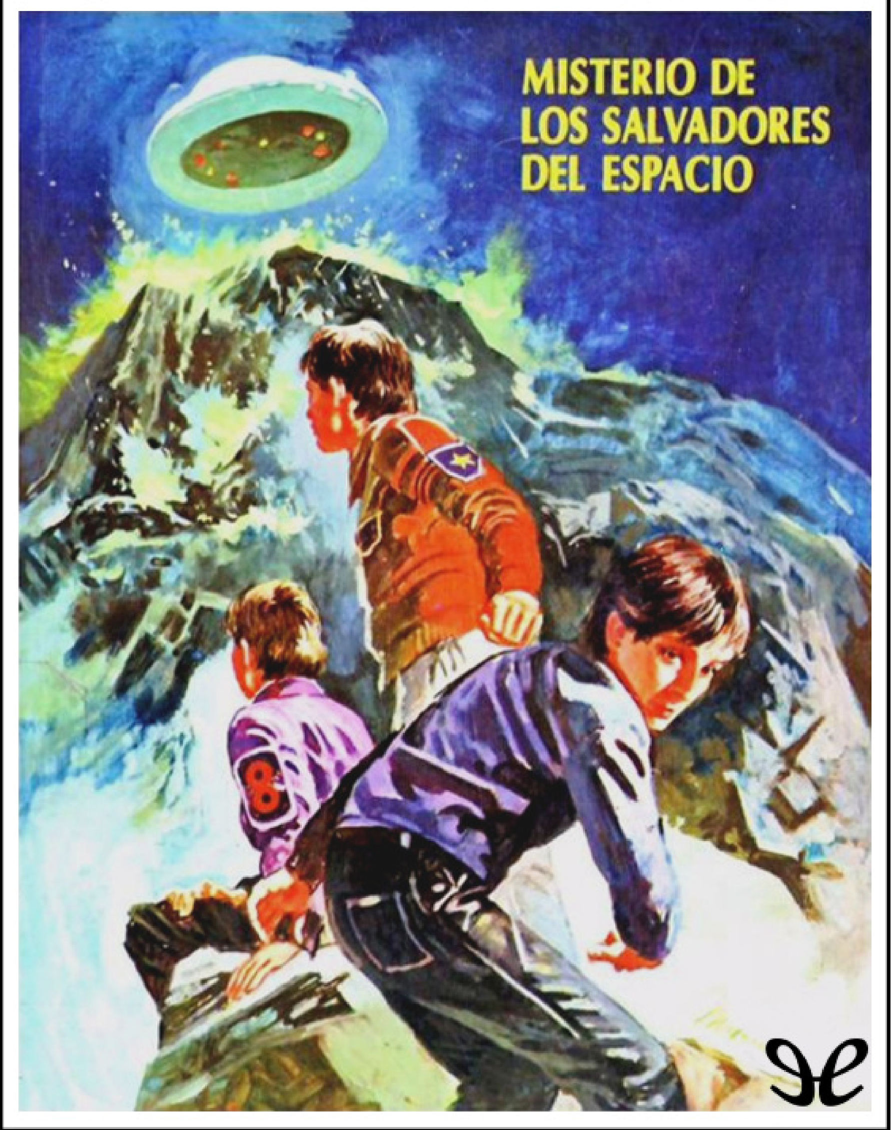
ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio de los salvadores del espacio

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 32

ePub r1.3

Titivillus 28.12.16

Título original: *The mystery of the blazzing cliffs*
M. V. Carey, 1981
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Héctor Sebastián

¡Bienvenidos, amantes de los misterios!

Hace muy poco tiempo que conozco a los Tres Investigadores, pero me han impresionado hondamente… y, con mucho gusto, me comprometí a presentarlos a aquellos que todavía no conocen sus hazañas.

Jupiter Jones, el primer investigador y jefe del grupo, es un muchacho un poco orondo, que posee una memoria maravillosa y talento para descubrir la verdad en las situaciones más extrañas.

Pete Crenshaw, el segundo investigador, es leal y atlético, aunque a menudo se asusta ante las situaciones críticas en que le mete Jupe.

Bob Andrews, el tercer investigador, es un chico sosegado y muy estudioso, pero también es capaz de llevar a cabo cualquier acción valerosa. Es él quien se ocupa del archivo y de la investigación bibliotecaria del grupo.

Los tres amigos viven en una población costera de California, llamada Rocky Beach.

En las páginas de este libro, conoceréis a un millonario que ha construido una fortaleza para mantenerse apartado del mundo, y a una mujer que espera ser salvada por los extraterrestres de un universo lejano. ¿Fantástico? Sí, lo es. Y también peligroso, cuando los Tres Investigadores se ven enfrentados a un viajero intergaláctico encargado de una misteriosa misión en la Tierra.

Si he logrado despertar vuestro interés, ya que me doy por bien pagado. Ahora, empezad por el capítulo primero y estremeceos de emoción con esta aventura.

HÉCTOR SEBASTIÁN

CAPÍTULO 1

El hombre iracundo

—Roza con un solo dedo este coche y te haré pedazos —gritó Charles Barron.

Jupiter Jones estaba en el camino particular del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, y contemplaba la escena muy interesado. Lo más probable era que Barron estuviese bromeando.

Pero Charles Barron no bromeaba. Su esbelto cuerpo se hallaba en tensión por la rabia que le consumía. Su rostro, coronado por un pelo color gris acero, estaba rojo, apretaba los puños y miraba fijamente a Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban en la chatarrería.

La cara de Hans estaba pálida por el asombro. Le había ofrecido al señor Barron apartar un poco su «Mercedes» que bloqueaba la valla delante de la oficina del «Patio Salvaje».

—Pronto llegará un camión cargado de tablas —volvió a explicar Hans—, y aquí no hay sitio para que pase. Si puedo apartar su automóvil…

—¡No apartarás nada y menos mi coche! —rugió Barron—. ¡Ya estoy harto de incompetentes que hacen lo que quieren con mis cosas! ¡He aparcado el auto en un buen sitio! ¿Es que la gente hoy no tiene idea de cómo se hacen los negocios?

Titus Jones, tío de Jupiter, apareció de repente por detrás de un montón de chatarra.

—Señor Barron —replicó con severidad—, agradecemos sus sugerencias, pero no tiene derecho a insultar a mis ayudantes. Y ahora, si no quiere que Hans aparte su coche, será mejor que lo haga usted. ¡Y de prisa porque, decida usted lo que decida, mi camión entrará aquí!

Charles Barron abrió la boca, seguramente para gritar de nuevo, pero, antes de que pudiese proferir un solo sonido, una mujer de

mediana edad, de tipo esbelto y con el cabello castaño, avanzó casi corriendo desde el fondo del local. Cogió a Barron por el brazo y lo miró con expresión suplicante.

—Charles, por favor, aparta el coche —pidió—. No quiero que le ocurra nada.

—No tengo intención de permitir que le ocurra nada —replicó Barron.

A continuación, se metió en el «Mercedes» y puso en marcha el motor. Un instante después maniobraba el automóvil por el amplio espacio contiguo a la oficina, y el mayor de los dos camiones de la chatarrería pudo cruzar la portalada con una carga de tablas y maderos.

La mujer del cabello castaño le sonrió a Hans.

—Mi esposo no pretendía ofenderle, realmente —se disculpó—. Es… es que tiene un carácter algo impaciente y…

—Yo sé cómo se conduce un coche —la atajó Hans—. Durante muchos años he conducido los vehículos del señor Jones y jamás he sufrido un accidente.

Tras estas palabras, Hans dio media vuelta y se alejó.

—¡Oh, Dios mío! —gimió la señora Barron.

Paseó su desvalida mirada desde tío Titus a Jupiter, y de éste a tía Matilda, que acababa de salir en aquel momento de la oficina.

—¿Qué pasa con Hans? —quiso saber tía Matilda—. Está tremendamente agitado…

—Bueno, temo que mi esposo se mostró un poco rudo con él —reconoció la señora Barron—. Charles no está hoy de muy buen humor. Una camarera derramó un poco de café y Charles se pone malhumorado cuando la gente no sabe cumplir con su obligación. Hoy día, ésta es la verdad, la gente es bastante torpe. A veces, desearía que hubiese llegado ya la hora de la liberación.

—¿La liberación? —repitió tío Titus.

—Sí. Cuando vengan de Omega nuestros salvadores —explicó la señora Barron.

Tío Titus la miró sin comprender, pero Jupiter asintió con la cabeza, en gesto de entendimiento.

—Hay un libro titulado *Ellos están entre nosotros* que habla de esos salvadores —aclaró Jupiter, dirigiéndose a su tío—. Lo ha escrito un individuo llamado Contreras. Describe una raza de

personas del planeta Omega. Nos están vigilando y, cuando sobrevenga una catástrofe a la Tierra, nos rescatarán de manera que no se pierda para siempre nuestra actual civilización.

—¡Oh, conoces la liberación! —se entusiasmó la señora Barron —. ¡Es estupendo!

—Es ridícu… —empezó a proferir tío Titus, pero tía Matilda se le adelantó diciendo con un tono más práctico y decidido.

—Jupiter sabe muchas cosas. A veces, incluso creo que demasiado.

Entonces, tía Matilda cogió a la señora Barron del brazo y se la llevó consigo, habiéndole atropelladamente de las ventajas de varias sillas de cocina usadas. Fue en aquel instante cuando se presentaron en la chatarrería los dos amigos de Jupe, Pete Crenshaw y Bob Andrews.

—Buenos días. Pete —los acogió tío Titus—. ¿Cómo estás, Bob? Llegáis a tiempo: la señora Jones os ha preparado trabajo, muchachos. Ya os lo contará cuando terminemos con esos clientes.

Sin aguardar respuesta, tío Titus se acercó al señor Barron, que ya había cerrado el coche y parecía estar más enfadado con la gente en general que con Hans en particular.

—Os habéis perdido el drama —les dijo Jupe a sus amigos—, pero aún habrá más.

—¿Qué ha sucedido? —se interesó Bob.

—Tenemos un cliente de muy mal carácter —sonrió Jupe—. Cuando no le grita a Hans, escoge cosas muy raras para comprarlas.

Jupe señaló hacia el fondo del local.

Los tíos del muchacho estaban enseñando a los esposos Barron una antigua máquina de coser que todavía funcionaba. Y, mientras los tres amigos estaban mirando hacia allí, tío Titus cogió la máquina y se fue a dejarla junto con las demás adquisiciones efectuadas ya por el señor Barron. Entre tales cosas se contaban dos estufas para leña, una batidora para hacer mantequilla con un asa rota, un viejo telar a mano y un fonógrafo de manubrio.

—¡Vaya montón de chatarra! —comentó Pete—. ¿Qué van a hacer esos tipos con una batidora rota? ¿Convertirla en una sembradora?

—Quizá coleccionan antigüedades —supuso Bob.

—No lo creo —le refutó Jupiter—, aunque algunas de esas cosas

son bastante viejas como para considerarlas antigüedades. Pero los Barron, al parecer, quieren utilizarlo todo. La señora Barron le ha preguntado a tío Titus el funcionamiento de cada uno de esos trastos. Sí, algunos están rotos, como la batidora, pero todos pueden componerse de nuevo. Las estufas ya están reparadas. El señor Barron les quitó la tapa y examinó las rejillas para asegurarse de que estaban intactas, y ahora está adquiriendo todas las tuberías de estufa que tenemos a mano.

—¡Seguro que tía Matilda se siente muy feliz! —exclamó Pete—. Se está deshaciendo de una serie de cosas que ya consideraba invendibles. Tal vez tenga suerte y esos clientes se conviertan en parroquianos fijos.

—Le gustaría mucho, claro, pero no a tío Titus —repuso Jupe—. No soporta al señor Barron. Es que es un hombre rudo y muy poco razonable y, desde que llegó esta mañana y halló el portón cerrado, está terriblemente furioso. Dijo que de nada le servía levantarse de madrugada si todos los demás dormían hasta mediodía.

—¿Dijo esto a las ocho de la mañana? —se admiró Bob.

—Sí —asintió Jupiter—, eso dijo. La señora Barron es mucho más tratable, pero el señor Barron está seguro de que todo el mundo quiere engañarle o de que nadie conoce su negocio.

Bob se mostró pensativo unos instantes.

—Se llama Barron, ¿eh? Hace unas semanas, en Los Ángeles Times había un artículo respecto a un individuo llamado así. Si es éste mismo, se trata de un millonario que adquirió un rancho no lejos de aquí, por el Norte. Piensa bastarse en todo a sí mismo y cosechar su propia comida.

—De manera que para esto desea la batidora —resumió Pete—. Hará su propia mantequilla y… y… ¡Eh, Jupe, se dirige directamente a nuestro puesto de mando!

¡Era verdad! Al otro extremo del local. Charles Barron había apartado unas tablas astilladas con el fin de examinar una silla de jardín oxidada. Jupe comprendió que se hallaba muy cerca de la barrera construida cuidadosamente con chatarra, que ocultaba un viejo remolque que era el puesto de mando de la agencia de detectives juvenil de los Tres Investigadores.

—Lo apartaré de allí —manifestó Jupe, que no quería que tía Matilda recordara la existencia del remolque que ellos utilizaban.

Cierto, tía Matilda y tío Titus les habían regalado el viejo remolque a Jupe y sus amigos para que lo usaran como una especie de casino, pero no sabían que en su interior había ahora un teléfono, un laboratorio pequeño pero muy eficaz y un cuarto oscuro para el revelado de fotografías. Sabían, eso sí, que los tres muchachos se llamaban a sí mismos los Tres Investigadores y que habían solucionado algunos misterios, mas no estaban enterados de la seriedad con que los tres amigos se tomaban su papel de detectives… ni cuántas veces habían estado en verdadero peligro. Tía Matilda no lo habría aprobado. Creía que los chicos se dedicaban solamente a reparar los objetos viejos de la chatarrería, a fin de volverlos a vender.

Jupiter, por tanto, dejó a sus amigos en el pasillo particular y corrió hacia el otro lado del local. El señor Barron miró en torno suyo y frunció el ceño cuando Jupe se le aproximó, mas éste fingió no darse cuenta.

—Ya veo que le gustan las cosas viejas —le espetó al malhumorado cliente—. Tenemos una bañera con patas en forma de garras cerca del taller y un tílburi que parece viejo pero no lo es. Lo construyeron para una película del Oeste y se halla en perfectas condiciones.

—No necesitamos ninguna bañera —rechazó el señor Barron—, pero podría echarle un vistazo a ese carricoche.

—Lo había olvidado —se apresuró a intervenir tío Titus—. Gracias, Jupe, por haberlo mencionado.

Tío Titus y tía Matilda condujeron a los Barron lejos del viejo remolque y Jupe volvió junto a sus amigos.

Jupiter, Pete y Bob todavía se hallaban conversando cerca de la oficina cuando salieron de nuevo Barron y su esposa, tras haberse decidido en contra del carricoche. Se quedaron en el pasillo con tío Titus y empezaron a discutir la manera de transportar toda la mercancía adquirida.

—Estamos a quince kilómetros al norte de San Luis Obispo y a seis de la autopista general —explicó Barron—. Puedo enviar a un hombre con un camión a recoger estas cosas, pero preferiría no tener que hacerlo. Mis empleados están ahora muy ocupados. Si usted puede enviarme las estufas y lo demás, le pagaré el transporte.

Hizo una pausa y miró suspicazmente a tío Titus.

—Pero no le pagaré más de lo debido —advirtió.

—Ni yo le cargaré más de lo debido —replicó tío Titus—. De todos modos, no acostumbramos a transportar nuestras ventas tan lejos y…

El señor Barron empezó a poner mala cara.

—Un momento, tío Titus —intervino Jupiter. Su redondo semblante mostraba cierta ansiedad bajo una mata de pelo negro—. Tú pensabas ir hacia el Norte, ¿te acuerdas? Sí, para examinar aquel bloque de apartamentos de San José que están a punto de derribar, con el fin de ver si podías aprovechar algo. Bueno, podrías dejar las cosas del señor Barron de paso y así el transporte no costaría mucho.

—¡Cielo santo! —se admiró el señor Barron—. ¡Un joven que piensa con la cabeza! ¡Nunca dejaré de asombrarme!

—Los jóvenes pueden ser muy inteligentes —observó tío Titus con frialdad—. Está bien. Es una buena idea. Alguien debe ir a ver ese derribo de San José. Pero se trata de un viaje de dos días. No, yo no puedo realizarlo antes de una semana.

—Nosotros sí podemos ir —aventuró Jupe rápidamente—. Prometiste que nos darías la oportunidad de comprar algún desguace algún día —Jupe hizo un gesto para incluir a Pete y Bob en la conversación—. ¿Os gustaría ir hacia el Norte?

—¡Magnífico! —aprobó Pete—. Bueno, si no se oponen mis padres.

Bob asintió, muy animado.

—¡Entonces, todo resuelto! —decidió Jupiter al instante—. Hans o Konrad pueden conducir el camión. Nos detendremos en el rancho del señor Barron camino de San José.

Jupe se alejó del grupo antes de que Charles Barron o tío Titus se opusieran a aquel plan.

—¿Cuál es la gran idea? —quiso saber Pete, cuando los tres amigos estuvieron en el cobertizo que servía de taller a Jupiter, ya lejos de oídos indiscretos—. Con toda seguridad, tendremos que descargar el camión en el rancho de Barron y esto resultará bastante pesado. ¿Desde cuándo te muestras tan dispuesto a trabajar en algo tan engorroso?

Jupe se recostó contra su banco de trabajo y sonrió.

—Ante todo, tío Titus nos prometió un viaje de compras hace mucho tiempo y ahora ha surgido algo…

—Sí, como el espantapájaros siniestro —exclamó Bob, al recordar otro viaje de compras que finalmente había quedado cancelado gracias a una espantosa aparición en un campo de maíz.

Aquél había sido uno de los misterios más tenebrosos solucionados por los Tres Investigadores.

—Y después —prosiguió Jupe—, no es mala idea largarnos ahora de aquí.

—¿Por qué? —se atragantó Pete.

—Porque tía Matilda nos ha preparado uno de sus trabajitos. Quiere que rasquemos todo el moho de un corralito infantil y lo pintemos de nuevo. Pero no vale la pena el esfuerzo, porque el metal está demasiado oxidado. Se lo dije, pero no quiso creerme. Piensa que deseo librarme de ese encargo.

—Lo cual es verdad —reconoció Pete.

—Bueno, sí —admitió Jupe—. Pero quizá, mientras estemos fuera, Hans o Konrad empezarán a hacer ese trabajo; tía Matilda comprenderá que no vale la pena y venderá ese trasto sólo como metal.

—Y existe un tercer motivo para ir al Norte —añadió Jupe—. Los Barron son una pareja algo extraña y me gustará ver su propiedad. ¿Poseen realmente un rancho que les basta para todas sus necesidades? ¿Sólo tienen cosas viejas o utilizan también tecnología moderna? ¿Cree de veras la señora Barron en los salvadores?

—¿Los salvadores? —se extrañó Pete—. ¿Quiénes son?

—Una raza de superhombres que nos salvarán cuando se produzca en nuestro planeta una gran catástrofe —explicó Jupe.

—¡Vamos, no bromees! —exclamó Bob.

—No bromeo —aseguró Jupe con los ojos chispeantes—. ¿Quien sabe? ¡Tal vez se produzca esa catástrofe mientras estemos en el rancho y nos salven a todos! ¡Sí, eso podría ser muy interesante!

CAPÍTULO 2

La fortaleza

Fue pasado el mediodía del día siguiente cuando Konrad, el hermano de Hans, puso en marcha uno de los dos camiones de la chatarrería. Las adquisiciones del señor Barron iban colocadas en la parte trasera y Jupiter, Pete y Bob se habían instalado entre las viejas estufas y los demás objetos vendidos por tío Titus al millonario.

—¿Encontraste el artículo de aquel periódico que hablaba del señor Barron? —le preguntó Jupiter a Bob, cuando el vehículo aceleraba hacia el Norte por la autopista de la costa.

Bob asintió y extrajo de su bolsillo varias hojas de papel dobladas.

—Fue hace cuatro semanas, en la sección financiera del Times —explicó—. Hice una fotocopia en la fotocopiadora de la biblioteca.

Desdobló los papeles.

—Su nombre completo es Charles Emerson Barron —continuó—. Es un tipo rico de veras. Siempre lo ha sido. Su padre era el propietario de la Barron Internacional, la compañía que fabrica tractores y útiles de labranza. Los Barron poseían también Barronsgate, la población próxima a Milwaukee, donde nació Charles Barron. Era un antiguo poblado donde todo el mundo trabajaba en su fábrica de tractores y hacían cuanto ordenaban los Barron.

Bob hizo una pausa para estudiar los papeles.

—El señor Barron heredó la Barron Internacional a los veintitrés años de edad y, durante algún tiempo, todo marchó viento en popa. Mas, poco después, los obreros de la Barron Internacional iniciaron una huelga en demanda de menos horas de trabajo y más sueldo. Finalmente, el señor Barron tuvo que concederles lo que solicitaban.

Esto le puso furioso, de manera que vendió la fábrica de tractores y adquirió otra de neumáticos. Pero, al poco tiempo, el Gobierno multó a esa fábrica por contaminación del aire. Barron la vendió y adquirió otra que tenía unas patentes sobre procesos fotográficos y fue demandado judicialmente por prácticas de contratación discriminatorias. En épocas sucesivas, Barron poseyó periódicos y una cadena de emisoras de radio, así como varios bancos, más siempre tuvo líos con los reglamentos gubernamentales, demandas laborales y juicios diversos. Por último, vendió todas sus empresas y se trasladó a un rancho situado en un valle al norte de San Luis Obispo, donde ahora vive en la casa en que nació…

—Creí que había nacido en Milwaukee —le interrumpió Pete.

—Y así fue. Pero hizo que esa casa la trasladaran a California. Esa clase de cosas siempre pueden hacerse cuando se tienen montones de dinero y te aseguro que el señor Barron los tiene. Le llamaban el Barón Barron.

—Claro —terció Jupe—. Es tan bandido como los barones industriales del siglo pasado. ¿Qué otra cosa podrían llamarle?

—Supongo que podrían llamarle el campeón mundial de los gruñones —observó Bob—. Según Barron, los salvajes se están apoderando del mundo y ya nadie se enorgullece de su trabajo. Pronto el dinero carecerá de valor. Las únicas cosas que seguirán en alza serán el oro y las tierras, y por esto compró el Rancho Valverde. Dice que pasará el resto de su vida en Valverde y que allí criará su propia comida y experimentará nuevos cultivos.

Bob se metió el artículo periodístico en el bolsillo y los tres amigos continuaron viajando en silencio. El camión atravesó algunos poblados pequeños y salió a campo abierto donde las montañas empezaban a amarillear a causa del sol estival.

Eran casi las tres cuando Konrad abandonó la autopista de la costa y se internó por la autopista estatal 16SJ, una carretera de doble carril que se dirigía directamente al Este. Unos instantes más tarde, el camión escalaba una cuesta bastante empinada. Luego, la carretera descendía inopinadamente hacia un estrecho valle. Allí no había casas ni se veían coches.

—Esto no tardará en ser un terreno árido, salvaje —observó Pete.

—Todavía lo será más de lo que crees —le corrigió Jupe—.

Consulté el mapa antes de salir de Rocky Beach. No hay ninguna población entre este punto y el valle de San Joaquín.

El camión cruzó otros montes y continuó lentamente la marcha a través de una serie de curvas muy cerradas. Los muchachos observaron que se iban internando en una hondonada natural muy amplia, llana en el fondo y flanqueada por acantilados casi verticales.

La carretera se curvaba hasta doblarse sobre sí misma, y el motor del camión empezó a gruñir y a quejarse, mas al fin llegaron al fondo de la hondonada y la marcha se realizó sobre terreno liso. La carretera estaba bordeada por matorrales y maleza por el lado derecho y, al izquierdo, se hallaba flanqueada por una valla fabricada con cadenas. Más allá de la valla se alzaba un seto de adelfas. Ocasionalmente, algunos huecos de este seto permitían divisar unos prados donde nuevos cultivos crecían en filas llenas de verdor.

—Rancho Valverde —reconoció Bob.

Konrad tuvo que conducir más de un kilómetro antes de frenar y girar a la izquierda. El camión pasó entonces a través de un portón que daba a un sendero de gravilla, el cual iba hacia el Norte, entre campos cultivados y grupos de limoneros.

Jupe se enderezó y dirigió la vista a través de la cabina del camión. De este modo distinguió un nutrido grupo de eucaliptos al frente, con algunos edificios entre ellos. A la derecha del sendero había una construcción de dos pisos que miraba al Sur, o sea, hacia la carretera. A la izquierda, y también cara al Sur, se veía una casa de estilo anticuado y alto tejado, que bien podía calificarse de mansión. Estaba adornada con jengibre bien recortado y unos torreones sobresalían de la amplia y airosa veranda que corría a lo largo de la parte delantera y los costados de la casa.

—Seguro que ésta es la casa que Barron hizo trasladar desde Milwaukee —observó Bob.

Jupe asintió a estas palabras.

Poco después habían pasado entre la mansión y la casita estilo rancho, mucho más sencilla, y el camión rodaba ya por entre una docena de pabellones frente a los cuales jugaban varios niños de cabello negro y ojos oscuros.

Cuando pasó el camión, los niños dejaron de jugar para saludar

agitando las manos. No hubo el menor rastro de una persona mayor hasta que llegaron a una zona despejada, al extremo del sendero de grava. Era un lugar donde los camiones y los tractores estaban estacionados cerca de diversos cobertizos y graneros.

Cuando Konrad pisó el freno, apareció en el umbral de uno de los cobertizos un individuo pelirrojo, de cara rubicunda. Llevaba una podadera en la mano y bizqueó los ojos en dirección a Konrad.

—¿Vosotros venís del «Patio Salvaje»? —preguntó.

Jupe saltó al suelo.

—Me llamo Jupiter Jones —se presentó con aire de importancia. Señaló a Konrad—. Éste es Konrad Schmid, y ésos son mis amigos, Pete Crenshaw y Bob Andrews.

—Me llamo Hank Detweiler —sonrió el pelirrojo—. Soy el mayoral del señor Barron.

—Está bien —dijo Konrad—. ¿Dónde quiere que descarguemos el camión?

—No quiero —repuso Detweiler—. Vosotros no. Los nuestros se cuidarán de esto.

Como a una señal convenida, tres hombres salieron del cobertizo y empezaron a sacar cosas del camión. Igual que los niños que estaban jugando delante de los pabellones, todos aquellos individuos eran muy morenos. Hablaban en español mientras trabajaban y Hank Detweiler comprobaba los objetos en una lista que llevaba atada a la podadera. El mayoral tenía unas manos casi romas, gruesas, con uñas cortas y cuadradas. Su cara estaba casi carmesí, como si sufriese permanentemente de rubéola, y en las comisuras de sus ojos se veían unas arruguitas finas, así como en torno a la boca.

—¿Y bien? —exclamó de pronto, al levantar la vista y darse cuenta de que Jupe le estaba contemplando—. ¿Deseas preguntarme algo?

—Bueno —sonrió Jupe—, usted podría confirmar una deducción que he hecho. Oh, deducir cosas sobre la gente es una de mis chifladuras —explicó.

Tendió la vista hacia los altísimos acantilados que enmarcaban el rancho por tres lados, formando un oasis perfecto, sosegado y pacífico bajo la soleada tarde.

—Por la forma en que tiene usted la piel quemada —continuó—,

deduzco que no lleva mucho tiempo en este valle tan resguardado del sol y del viento. Usted debe estar acostumbrado a los espacios abiertos y a los vendavales.

Por un instante, pudo leerse cierta tristeza en los ojos de Detweiler.

—Muy bien —confesó—. Tienes razón. Yo era el mayoral del rancho Armstrong, cerca de Austin, Tejas, hasta que el señor Barron estuvo allí el año pasado y me contrató. Me hizo una excelente proposición, pero a veces este sitio me da náuseas.

Detweiler dejó la podadera sobre el techo de un coche-grúa que estaba estacionado cerca del cobertizo.

—¿Habéis venido los cuatro desde Rocky Beach sólo para descargar este material? —preguntó—. Ah, habéis sido muy amables. No sé si a vuestra edad yo hubiese hecho lo mismo. Claro que a lo mejor sentíais curiosidad por visitar este rancho, ¿verdad?

Jupiter asintió ávidamente y Detweiler sonrió.

—De acuerdo —accedió—. Si tenéis tiempo os enseñaré toda la posesión. Es un lugar interesante… ya que no se trata de un rancho normal.

El mayoral abrió la marcha hacia el cobertizo donde iban siendo almacenadas las adquisiciones efectuadas en la chatarrería por los esposos Barron. Konrad y los muchachos vieron un almacén atestado hasta las vigas de toda clase de objetos, desde piezas de maquinaria hasta cueros y montones de ropa.

Junto al almacén había una construcción más pequeña que albergaba un taller de maquinaria. Allí, les presentaron a John Aleman, un joven de nariz chata, que era el mecánico del rancho.

—John se cuida de los vehículos y de toda la maquinaria del rancho —explicó Detweiler—. Claro que no debería estar aquí. Tendría que estar en otra parte diseñando plantas eléctricas y sistemas de irrigación.

—Es difícil conseguir un empleo para diseñar plantas eléctricas cuando uno ha abandonado la escuela después del décimo grado —respondió Aleman, aunque sin parecer demasiado infeliz.

Junto al taller había más cobertizos que se utilizaban como depósitos de comida y más allá se hallaba una vaquería que a aquella hora estaba vacía.

—Tenemos vacas tipo Guernseys en el rancho —dijo Detweiler

—, pero la manada está pastando hacia el Norte, más abajo del embalse. También tenemos ganado lanar, con ovejas, cerdos y gallinas. Y, como es natural, tenemos caballos.

Detweiler prosiguió hacia el establo, donde una joven de cabello color de arena, llamada Mary Sedlack, estaba agachada en un pesebre, al lado de un magnífico semental palomino. Tenía la pata izquierda posterior del caballo entre sus manos y contemplaba con el ceño fruncido la ranilla del pie del animal.

—Mary se cuida de nuestros animales cuando están enfermos —explicó Detweiler—. En otras ocasiones, se ocupa de las crías.

—Será mejor que se aparten —les advirtió ella—. Asfodel se pone nervioso si ve gente a su alrededor.

—Asfodel es un caballo difícil —comentó Hank Detweiler—. Mary es la única que se le puede acercar.

Detweiler y los visitantes retrocedieron hasta el aparcamiento del rancho, donde subieron a un auto no muy grande. Detweiler lo condujo lentamente por un camino de tierra que iba hacia el Norte por entre los campos, ya lejos de los cobertizos de almacenamiento.

—En el rancho trabajan cuarenta y siete personas —explicó Detweiler—. Sin contar, claro está, los niños ni la servidumbre particular de los señores Barron, especialistas como Mary y John, y los supervisores. Yo soy el jefe de todos ellos y soy, además, el responsable de todo lo que entra o sale del rancho. Además, ahí tenemos a Rafael Banales.

Detweiler saludó con la mano a un hombre estevado y delgado que se hallaba en el lindero de un campo donde unos obreros plantaban algo.

—Rafa está a cargo de los labradores. Es un agricultor muy avanzado. Se graduó en la Universidad de California, en Davis.

Continuaron la marcha y Detweiler les enseñó el pequeño edificio donde John Aleman experimentaba con la energía solar. Indicó las laderas que había bajo los acantilados de Oriente, a varios kilómetros de distancia, donde pastaba el ganado. Finalmente llegaron a un prado verde, pasados los campos de zanahorias, lechugas, pimenteros y calabazas. Allí se hallaba el ganado vacuno y, pasado aquel campo, se veía un embalse de hormigón.

—Tenemos nuestro propio suministro de agua para emergencias —les contó Detweiler a Konrad y a los tres muchachos—. La represa

que hay más allá del embalse es alimentada por el riachuelo que desciende de aquel acantilado. Todavía no hemos utilizado esa agua, pero ahí está, por si nos hace falta. Ahora usamos pozos artesianos. En caso de emergencia, podemos generar nuestra propia electricidad para las bombas y para todos los demás aparatos eléctricos. Aleman construyó los generadores que funcionan con gasoil. Si éste se acabase, usaríamos carbón o madera.

Detweiler hizo dar media vuelta al coche y retrocedió hacia el grupo de edificios y los eucaliptos.

—También tenemos abejas, a fin de disponer de azúcar —continuó—. Y un ahumadero para curar jamones y tocino. Asimismo, disponemos de tanques subterráneos para nuestra reserva de gasolina y bodegas donde conservamos patatas y nabos. Hay miles y miles de estantes para las conservas que Elsie y otras mujeres fabrican cuando las cosechas maduran.

—¿Elsie? —se interesó Jupe.

—Elsie es una de nuestras especialistas —sonrió Detweiler—. Guisa para John, Rafa, Mary y para mí; y, claro está, también para los Barron. Si tenéis tiempo de entrar en la casita del rancho antes de iros, seguro que os obsequiará con buenos vasos de soda.

Detweiler estacionó el coche cerca de los cobertizos y condujo a Konrad y a los tres amigos hacia la casa estilo rancho.

Elsie Spratt resultó ser una mujer bondadosa de unos treinta años. Tenía una cabellera rubia y corta, y una amplia sonrisa siempre a punto. Era la reina de una cocina resplandeciente a la luz del sol y caldeada con el aroma de los guisos que hacía. Cuando Hank Detweiler le presentó a los cuatro visitantes, se apresuró a servir unas tazas de café a los hombres y unas botellitas de soda que sacó del refrigerador para los muchachos.

—Disfrutad mientras podáis —les animó cordialmente—. Si llega la revolución, adiós soda.

Konrad tomó asiento a la mesa al lado del mayoral.

—¿La revolución? —se asombró—. En Norteamérica no hay revoluciones. Si no nos gusta el presidente, elegimos otro.

—¡Ajá! —exclamó Elsie—. Pero supongamos que el sistema se derrumba. ¿Qué haríamos entonces?

Konrad se mostró intrigado y Jupe miró por la cocina a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en la cocina a leña que se hallaba

al lado de los grandes fogones de gas.

—¿Si se estropea el sistema? —preguntó Jupe—. Por eso están tan preparados, ¿verdad? Oh, este lugar es como una fortaleza, llena de toda clase de provisiones, a fin de poder resistir incluso un asedio. Es como un castillo medieval.

—Exacto —asintió Detweiler—. Nos estamos preparando para el fin del mundo… o, al menos, para el fin de nuestra forma de vida.

Elsie se sirvió una taza de café. Luego se sentó y cogió una cucharada de azúcar. Jupe observó que tenía una ligera deformidad en su mano derecha… un hueso que sobresalía en el dedo meñique.

—No creo que nos estemos preparando para una revolución que derribe el sistema político actual —opinó la cocinera—. Pienso que el señor Barron prevé el momento en que todo se derrumbe y haya hambre, confusión, saqueos y derramamiento de sangre. Ya sabéis, esas cosas. El señor Barron piensa que el mundo se está realmente desmoronando y que tenemos que estar preparados si queremos sobrevivir.

—El señor Barron cree que el oro y la tierra son las únicas inversiones seguras, ¿no es cierto? —inquirió Jupe—. Obviamente, espera la crisis del sistema monetario actual.

Elsie Spratt le miró fijamente.

—¿Siempre hablas así? —preguntó.

—A Jupe no le gusta usar términos vulgares si puede sustituirlos por otros más rimbombantes —declaró Pete, riendo.

Jupe no hizo caso de la ironía.

—¿Creen que el mundo se acerca a su final? —preguntó a Elsie y Detweiler.

—No, supongo que no —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—Yo pienso que el señor Barron es el único que lo cree de veras —opinó el mayoral—. Afirma que el Gobierno mete las narices donde no debe, que la gente no quiere trabajar si no es a la fuerza, y muchos, ni siquiera a la fuerza. Asegura que más pronto o más tarde el dinero no valdrá nada…

—¡Chist! —susurró Elsie.

Puso una mano sobre el brazo de Detweiler y miró hacia la puerta. La señora Barron estaba al otro lado de la puerta vidriera.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Naturalmente —la invitó Elsie—. Estamos tomando café.

¿Quiere una taza?

—No, gracias —la señora Barron entró en la cocina y les sonrió a Jupiter, Pete y Bob—. Os vi llegar. Tal vez podréis quedaros un poco más y cenar conmigo y con mi esposo…

—Jupe, son más de las cinco —le recordó Konrad, arrugando el entrecejo—. Tenemos que irnos.

La señora Barron se volvió hacia Elsie.

—Podríamos cenar más temprano, ¿verdad?

—Supongo que sí —asintió la cocinera un poco asombrada.

—¡Estupendo! —palmoteo la señora Barron.

Sonrió y miró de nuevo a Jupiter, a Bob y a Pete, inquisitivamente.

—Sería magnífico —exclamó Pete.

—No te preocupes —dijo Bob a Konrad—. Antes o después, llegaremos a San José.

—Entonces queda decidido —terminó la señora Barron—. Cenaremos a las cinco y media.

Salió y descendió los peldaños del porche de la casita.

—Esto no me gusta —declaró Konrad—. Opino que deberíamos irnos.

—Dentro de poco, Konrad —le tranquilizó Jupe—. Una hora más o menos no importa en absoluto.

Las deducciones y predicciones de Jupiter solían ser acertadas, pero aquella vez estaban terriblemente equivocadas.

CAPÍTULO 3

¡El bloqueo!

—A la señora Barron le gustan los niños —explicó Hank Detweiler —. Adoptó dos niños y ahora los echa mucho de menos. Uno es batería de un grupo rockero y el otro vive en Big Sur y fabrica zuecos de madera que vende a los turistas. También escribe versos.

—¡Caramba! —se sorprendió Pete—. ¿Y qué piensa de eso el señor Barron?

—No le gusta nada —repuso Elsie Spratt—. Bien, muchachos, iros a cenar y portaos bien con la señora Barron, pero tened cuidado de él. Cuando está de mal humor, es tan sociable como una serpiente de cascabel en una tormenta.

Konrad estaba inquieto.

—Yo no iré —anunció—. Me quedaré aquí —miró a Elsie—. ¿Puedo quedarme?

—Oh, seguro —fue la respuesta—. Cene aquí mientras los chicos lo hacen en la casa grande.

De este modo, Jupiter, Pete y Bob salieron de la casita a las cinco y media y recorrieron el camino que conducía a la mansión. La señora Barron abrió la puerta y los introdujo en el salón, que estaba amueblado con gran formalidad, con butacas y sillones tapizados de terciopelo. El señor Barron se hallaba presente y se quejaba en voz alta de que el televisor no funcionaba bien.

—¡No hace más que ruidos y nieve! —exclamó. Estrechó las manos de los muchachos distraídamente—. Supongo que vais a la escuela, ¿verdad? ¿Aprendéis algo? ¿O sólo perdéis el tiempo?

Antes de que los tres amigos pudiesen contestar, una mujer mexicana anunció que la cena estaba servida. El señor Barron le ofreció el brazo a su esposa y los chicos les siguieron al comedor.

La mexicana trajo la cena desde la cocina de Elsie y todo resultó delicioso. Jupe comía lentamente y escuchaba el discurso del señor

Barron sobre lo nefasto del plástico en todas sus formas. Así se enteró de que el señor Barron no aprobaba el skai que pasaba por cuero, ni el poliéster que fingía ser madera. El señor Barron también se tomó algún tiempo para condenar a los inspectores de termitas que no entienden nada de termitas y a los mecánicos que no saben reparar los coches como es debido.

La señora Barron aguardó a que su marido concluyera con su lista de quejas y entonces habló quedamente de su hijo que estaba en Big Sur y escribía poesías.

—¡Bazofia! —gruñó el señor Barron—. ¡Unos versos que ni siquiera riman! Eso es lo malo del mundo moderno. La poesía no rima, la gente no tiene trabajo con que sustentarse, los hijos no respetan a sus padres y…

—Querido Charles —le interrumpió su mujer—, creo que tienes una miga de pan en la barbilla.

El señor Barron se pasó la servilleta por el sitio indicado y la señora Barron prosiguió hablando con los muchachos de su otro hijo que era batería de un grupo musical.

—Vendrá en agosto —anunció—, para la convención.

El señor Barron dejó oír un ruidito ahogado y su rostro se puso muy colorado.

—¡Pandilla de zánganos! —proclamó.

—¿Una convención? —inquirió Pete con timidez.

—La reunión anual de la Misión de la Luz Azul tendrá lugar aquí, en agosto —aclaró la señora Barron. Le sonrió a Jupiter—. Tú ya sabes de qué se trata, pues has leído el libro. Muchos miembros de nuestra sociedad han hablado con los salvadores que vienen del planeta Omega. Compartirán sus experiencias con el resto de miembros y, si tenemos suerte, Vladimir Contreras será este año el primer orador.

—Oh, sí —asintió Jupiter—. El hombre que escribió *Ellos están entre nosotros*.

La señora Barron se retrepó en su silla.

—El año pasado celebramos la convención de la Misión de la Luz Azul en un maizal de Iowa y se presentó un individuo que afirmó que la Tierra está hueca y que en su interior habita una rama de superhombres —explicó—. También hubo una mujer que decía la buenaventura por medio de agujas magnéticas que flotaban en el

agua y un jovencito con acné que sólo exclamaba: «¡Hum… hum…!», hasta el punto de que me hubiese gustado darle una zurra.

—¿Estuvo usted en la convención? —preguntó Pete al señor Barron.

—¡Tuve que ir! —rezongó el interrogado—. Mi esposa es una mujer muy notable, pero, si la dejara sola, sería una presa fácil de esa gentuza. A pesar de estar yo con ella, se dejó arrastrar por su entusiasmo. No pude impedir que invitara a todo ese grupo de idiotas a celebrar la convención aquí, este verano.

—Resultará fantástico —afirmó dichosamente la señora Barron —. Hay mucha gente interesada en estas cuestiones. Saben que los salvadores nos vigilan ya.

—Bah, los únicos que nos vigilan son los anarquistas y los criminales que desean apoderarse del mundo —refutó el señor Barron—. ¡Ah, pero aquí les aguardo!

Pete miró suplicantemente a Jupe, el cual se puso de pie.

—Han sido muy amables al invitarnos —dijo—, pero tenemos que irnos. Konrad está ansioso por llegar a San José.

—Naturalmente —convino la señora Barron—. No debemos demoraros más.

Acompañó a los chicos a la puerta y los estuvo contemplando cómo se alejaban desde los peldaños del porche.

—¿Os habéis divertido? —quiso saber Elsie Spratt cuando entraron en la cocina.

—Ha sido muy interesante, pero no muy sociable —respondió Bob—. Tal como dijo usted.

—Una serpiente de cascabel en una tormenta —rió Elsie.

Konrad ya había terminado de cenar. Llevó sus platos al fregadero y los cuatro visitantes se dirigieron al camión. Detweiler estaba en el porche de la casita y agitó la mano en despedida cuando el vehículo se puso en marcha.

—Muy buena gente —comentó Bob.

—Excepto el señor Barron —repuso Pete—. ¡Vaya gruñón!

El camión rodó por el camino y al aproximarse al portillo de la cerca, a un kilómetro de distancia, aflojó la velocidad. De pronto se paró y los muchachos oyeron cómo Konrad abría la portezuela de la cabina.

—¡Jupe! —llamó Konrad.

El Primer Investigador saltó a la parte trasera, seguido por sus amigos. Entonces divisaron a un hombre que lucía un uniforme del ejército con munición al cinto. El casco estaba ceñido por una correa bajo su barbilla. Sostenía, asimismo, un rifle en la mano.

—Lo siento —les informó—, pero la carretera está cerrada.

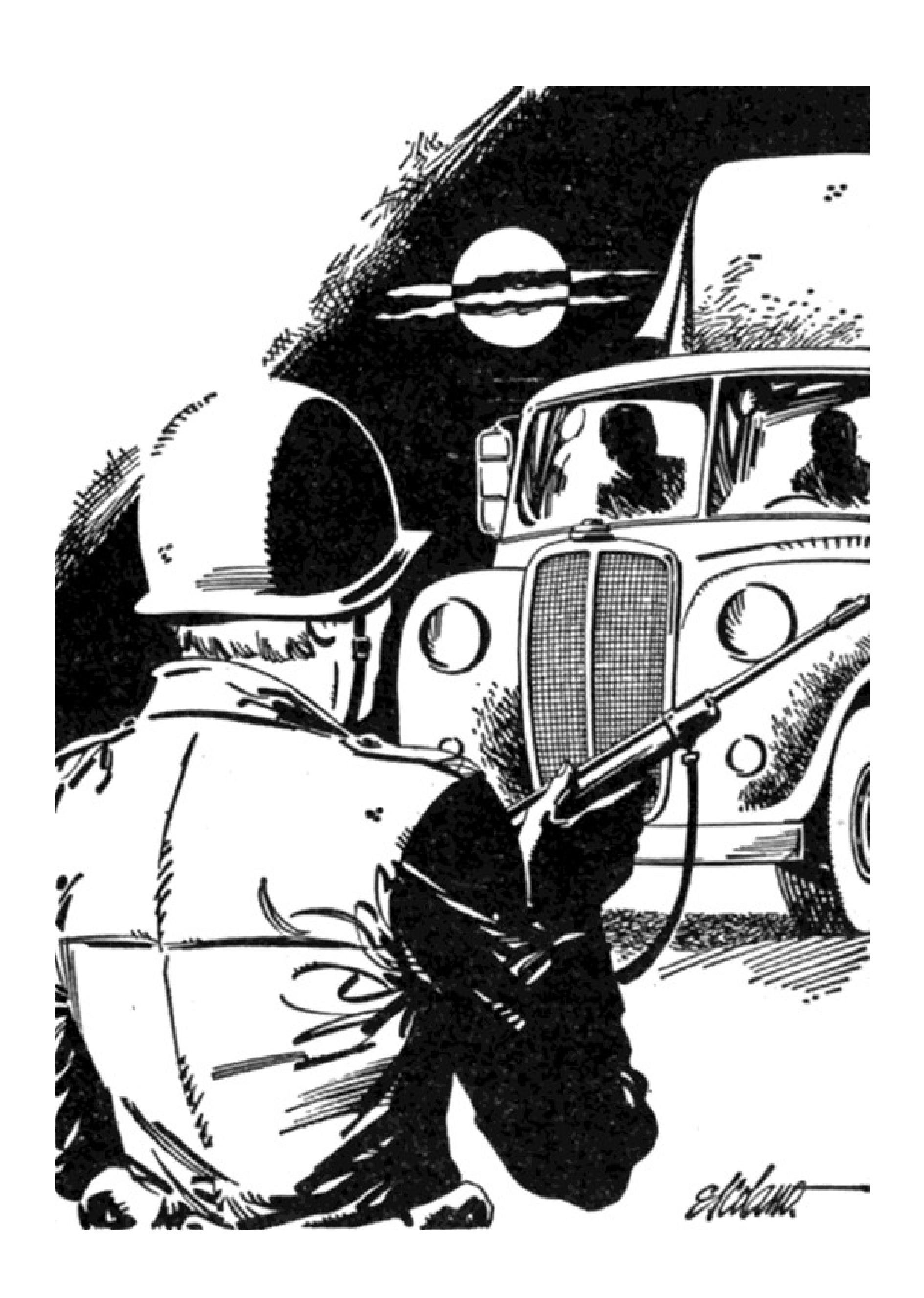
—¿Qué sucede? —preguntó Jupe.

—No lo sé —respondió el soldado. Su voz temblaba como si tuviese miedo—. Tengo órdenes de que no pase nadie. La carretera está cerrada.

Movió el rifle ligeramente, como para que se fijaran en el arma, pero de pronto ésta le resbaló de las manos y empezó a caer al suelo.

—¡Cuidado! —chilló Pete.

¡El soldado consiguió atrapar el rifle con torpeza y el arma se disparó con un estruendo espantoso!



CAPÍTULO 4

¡La invasión!

El ruido de la explosión resonó por todo el valle. El joven soldado miraba su rifle muy asombrado, con los ojos muy abiertos en su pálido rostro.

—¡El arma estaba cargada! —exclamó Konrad, rabioso.

—Naturalmente —asintió el soldado—. Hoy nos han dado la munición.

Asió el rifle con más firmeza, temeroso de que resbalara de nuevo y volviese a dispararse. Los muchachos oyeron entonces el ruido de un coche en la carretera. Un instante después llegó un *jeep*, que se detuvo a unos metros del soldado.

—Stanford, ¿qué estás haciendo? —preguntó el oficial que iba sentado en el *jeep* al lado del conductor.

Luego, miró centelleante al soldado, a los muchachos y a Konrad.

—Lo siento, señor —balbució el soldado—. El rifle se escapó de mis manos y…

—Stanford, si no sabes sostener un rifle, éste no es tu puesto —le riñó el oficial.

—No. señor.

El oficial saltó del *jeep* y se dirigió a Konrad. Los muchachos vieron que era joven… tan joven como el asustado soldado. Su uniforme color oliva era nuevo, lo mismo que su casco. Y también lo eran sus botas de aspecto caro.

—Soy el teniente John Ferrante —se presentó.

Hizo el saludo con una mano enguantada y volvió a dejarla caer al momento. Jupe se dio cuenta de que intentaba impresionarles como militar.

—¿Por qué está cerrada la carretera? —quiso saber Konrad—. Esta noche tenemos que estar en San José y no tenemos tiempo para

juegos bélicos.

—Lo siento, pero no se trata de ningún juego —replicó el teniente Ferrante con voz tensa—. Nos enviaron a mí y a mis hombres, desde Camp Roberts esta tarde, y nos ordenaron cerrar esta carretera al tráfico. Ésta es una ruta de emergencia desde el valle de San Joaquín a la costa y ha de quedar despejada para los vehículos militares.

—Nosotros no intentamos bloquearla en absoluto —indicó Jupe—. Retrocederemos a la 101 y nos dirigiremos a San José.

—La carretera 101 también está cerrada —le informó el teniente—. Oigan, ¿por qué no dan media vuelta y nos dejan en paz con nuestro trabajo?

El teniente se llevó una mano a la pistola que llevaba al cinto. Los muchachos se inmovilizaron.

—Tengo orden de que nadie utilice esa carretera —añadió el teniente—. Es para su propia protección.

—¿Protección? —rezongó Konrad—. ¿Y nos protegen con un rifle?

—Lo siento —repitió el teniente—. Oigan, no puedo dejarles pasar. Y no puedo decirles nada más porque nada sé. Ahora, sean buenos chicos y vuelvan al camino, ¿eh?

—El señor Barron no creerá ese cuento —exclamó Jupiter—. Se trata de Charles Emerson Barron, el industrial. Se enojará terriblemente cuando se entere de que han impedido el paso a sus invitados. Incluso puede llamar a Washington. Es un hombre muy poderoso…

—No puedo hacer nada —el teniente se encogió de hombros—. ¡No puedo dejarles pasar!

En la carretera habían aparecido otras figuras de uniforme. Estaban todas muy quietas cerca del soldado que había sido el primero en detener el camión. Cada uno tenía un rifle y los muchachos se dieron cuenta de que estaban alerta.

—Está bien, está bien —refunfuñó Konrad—. Jupe, esto no me gusta nada. Volveremos al rancho y le contaremos al señor Barron lo que ocurre.

—¡Estupendo! —aprobó el teniente—. Obren así. Y escuchen: yo les seguiré en el *jeep*. Les ayudaré a explicarle este caso al señor Barron, quienquiera que sea. En fin, es una de esas cosas que suelen

pasar… Nosotros sólo obedecemos órdenes.

El teniente subió al *jeep* y los tres amigos al camión.

—¡Una locura! —comentó Pete, mientras Konrad enfilaba con el camión el sendero de gravilla.

—Tienes razón —concedió Jupe.

El vehículo rodó hacia la casa de los Barron, seguido por el *jeep*.

—No pasaba absolutamente nada cuando este mediodía salimos de Rocky Beach —murmuró Jupe—. ¿Qué puede haber pasado desde entonces?

—¡A mí que me registren! —gritó Pete—. Pero este teniente parece algo asustado. Sí, algo ocurre.

Konrad detuvo el camión más allá de la casita. El *jeep* frenó detrás, y el teniente saltó al suelo y miró a su alrededor.

—¿Quién está a cargo de esto? —inquirió.

Habló en tono alto, como queriendo asustar a alguien.

Hank Detweiler descendió los peldaños de la casita. Elsie Spratt y Mary Sedlack le acompañaban, y Rafael Banales se quedó contemplando la escena sin moverse del umbral de la cocina.

—Yo soy el mayoral del señor Barron —manifestó Detweiler—. ¿En qué puedo servirle?

Se abrió la puerta trasera de la mansión y Charles Barron y su esposa salieron al porche.

—¿Qué sucede? —quiso saber Barron.

—La carretera está cerrada —le informó Jupiter—. No podemos irnos.

Jupiter miró con expectación al teniente y el señor Barron hizo chispear sus ojos.

—¿Mi carretera? ¿Cerrada?

Jupe observó con cierta diversión que el teniente empezaba a sudar a pesar de la helada brisa de la tarde y comprobar que Charles Emerson Barron ejercía este mismo efecto en todo el mundo.

—Le ruego me disculpe, señor —repuso el teniente—. ¡Pero no es su… su… carretera!

Jupe sonrió. El señor Barron hacía que la gente sudara. Y también les obligaba a tartamudear.

—¡Pues seguro que no es su carretera! —gritó el señor Barron—. ¿Y qué quiere decir con eso de «cerrada»? ¡No puede estar cerrada!

¡Es una carretera pública!

—¡S…s…sí, señor! —asintió el teniente—. Es la carretera de San Joaquín, se… señor, p…pero…

—¡Hable claro, por favor! —se indignó Barron—. ¡No siga tartamudeando!

—Te…tenemos órdenes, señor —consiguió pronunciar el teniente—. Esta tarde. De Washington. Ha ocurrido al…algo en…en Te…

—¡Teniente! —rugió el señor Barron.

—¡En Texas! —concluyó el teniente—. Ha ocurrido al… algo en Te…Texas.

Tras haber conseguido dar la noticia, el teniente se quitó el casco y se pasó una mano enguantada por su negro cabello.

—No sé de qué se trata —continuó—, pero han cerrado todas las carreteras del Estado… todas las arterias principales, señor. No hay tráfico.

—¡Esto es insultante! —vociferó el señor Barron.

—Sí, señor —asintió el teniente.

—¡Voy a llamar a Washington! —advirtió Barron.

—Sí, señor.

—Al Presidente. ¡Llamaré al Presidente!

Barron entró como una tromba en su casa. Las ventanas estaban abiertas y el grupo reunido en el sendero oyó cómo Charles Barron marcaba un número en el teléfono. Durante unos segundos reinó el silencio y luego Barron hizo tintinear el aparato.

—¡Rayos y truenos! —exclamó.

Volvió a aparecer en el porche y descendió los peldaños.

—¡El teléfono no funciona! —anunció—. ¡Debe haber caído algún cable!

—No, señor —repuso el teniente—. Vamos, no lo creo así, señor.

—¿Qué quiere decir? —exigió el señor Barron—. ¿Qué sabe de todo esto?

—Nada, señor —respondió el teniente—, salvo que los teléfonos no funcionan en toda la zona. Ni la radio, señor, ni la radio. Nosotros recibimos las órdenes de Washington por telégrafo.

—¿No hay teléfono? —se asombró Barron—. ¿Ni radio?

Mujeres y hombres empezaban a agruparse en el sendero, procedentes de los pabellones. Eran los empleados de Barron. Y se

les veía asustados a la moribunda faz del atardecer.

—Lo que dice es cierto —afirmó un hombre—. La radio no funciona.

—No habrá televisión esta noche —intervino otro—. En el televisor no había más que un ruido extraño y ahora, ni eso. No hay electricidad.

—¿No hay televisión? —exclamó Barron. En su semblante había una expresión medio de temor, medio de exaltación—. ¿Ni electricidad?

Elsie Spratt dejó oír un gruñido de impaciencia.

—Bah, esto es una escena de una película mala —dijo con voz alta y decidida—. ¿Por qué han de cerrar las carreteras? ¡Esto no tiene sentido! ¿Qué dijeron exactamente desde Washington? ¿Qué ha ocurrido en Texas?

—No lo sé, señora —repuso el teniente—. No me lo dijeron. Solamente sé…

—¡Ya sé, ya sé! —gritó Elsie—. ¡Usted tiene sus órdenes!

La mujer dio media vuelta, subió los peldaños del porche y se metió en la cocina. Por las abiertas ventanas, los muchachos la vieron girar los mandos de una radio de transistores que se hallaba sobre la mesa. Casi inmediatamente llegó a oídos de todos los que estaban fuera el sonido de la música.

—¡Ja, ja! —rió Elsie—. Conque no hay radio, ¿eh?

—¡Un momento! —gritó Jupe—. ¡Esa música! Es…

—¡Saludo al Jefe! —continuó Barron—. Es la música que interpreta la banda de la Armada cuando aparece el Presidente en público.

Terminó la pieza y se produjo un instante de silencio. Luego, se oyó el ruido de alguien que se aclaraba la garganta.

—Damas y caballeros —dijo un locutor—. ¡Con ustedes el Presidente de los Estados Unidos!

La señora Barron se acercó a su esposo y él la rodeó con el brazo.

—Amigos —pronunció una voz conocida—, poco después de este mediodía me comunicaron que un aparato no identificado ha sido visto en ciertas zonas de Texas y Nuevo México, y a lo largo de la costa de California. A esta hora tenemos noticias, no confirmadas todavía, de que unos aparatos han aterrizado en Fort Worth, Dallas,

Taos y San Francisco. Repito, estas noticias no han sido confirmadas todavía.

Hubo una breve pausa y la voz volvió a aclararse la garganta.

—Permítanme asegurarles que no existe la menor causa de alarma. Aunque las comunicaciones en distintas zonas del Oeste están momentáneamente interrumpidas, nos hemos puesto en contacto con el Kremlin y con otras capitales de Europa y América del Sur. Nuestras relaciones con los gobiernos del Este y del Sur jamás han estado en mejores términos, de manera que no existe ningún motivo para la alar…

—¡Eso ya lo has dicho, caramba! —tronó el señor Barron.

—Han sido alertadas varias unidades del ejército —prosiguió la voz—, y rogamos a todos los ciudadanos que colaboren con dichas unidades y se queden en sus hogares, de modo que no queden obstruidas las rutas de superficie estratégicas. Por favor, sintonicen su defensa civil local y…

Se produjo una serie de ruidos extraños y la radio de Elsie Spratt se quedó muda.

—¡Nada! —repitió Charles Barron—. ¡No ha dicho nada! ¿Cómo pudo ser elegido? ¡Habla por radio diez minutos y no dice nada! ¡Absolutamente nada!

—Señor Barron, en realidad nos ha comunicado que nos han invadido —observó Hank Detweiler. El mayoral estaba estupefacto —. ¡Una invasión! ¡Por alguien que ha cortado nuestras líneas de comunicación! ¡Estamos… estamos solos aquí! ¡Y no podemos saber por nadie lo que sucede en los demás Estados!

CAPÍTULO 5

¡Fuera de mis tierras!

—¡Comunistas! —proclamó el señor Barron—. ¡Anarquistas! ¡Basura! ¡No creo que exista ningún aparato! ¡Se han apoderado de las emisoras de radio, esto es lo que han hecho! ¡Y tratan de asustarnos para que nos rindamos! ¡O tienen preso al Presidente, o… o…!

El señor Barron calló. Su expresión era de feroz determinación.

—Iré a la ciudad —anunció—. Mejor aún, iré a Camp Roberts y hablaré con alguien que sepa qué sucede… ¡y que nadie intente detenerme!

—Tengo órdenes, señor —se interpuso el teniente—. Na… na… nada de vehículos en la carretera.

El teniente se irguió, respiró hondo y habló con claridad y lentitud.

—Le agradecería, señor Barron, que se quedara en el rancho por el momento. Mis órdenes, señor, son las de mantener abierta la ruta hacia el valle de San Joaquín y cuidar de la seguridad del personal, el equipo y las instalaciones del Rancho Valverde.

—¿Seguridad? —intervino Elsie Spratt, que había salido de la cocina—. ¿Nuestra seguridad? ¿Por qué? ¿Quién nos amenaza? ¿Qué ocurre allí, teniente?

Elsie señaló los acantilados… y lo que había más allá.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —quiso saber.

—No… no lo sé, señora —se excusó Ferrante.

—Bueno, ¿qué le dijeron exactamente sus superiores, teniente? —exigió Charles Barron.

El aludido no respondió.

—¡Vamos, vamos! —le urgió Barron—. ¿Qué le dijo a usted su comandante?

El teniente calló de nuevo.

—No es la carretera lo que tanto les preocupa, ¿verdad? —prosiguió el señor Barron—. Hay docenas de carreteras tan importantes como ésta. Lo que desea vigilar el ejército de Camp Roberts es el Rancho Valverde, ¿eh? ¿Por qué? ¿Qué somos nosotros? ¿Una especie de recurso natural?

—Es posible que seamos eso, señor Barron —terció Elsie Spratt—. Quiero decir, ¿cuántos sitios hay en este país que sean tan… tan autosuficientes como el nuestro? ¡Podríamos vivir aquí varios años sin ayuda exterior!

—¡Claro! —exclamó el señor Barron—. ¡Eso es!

—¿Qué, Charles? —preguntó su esposa.

—Lo que ocurre —repuso el señor Barron—. ¡Ya lo anuncié! Toda esa tontería respecto a un aparato no identificado no es más que una máscara para que depongamos la guardia. Desean que todo el mundo se quede en casa hasta que los capitostes estén a salvo… ¡aquí, en mi valle!

—Señor Barron, no entiendo qué… —empezó a decir Hank Detweiler.

—¿No lo entiende? —se extrañó su Jefe—. Claro que lo entiende. O estamos siendo atacados por una potencia extranjera… y puedo suponer de cuál se trata, o se ha producido un levantamiento en el país, que se extiende por todas partes rápidamente. Probablemente se inició en Washington. Leí que iba a producirse allí una concentración de unos individuos que se autodenominan Trabajadores Unidos. ¡Me gustaría saber para qué están unidos! Supongo que para nada bueno. Lo único que necesitan es tener algunos miembros en las ciudades principales, sólo un pequeño número de militantes, ¡y el día menos pensado pueden derribar al gobierno!

—Tendrían que haberlo hecho en un tiempo récord —decidió Jupe—. Todo estaba normal cuando salimos de Rocky Beach esta tarde…

—Las cosas ya no son normales —objetó el señor Barron—. Sucede algo espantoso y esas mediocridades que tenemos en el país no tienen la menor idea de cómo enfrentarse a ello… ¡y por eso huyen! ¡Huirán a un lugar donde puedan estar a salvo, se esconderán y…!

—Señor Barron —le atajó Elsie—. No podré hacerlo todo si

vienen aquí. A mí me contrataron para que guisara para usted, para la señora Barron, para Hank y para los demás, pero esta cocina no es bastante grande para hacer tanta comida y…

—Elsie, nadie le pedirá que guise para esa pandilla de gángsteres del Este —declaró Charles Barron—. Yo preparé este refugio para poder vivir en algún sitio mientras nuestra civilización se… bueno, se reajuste. ¡Y tengo derecho a disfrutar de esta propiedad sin la presencia de los funcionarios gubernamentales, por alta que sea su graduación!

El señor Barron se volvió hacia el teniente Ferrante.

—¡Usted salga de mis tierras! —añadió—. Tengo armas y voy a apostar centinelas a lo largo de todo el perímetro del rancho. Y dispararán contra todos los que entren en mi propiedad, ¿entendido?

—Sí, señor —asintió el teniente. Subió al *jeep*—. ¡Adelante! —le gritó al conductor—. ¡Vamos, larguémonos de aquí!

Un momento más tarde, el *jeep* avanzaba sendero abajo.

—Hank —dijo el señor Barron—, escoge a diez de los hombres de más confianza que sepan disparar, y que vengan a verme. Haré que patrullen por toda la cerca a lo largo de la carretera.

—¿Pero, Charles, ayudará esto en algo? —gimió la señora Barron—. Si alguien se presenta, ¿no vendrá con helicóptero? Si hay centinelas en la carretera…

—¡Calla, Ernestine! —gruñó su esposo—. No entiendes nada de estas cosas.

Barron subió los peldaños del porche, se detuvo y miró a los Tres Investigadores.

—Muchachos, quedaos aquí. Sois unas víctimas inocentes, y no quiero enviaros a la carretera donde ese teniente podría… bueno, sólo Dios sabe lo que podría hacer. Elsie, ¿le molesta guisar para unos cuantos más?

—No, señor Barron.

—De acuerdo.

El señor Barron entró en su casa.

Jupiter, Pete, Bob y Konrad estaban cerca del camión, viendo cómo Hank Detweiler iba llamando a diez obreros del rancho, los cuales penetraron uno a uno en la mansión.

Cuando salieron de nuevo, estaba anocheciendo, pero los

muchachos vieron que cada uno de aquellos individuos llevaba un rifle y munición al cinto. Luego, descendieron por el sendero hacia la valla y el portón.

Otros empleados del rancho se marcharon y, cuando el mayoral salió de la casa del señor Barron, sólo quedaban fuera Konrad y los muchachos.

—No sé qué ocurre —confesó Detweiler—, pero estoy seguro de que algo explotará dentro de poco. Probablemente, mañana ya estaréis en camino.

Entró en la cocina que estaba iluminada por el suave resplandor de una lámpara de petróleo.

Al cabo de un momento, Konrad anunció que iba a entrar también.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Bob a Jupiter, después de desaparecer el bávaro.

—No sé qué pensar —repuso Jupiter—. Cuando este mediodía salimos de Rocky Beach, todo estaba tranquilo. Y unas horas más tarde, no tenemos electricidad, las radios no funcionan y el teléfono está mudo. El Presidente ha pronunciado un discurso respecto al aterrizaje de un aparato extraño en varias partes del país y hay soldados patrullando la carretera, de manera que no podemos proseguir el viaje.

—No podemos irnos con el camión, claro, pero podemos ir andando —observó Pete—. Si consiguiéramos llegar a algún sitio lejos de aquí…

Se interrumpió en seco.

—¡Eh! —exclamó—. Estoy hablando como si realmente creyese que este rancho es una fortaleza… como si el resto del mundo quedase fuera. Nosotros estamos dentro y estamos a salvo.

—No estamos seguros de estarlo —dijo Jupe—. Pero tienes razón. Deberíamos ir a la ciudad más cercana. Aquí no nos enteraremos de nada. Tal vez haya habido una invasión y fuera de aquí sabremos más noticias.

—¡Pero los centinelas del señor Barron vigilan la cerca! —les recordó Bob—. ¿Nos dejarán pasar?

—Ignoran que nos marchamos —razonó Jupe—. Antes ya hemos pasado por delante de unos centinelas. Podemos intentarlo otra vez.

—¿Y los soldados? —insistió Pete.

—No será difícil esquivarlos —declaró Jupe—. Probablemente sólo vigilan el portón.

—De acuerdo —concedió Bob—. Cualquier cosa es preferible a estar aquí sentados, esperando que nos caiga el cielo encima.

—¡Pues en marcha! —decidió Jupe—. ¡Está sucediendo algo muy raro… y quiero averiguar de qué se trata!

CAPÍTULO 6

El acantilado en llamas

Los Tres Investigadores siguieron en silencio el sendero a oscuras.

—No veo nada —se quejó Pete—. Está tan negro como la boca del lobo.

—No lo estará por mucho tiempo —predijo Jupe.

Mientras hablaba, la Luna ascendió por detrás del acantilado del Este. El valle quedó bañado en una luminosidad plateada, y el sendero de gravilla pareció repentinamente de color grisáceo. En el limonar que crecía a un lado, había sombras bajo los árboles… unas sombras muy negras, bien dibujadas en el terreno.

—¡Todos fuera del camino! —ordenó Jupe—. ¡Aquí podrían vernos!

Abrió la marcha hacia las sombras de los limoneros. Los tres muchachos continuaron caminando en silencio hacia el lindero sur del rancho, donde la cerca cerraba la propiedad.

Quince minutos después divisaron la cerca de color gris a la luz de la Luna, más allá del oscuro seto de adelfas. Los muchachos treparon por el seto y, a la sombra de los arbustos, miraron cautelosamente a su alrededor. Desde allí distinguieron ya la carretera y la maleza que crecía confusamente al otro lado. Lo miraron todo y decidieron esperar.

Durante un par de minutos no hubo ningún movimiento en la carretera. De repente, brillaron unos faros. Se acercaba lentamente un *jeep*. En el vehículo habían montado un foco y los muchachos tuvieron que agacharse para evitar el rayo de luz que barría todo el seto y luego iluminó la parte sur con el fin de abarcar todo el terreno.

Cuando el *jeep* pasó, en el acantilado que se elevaba a occidente del portón de la cerca destelló una potente luz que se propagó a lo largo del lindero del rancho de Barron.

—Allí hay alguien que vigila la cerca —observó Bob.

—Probablemente se trata de uno de los centinelas del señor Barron —suspiró Jupe.

—Hubiese podido descubrirnos si hubiéramos intentado saltar la cerca —manifestó Pete—, y hay un guardia cerca del portón. Lo veo desde aquí.

El *jeep* dio media vuelta y volvió a pasar por delante del portón. Luego, se detuvo en la carretera, no lejos del sitio donde aguardaban los tres amigos. De nuevo, el vigía del acantilado hizo que su foco apuñalase la noche, posándose unos instantes en los ocupantes del *jeep*. Eran tres. Uno levantó la vista hacia el acantilado, después descolgó el rifle de su hombro y lo verificó, como para asegurarse de que estaba cargado. Al cabo de un instante, el *jeep* prosiguió la marcha. Escaló una pequeña elevación y desapareció en la siguiente hondonada.

—¿Por qué tendrían que pararnos los centinelas del señor Barron si saltásemos la cerca? —preguntó Bob razonablemente—. ¿Por qué se molestarían en hacerlo? Si lo que desea el señor Barron es impedir que la gente entre en el rancho.

—Probablemente —concedió Jupiter—, pero si nos ven los centinelas del señor Barron podrían hacer algún ruido y esto atraería la atención de los soldados.

—Y bien, ¿les importaría mucho? —insistió Bob—. Sólo somos unos caminantes. No obstaculizaríamos el paso de ningún vehículo militar por la carretera.

—Supongo que el teniente no está preocupado precisamente por los vehículos militares —objetó Jupiter—. Supongo que lo que realmente quiere es mantener a la gente del Rancho Valverde bien custodiada.

—Hablas como el señor Barron —exclamó Pete—, y por mi parte ¡opino que está chalado!

—Es posible, pero tiene razón en una cosa —declaró Jupe—. El principal interés del teniente estriba en el rancho, no en la carretera. Por eso, probablemente, nos impide irnos. Pero si logramos cruzar la carretera hasta llegar a esa zona silvestre, tal vez podamos alejarnos de aquí.

—¡Un momento! —gritó Pete—. Estamos a sólo unos kilómetros de la autopista general pero si hay que cruzar un buen trecho de

maleza, no contéis conmigo. ¡Nos haremos trizas en la oscuridad!

—Quizá tengas razón —asintió Jupe—. De acuerdo. Cuando estudié el mapa antes de salir de Rocky Beach vi otra carretera. Se halla al norte del rancho. Si escalamos el acantilado, llegaremos a ella con facilidad.

Pete volvió a contemplar la próxima línea de acantilados, hacia el Oeste. La Luna ya estaba alta y los acantilados se veían blanquecinos a la fantasmal luz de nuestro satélite natural. Allí donde los barrancos y los abismos quebraban la superficie montañosa, se veían grandes y profundas sombras.

—Está bien —dijo Pete—. Podemos escalar los acantilados. Pero no de noche, Jupe. Y menos sin una linterna. Son demasiado empinados y esta luz lunar es engañosa. Un error podría ser fatal.

—Cierto —convino Jupiter—. Bien, volvamos al rancho, descansemos un poco y saldremos con las luces del amanecer.

Los muchachos retrocedieron por entre los limoneros hacia los pabellones del rancho. El camino era fácil gracias a la luz de la Luna y de las lámparas de los edificios que iluminaban el terreno. Cuando se hallaron a unos cien metros de la mansión de los Barron volvieron al sendero.

—¿Jupe? —murmuró Konrad, apareciendo por la esquina de la casita de la cocina—. Jupe, ¿estás ahí? —luego llamó—: Pete… Bob…

—Aquí estamos, Konrad —repuso Jupe.

—¿Por qué no habéis entrado? —preguntó Konrad—. ¿Dónde estabais? Os he buscado por todas partes.

Se abrió la puerta trasera de la mansión y apareció Charles Barron.

—¿Quién anda por ahí? —inquirió.

—Somos nosotros, señor Barron —respondió Pete.

De repente, detrás de Konrad brilló un destello de luz blanquiazul.

—¡Jupe! —gritó Pete—. ¡Cuidado!

¡Los acantilados del norte del rancho estaban envueltos en unas extrañas llamas azules! El vaporoso fuego saltaba hacia el cielo como cortinas de un frío resplandor.

—¿Qué ocurre ahora? —exclamó Charles Barron.

Por un instante, el fuego casi ocultó la superficie granítica de los

acantilados. Después, surgieron de la tierra, más allá del embalse, densas columnas de humo blanco.

Sonaron varias puertas. Unos pies corrieron por la carretera. Hubo gritos de admiración y temor. Y entonces, por entre las relucientes nubes de humo se elevó un objeto de forma ovalada. Planeó en el aire, como algo plateado a la luz de los acantilados en llamas, y empezó a subir lentamente. Unos segundos más tarde pasaba por encima de los acantilados y se desvanecía en el cielo nocturno.

Finalmente el resplandor llameante de los acantilados disminuyó hasta morir. En el rancho reinaba un profundo silencio… y durante unos instantes nadie se atrevió a moverse siquiera.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Pete—. ¡Un platillo volante!



CAPÍTULO 7

Una víctima inocente

—¡Esto es absurdo! —declaró Charles Barron. Nadie le contestó.

La señora Barron salió de la casa y descendió hasta el sendero.

—¡Charles! —gritó emocionada—. ¿Lo has visto?

—No estoy ciego —repuso el señor Barron—. Lo vi, fuese lo que fuese. ¡Hank! ¡Rafael! ¡John!

El señor Barron indicó los acantilados del Norte.

—¡Vamos a ver qué demonios pasa! —gritó.

Jupe oyó el ruido de un motor en la carretera. Al volverse hacia allí divisó el *jeep* de los soldados que traqueteaba por el sendero. Se paró justo delante de la casa-cocina.

—¿El señor Barron? —preguntó el teniente Ferrante, saltando del vehículo y yendo hacia el propietario del rancho—. ¿Está usted bien? ¿Qué sucedió? ¡Vimos unos fuegos!

—Le mantendré informado de todos los sucesos que le conciernan —replicó el señor Barron de mal humor—. Mientras tanto, usted y el *jeep* lárguense de mi propiedad.

—¡Charles! —Intervino la señora Barron—. ¡Por favor, no hay necesidad de mostrarse tan rudo!

—Soy todo lo rudo que quiero, Ernestine —repuso el señor Barron—. Teniente, estoy esperando.

Ferrante volvió a subir al *jeep*, el conductor puso en marcha el motor y el vehículo se apartó del grupo reunido en el sendero. Luego, giró sobre sí mismo y descendió hacia la cerca.

—¡Pablito! —llamó el señor Barron, llamando a un chiquillo que estaba allí cerca.

—Diga, señor Barron —dijo el muchachito, que tendría ocho o nueve años.

—Ve hasta la cerca, busca a tu padre y dile que los centinelas disparen contra los neumáticos del *jeep* si los soldados intentan

volver hacia aquí.

Inmediatamente, se adelantó una de las mujeres.

—Pablito no se moverá de aquí —objetó—. Si hay que dar un recado, lo daré yo.

—Oh, Charles, todo esto no es necesario —intercaló la señora Barron—. Ese joven del *jeep* sólo está cumpliendo con su obligación.

—No, entra en el rancho cuando se lo he prohibido y ya sabes que yo no tolero visitas no gratas, sea quien sea el que venga, tenga la edad que tenga y aunque pertenezca al gobierno —declaró Charles Barron—. Y será mejor que pongamos inmediatamente esto en claro o nos veremos rodeados hasta el cuello por refugiados y parásitos.

El señor Barron se volvió hacia el mayoral.

—Hank, tú, Rafael y John vendréis conmigo hasta el prado superior y veremos qué sucede allí.

—Sí, señor Barron —asintió Detweiler.

El mayoral se mostraba intrigado, tal vez, curioso, pero no asustado.

—Opino que debemos ir armados —añadió el señor Barron.

Extrajo un manojo de llaves de su bolsillo y se lo entregó a Rafael Banales, que había salido ya de la casita.

—Ya sabes dónde se hallan las armas —le dijo—. Trae un rifle para cada uno y asegúrate de que estén cargados.

—Charles, no irás a disparar contra nadie, ¿verdad? —se atribuló la señora Barron.

—No, a menos que me vea obligado a ello —contestó su esposo.

Sin que los mayores se diesen cuenta, Jupe tiró de la manga de Pete y le hizo una seña a Bob. Los tres amigos se deslizaron por entre el gentío y fueron a refugiarse en la oscuridad, entre dos pabellones.

—Si queremos saber qué ocurre realmente allí arriba, tenemos que llegar al embalse antes que el señor Barron y sus acompañantes —murmuró Jupe a los otros dos—. A lo mejor el señor Barron decide reservar para sí lo que averigüe.

—Pero, Jupe, esos tipos con rifles… —se atragantó Pete.

—El señor Barron prometió no disparar contra nadie —le recordó el Primer Investigador, abultando un poco la verdad.

A continuación, echó a correr en dirección al aparcamiento

situado cerca de los cobertizos.

—¡Pero, Jupe —insistió Pete, dándole alcance—, acabamos de ver un platillo volante! ¡Puede haber extraterrestres cerca del embalse!

—¡Razón de más para llegar los primeros! —replicó Jupe.

Pete gruñó pero siguió a su grueso amigo junto con Bob.

Estaba muy oscuro en las sombras que rodeaban los cobertizos, mas cuando los tres muchachos empezaron a cruzar los campos, en dirección al norte del aparcamiento, lo hicieron con gran rapidez.

A la luz de la Luna divisaron el embalse y, cuando llegaron al lindero de los pastos entre los campos cultivados y el gran depósito de agua, distinguieron al ganado pastando. Algunas ovejas balaron en protesta al pasar los tres amigos. Al oír aquellos repentinos balidos, Pete dio un salto de sorpresa, pero continuó la marcha. Los muchachos no tardaron mucho en trepar por entre las rocas acumuladas a un lado del embalse.

Aquella tarde, Hank Detweiler había mencionado que había un prado pasado el embalse, aunque no se lo había enseñado. El mayoral creía que el valle donde se asentaba el Rancho Valverde había sido en otras épocas el lecho de un lago. Luego, en tiempos muy remotos, un terrible terremoto había partido aquel lecho en dos y había elevado la sección norte sobre el nivel del resto del valle. En la actualidad, parte de este nivel superior estaba cubierto por el embalse y el resto era un prado que ascendía desde el agua hasta la base de los acantilados.

Cuando los Tres Investigadores llegaron a lo alto del embalse, siguieron un vericueto que lo rodeaba en dirección al campo de hierba del extremo más alejado del depósito de agua. ¿Se hallaban allí los extraterrestres? Pete miró temerosamente, a su alrededor. Sólo divisó a sus amigos. Y no había el menor rastro del fuego que había iluminado los acantilados. A la luz de la Luna, los muchachos sólo vieron rocas peladas y la hierba que formaba una alfombra plateada entre el embalse y los acantilados.

—Hubiésemos debido traer una linterna —murmuró Bob.

Se había internado entre la alta hierba, mas apenas había andado unos metros cuando tropezó y estuvo a punto de caer.

—¡Cuidado! —le avisó Pete. Bob dio un paso atrás.

—¡Jupe! ¡Pete! —gritó—. ¡Hay algo… hay algo allí!

Jupe y Pete corrieron a su lado y se arrodillaron en la hierba.

—¡Oh, no! —se asustó Pete—. ¡Es un cuerpo…! ¿Está… está vivo?

Jupe se inclinó sobre el cuerpo de un hombre.

—Sí, todavía respira…

Cerca del embalse oyeron un rumor de voces y el ruido de unas piedras al resbalar por una pendiente. Llegaban ya Charles Barron y sus hombres.

Jupe dio un tremendo estirón y el hombre tendido sobre la hierba rodó y quedó boca arriba. Su cara estaba blanca a la luz de la Luna. Tenía los ojos cerrados y la boca parcialmente abierta. Respiraba a jadeos irregulares.

De pronto, percibieron un olor extraño. ¡Era el olor a cabello quemado!

—¡Eh, quietos! —gritó Charles Barron—. ¡Quietos! ¡Un solo movimiento y os volaré la cabeza!

Los tres amigos parpadearon al ser localizados por la luz de los focos.

—¡Vaya —exclamó el señor Barron—, si son los chicos del «Patio Salvaje!».

—Señor Barron —le informó Jupiter—, este hombre está herido.

El dueño del rancho y su mayoral apretaron el paso.

—¡De Luca! —se asombró el señor Barron—. ¡Simón de Luca!

Detweiler se arrodilló y mantuvo su linterna cerca del rostro del herido. Luego, lo inspeccionó cautelosamente.

—Tiene un chichón detrás de la oreja —anunció poco después—, y… ¡y le han chamuscado parte del cabello!

El herido se agitó en su inconsciencia.

—No temas, Simón —agregó el mayoral—. Estamos a tu lado.

El herido abrió los ojos y miró fijamente a Detweiler.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber el mayoral.

De Luca movió la cabeza y pestañeó varias veces con una mueca de dolor.

—¿Me caí? —preguntó. Miró lentamente a su alrededor—. ¡Las ovejas! ¿Dónde están las ovejas?

—En el campo de abajo, al otro lado del embalse —manifestó Detweiler.

De Luca consiguió incorporarse y quedar sentado sobre la

hierba.

—No lo entiendo —gimió—. Vine a ver cómo estaban las ovejas y me hallaba casi junto al embalse, donde vi que todo estaba en orden.

De pronto, volvió su mirada hacia el mayoral, con expresión angustiada.

—Recuerdo que estaba en el prado de abajo. Bueno, esto es lo último que recuerdo. ¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Me habéis traído vosotros?

—No, Simón —explicó Detweiler—. Esos chicos te hallaron aquí. ¿No recuerdas haber visto algo? ¿Llamas? ¿Humo? ¿Alguna cosa…?

—Nada en absoluto —fue la respuesta. De Luca se llevó ambas manos a la cabeza y por primera vez se tocó el cabello—. ¿Eh, qué ha ocurrido? —gritó—. ¡Mi cabello! ¿Qué le pasa a mi cabello?

—Alguien te lo ha chamuscado —le reveló el mayoral.

Rafael Banales se arrodilló también junto al herido y empezó a hablarle rápidamente en español. Los otros se diseminaron por el prado. La luz de las linternas les permitió ver varios lugares chamuscados en el suelo como si las llamas hubiesen ardido ferozmente entre la hierba. En los acantilados había, asimismo, varias rayas de hollín, en el sitio donde se habían visto las llamas azules. Esto era todo, salvo un objeto que Detweiler encontró cerca de la base de los acantilados… un objeto no mayor que una mano humana. De cada extremo sobresalían unas tenacillas.

—Una especie de grapa —decidió Detweiler—. John, ¿sabes qué es esto?

John Aleman cogió el objeto y le dio varias vueltas entre sus manos.

—No, en absoluto —confesó—. Parece… la pieza de alguna máquina.

—¿O de un avión? —sugirió Detweiler.

—Tal vez. El metal… es una aleación. No sé de qué. No parece acero. Más bien es como peltre… una aleación de cinc. Y no hay restos de aceite… Mira, lo cierras de este modo y las tenacillas también se cierran unas a otras. Podría ser un interruptor, aunque no se parece a ninguno de los que he visto en mi vida.

El señor Barron paseó la vista por el prado y acabó por fijarla en los acantilados.

—¿No se parece a ninguno de los que conoces? —observó.

Quedaron en silencio, sumidos en extraños pensamientos sobre los acantilados en llamas y las nubes de humo, y también en el extraño aparato que se había elevado por encima de los campos. De Luca se palpó el cabello. Su rostro era la imagen de la estupefacción.

—Sí, alguien ha estado aquí —continuó Aleman. Tenía el irregular semblante lleno de preocupación—. Vino alguien y… atacó a Simón y se largó. Bien, ¿de dónde vino… o vinieron? ¿Y adónde se fue… o se fueron? ¿Quiénes eran?

Nadie le contestó. De lo alto del monte les llegó el aullido de un coyote. Pete se estremeció al oír aquel triste lamento y también por el recuerdo del platillo volante. Se preguntó si unos extraterrestres se habrían paseado por el prado… y si quizá se hallaban todavía escondidos entre la hierba.

CAPÍTULO 8

¡El ataque!

En una camioneta se llevaron del prado a Simón de Luca. Y cuando estuvo instalado en uno de los pabellones del rancho, Mary Sedlack y la señora Barron lo examinaron. Comprobaron sus reflejos, estudiaron sus pupilas a la luz de una linterna y decidieron que solamente padecía una ligera conmoción.

—La señora Barron actúa como si fuese una enfermera profesional —le dijo Bob a Elsie Spratt.

Los Tres Investigadores se hallaban en la cocina del rancho con la cocinera, que estaba sentada y se frotaba nerviosamente su deformado dedo.

—La señora Barron estudió para enfermera cuando era joven —explicó Elsie—. Y ahora presta servicios voluntarios un día a la semana en el hospital de la ciudad. Fue una lástima que se casara con ese viejo ogro, porque hubiese sido una excelente enfermera.

Los muchachos oyeron el ruido de un coche en el sendero. Jupe se puso de pie y fue hacia la puerta. Unos minutos antes, Charles Barron había ido hasta el portón para exigirle al teniente Ferrante que notificase a sus superiores de Camp Roberts que alguien había atacado a un pastor. El señor Barron ya estaba de regreso y la señora Barron salió a hablar con él.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Qué ha sucedido?

—Ferrante dice que no puede hacer nada.

—Lo suponía.

—Una excusa muy pobre para un oficial que dispone de un teléfono de campaña, pero le ocurre lo mismo que a todos los de aquí: no funciona.

—Naturalmente —asintió su esposa, con expresión de felicidad —. Cuando los salvadores penetran en nuestra atmósfera, bloquean nuestro campo eléctrico.

—¡Pero Ernestine —exclamó el señor Barron—, si ni siquiera sabes qué es un campo eléctrico!

—Es verdad, Charles —asintió la señora Barron—, pero es algo terriblemente importante, ¿no es así? Cuando los visitantes extraterrestres hacen que ese campo deje de funcionar, todo se para… la radio, el teléfono, los autos… ¡todo!

—Nuestro coche todavía funciona —observó el señor Barron.

—Tal vez la interferencia no sea completa —alegó la señora Barron—. Cuando esos visitantes vuelvan, entonces sí lo será.

—¿Y cuándo será esto? —preguntó el señor Barron, exasperado.

—Ya nos avisarán —replicó ella.

Ascendió los peldaños del porche para entrar en la mansión.

Charles Barron refunfuñó en voz baja y siguió a su esposa.

—¡Bravo por ella! —aplaudió Elsie Spratt, que se hallaba en la puerta de la cocina, al lado de Jupe—. ¡Por primera vez, ha sido ella la que ha dicho la última palabra!

Elsie volvió hacia la mesa y tomó asiento.

—Ese viejo carcamal con el que se casó es capaz de enloquecer al más santo —rezongó—. Si la señora Barron dice que una cosa es negra, él decide que es blanca, sólo para llevarle la contraria. Pero esta noche, ella se ha llevado la palma. Lleva mucho tiempo hablando de los platillos volantes y de los visitantes del espacio exterior, y él, en cambio, insistía en que se apoderarían de nosotros los comunistas, los burócratas o los sindicatos laborales… ¡y ahora resulta que era ella la que tenía razón!

—¿De veras cree que la tiene? —inquirió Jupe—. ¿De veras piensa que hemos tenido unos visitantes del espacio exterior?

Elsie desvió la mirada, antes de responder.

—¿Qué otra cosa pueden ser?

Se puso de pie, repentinamente vivaracha, y de una alacena cogió una vela y una palmatoria.

—Llevaos esto cuando os acostéis.

Entregó la palmatoria con la vela a los muchachos y se marchó, a su vez, escaleras arriba con una lámpara en la mano. En aquel instante entró Mary Sedlack, la cual también se fue hacia arriba.

Banales, Detweiler y Aleman tenían asimismo sus dormitorios en la casita-cocina, por lo que no tardaron en llegar. Banales les enseñó a Konrad y a los tres muchachos el dormitorio donde tendrían que

descansar, en el segundo piso. Konrad declaró que no podría pegar un ojo, pero se tumbó en un camastro y no tardó en respirar lenta y regularmente.

Los muchachos permanecieron tendidos un rato en la oscuridad, después de apagar la vela. Escuchaban los ruidos y crujidos de aquella vieja casona y de quienes la habitaban. En algún lugar próximo, alguien se movía agitadamente en su cama. Y alguien más se paseaba en la oscuridad.

Jupe se despertó en las primeras horas de la madrugada y ya no volvió a conciliar el sueño. Su cerebro estaba demasiado ocupado con los conocimientos del día anterior. Al cabo de unos minutos se levantó y se dirigió a la ventana. La Luna ya había desaparecido y el rancho estaba callado y a oscuras. Allí fuera no había nadie. Jupe no logró adivinar la hora, pero pensó que no estaría muy lejos el amanecer.

Impulsivamente procedió a vestirse y avanzó en silencio hacia los camastros donde dormían los otros dos investigadores. Un leve tirón los despertó al instante. Unos minutos más tarde, los tres muchachos descendían por la escalera y salían de la casa.

A la débil luz de las estrellas, Jupe guió a sus amigos por entre los pabellones de los obreros del rancho hasta el aparcamiento situado junto a los cobertizos. Allí, los tres amigos se agruparon bajo un árbol.

—¿Qué sucede? —indagó Pete.

Jupe arrugó el entrecejo y se tironeó el labio, como hacía siempre que reflexionaba profundamente.

—¿Sería muy difícil que alguien imitara la voz del Presidente de este país? —preguntó finalmente—. ¿Y sería muy difícil conseguir un disco de la Banda de la Armada interpretando «Saludo al Jefe»?

—¿Crees que es un truco? —preguntó Bob.

—No lo sé. Pero eso me hace pensar en una famosa emisión de radio, cuya crítica leí no hace mucho —repuso Jupe—. Corrió a cargo de Orson Welles y, si no resultó ser una broma, seguro que terminó como tal. Claro que fue una broma… de resultados fatales.

Jupe se recostó contra el tronco del árbol y se aclaró la garganta, como si se dispusiera a pronunciar una conferencia.

—Eso ocurrió por los años 1930 —explicó—, antes de que existiese la televisión. Orson Welles presentó por radio, una noche

de Todos los Santos, una adaptación de una novela de ciencia ficción original de Herbert George Wells, el gran novelista inglés. La novela se llamaba «La guerra de los mundos» y trataba de unos monstruos procedentes de Marte que invadían la Tierra. Al comenzar el programa, un locutor anunció que sólo se trataba de la escenificación de una novela, pero el resto del programa fue tan real, que a todo el mundo le dio la sensación de que se trataba de una serie de avisos de noticias y emergencias. Y aquellos que sintonizaron la emisora después de haber comenzado el programa, sólo oyeron los boletines que hablaban de unos objetos extraños procedentes del espacio exterior que habían caído a la Tierra en una pequeña localidad de Nueva Jersey. Así se enteraron, o creyeron enterarse, de que los extraños objetos eran naves espaciales con unas criaturas terribles provistas de tentáculos. Algunas partes del programa se suponía que provenían de las unidades móviles destacadas allí, y los radioyentes oyeron el tumultuoso toque de sirenas y los gritos de la multitud. Hubo reportajes informando de gases venenosos procedentes de las marismas de Nueva Jersey y otros sobre los embotellamientos de tráfico en las autopistas, invadidas ya por la gente que huía ante los invasores.

Jupe hizo una pausa y volvió a aclararse la garganta.

—Lo que la emisora de radio no supo hasta que concluyó el programa fue que la gente huía realmente de los supuestos marcianos. Miles de personas creyeron que aquellas noticias correspondían a una espantosa realidad y fueron presa del mayor de los pánicos.

Jupe calló un momento para señalar los acantilados que rodeaban el rancho.

—Bien, supongamos que la emisión que hemos oído la noche pasada no procediese realmente de Washington. Supongamos que la voz que oímos no era la del Presidente. Supongamos que la emisión proviniese de allí… de esos acantilados.

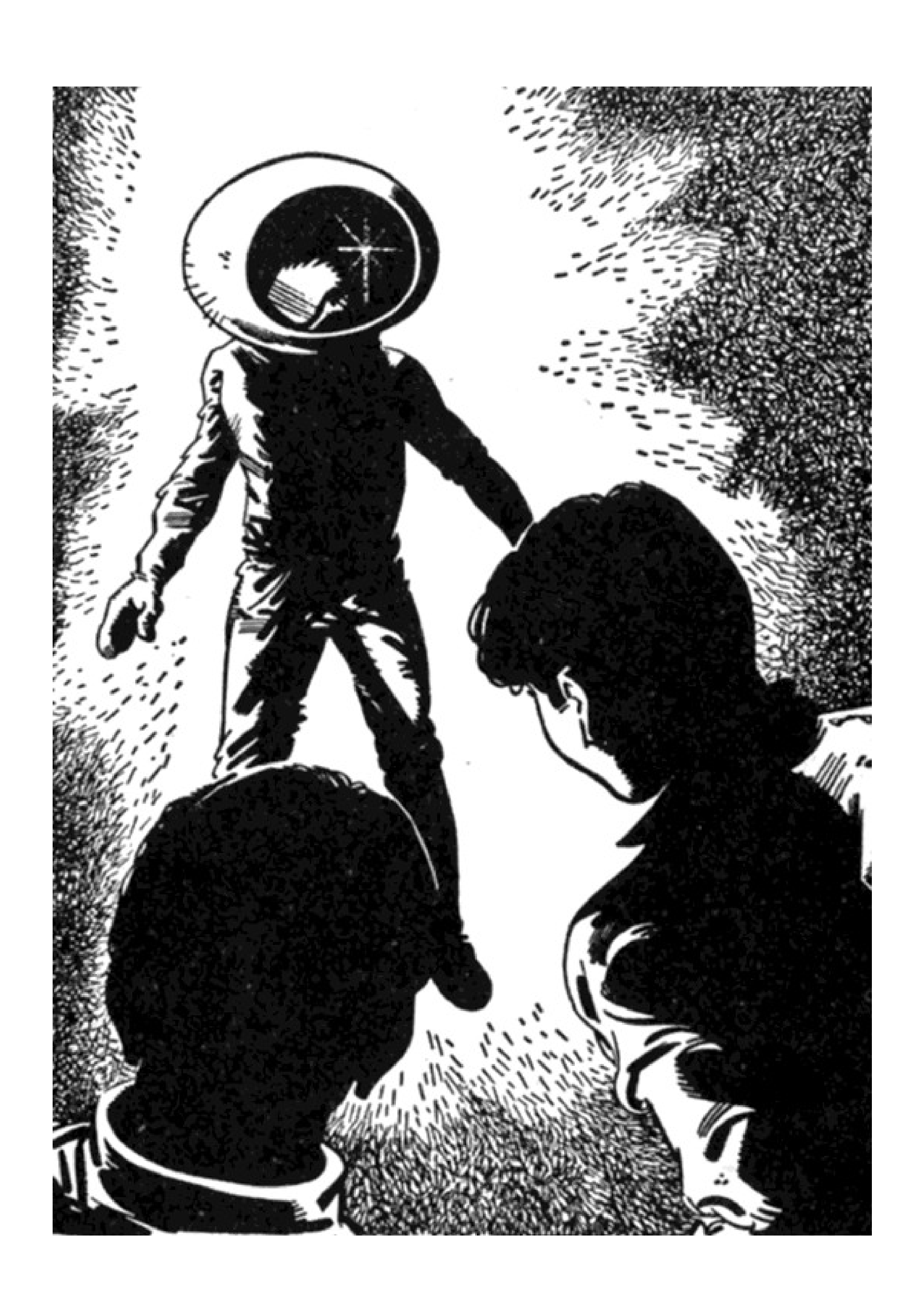
—De acuerdo —convino Bob—. Podría tratarse de un transmisor escondido por allá. Tal vez sería posible interferir las longitudes de onda regulares mediante la emisión de fuertes ruidos. Quizás el discurso fuera falso… pero los soldados de la carretera…

—Bien, supongamos, también que fuesen unos impostores —concluyó Jupe—. Ese teniente es tan… tan militar… tan imbuido

del espíritu del cuerpo y tan cortés… Podría estar interpretando un papel.

—Es posible que sólo desee llevar a cabo su cometido —refutó Bob—. Sí, claro, va demasiado bien vestido. Y hasta lleva los guantes continuamente, pero he oído decir que los oficiales jóvenes suelen obrar de esta manera.

—Si se trata de un engaño —intervino Pete—, alguien se está tomando excesivas molestias. ¿Por qué tendría un individuo que hacer todo esto? El fuego de los acantilados fue… bueno, algo espantoso. No debe ser fácil conseguir que unas rocas peladas parezcan arder con aquellas llamas.



»Además, vimos cómo despegaba un platillo volante. ¡Y el pobre pastor con el pelo chamuscado! ¿Y qué me decís del chisme que Hank Detweiler encontró en el prado… la grapa, el interruptor o lo que fuese?

—Sí, todo es muy convincente —confesó Jupe—, pero reflexionemos sobre ello. Pete, tu padre trabaja en unos estudios de cine. ¿Existe algo en la actualidad que no pueda imitarse por medio de los efectos especiales?

—N… no —concedió Pete al cabo de unos segundos—, supongo que no.

—Sólo existe un medio de averiguarlo con toda seguridad —continuó Jupe—. Tenemos que llevar a cabo lo que planeamos primero. Tenemos que llegar a la población más próxima y ver qué sucede allí.

—Lo cual significa escalar esos acantilados, ¿verdad? —preguntó Bob con desmayo—. Está bien, como quieras.

—¡Oh, no! —gimió Pete—. ¿Es preciso volver a ese prado? ¿Y si hay algo… o alguien allí?

—Eso ya lo dijiste anoche —observó Jupe—, y no encontramos a nadie… aparte del pastor herido. No te preocupes. No emprenderemos la marcha hasta que amanezca.

Los muchachos aguardaron con impaciencia hasta que una débil luminosidad comenzó a reemplazar las tinieblas del valle. Entonces emprendieron la marcha a buen paso hacia el prado. Cuando dejaron atrás los campos de cultivo y llegaron al borde de los pastos, distinguieron la neblina. Surgía del embalse y flotaba por encima del agua como un riachuelo vaporoso. Los tres amigos se dirigieron hacia allí, teniendo buen cuidado de evitar las ovejas del prado inferior, pero al llegar al pie del embalse se detuvieron en seco. Todos experimentaron un escalofrío de temor. Todos veían mentalmente la imagen de Simón de Luca tumbado en tierra, con el cabello chamuscado como por el fuego de un cohete.

Los muchachos siguieron tanteando el terreno alrededor de las rocas y los arbustos del borde del embalse. Cuando llegaron a lo alto del mismo, comenzaron a orillar el aljibe. Pete iba en cabeza, tanteando a través de la niebla.

De repente, lanzó un grito.

Había alguien delante, un personaje alto y delgado, que parecía

tener una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Los tres amigos tardaron unos instantes en darse cuenta de que tal personaje llevaba un traje de material blanco y brillante, un traje que resplandecía incluso a la penumbra del amanecer, y que la cabeza estaba cubierta por un enorme casco. En realidad, era un casco que podían utilizarlo los submarinistas, los astronautas… o tal vez un desconocido que no pudiera respirar la atmósfera terrestre.

Pete gritó de nuevo. Jupe vio cómo aquel extraño ser levantaba un brazo dispuesto a golpear. Y en el mismo momento, algo situado a sus espaldas asió a Jupe por la garganta. Aquella cosa lo levantó de manera que pudo divisar con claridad, ya sin la bruma de la niebla, el cielo gris y las pálidas estrellas del amanecer. Después vino una explosión de dolor en la nuca… sintió cómo se hundía en las tinieblas… y no vio nada más.

CAPÍTULO 9

Una invitación a investigar

Jupe abrió los ojos y comprobó que el cielo ya estaba azul. La niebla había desaparecido y Konrad estaba arrodillado a su lado.

—¿Te encuentras bien, Jupe? —le preguntó ansiosamente el bávaro.

Jupe se quejó por el dolor que experimentaba desde el hombro derecho al oído. Por fin, aunque temblando, consiguió sentarse.

Cerca de allí, Rafael Banales ayudaba a Pete a ponerse de pie, y John Aleman hablaba quedamente a Bob, el cual se hallaba sentado en tierra con las rodillas levantadas hasta la barbilla.

—Konrad —quiso saber Jupiter—, ¿cómo nos encontraste?

—No fue difícil —sonrió el preguntado—. Me desperté y vosotros habíais desaparecido. Entonces, me dije: «Si yo fuese Jupiter Jones, me habría ido al lugar de los sucesos». De modo que desperté al señor Aleman y al señor Banales y, junto con el señor Detweiler, vinimos aquí.

Jupe miró a su alrededor. Hank Detweiler estaba de pie, a su lado, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el mayoral.

—Había alguien esperando —explicó Jupe—. Vi a un personaje llevando un traje espacial y entonces golpeó a Pete.

—¡Bromeas, eh! —exclamó Detweiler.

—Oh, no, no bromea —farfulló Pete, palpándose la cabeza y parpadeando de dolor—. Ese tipo me atizó un buen porrazo.

Jupe se tocó la nuca que también le dolía.

—Otro individuo se me acercó por detrás —prosiguió su relato —. Intentó estrangularme y perdí el conocimiento.

—Debieron ser tres —calculó Bob—. El que me atrapó a mí olía como a caballo.

—¿Qué? —Charles Barron acababa de aparecer en el prado—.

¿Quién olía a caballo? Hank, ¿qué pasa aquí?

—Los muchachos salieron del rancho durante la noche —explicó el mayoral—. Vinieron aquí y fueron atacados. Pete asegura que uno llevaba un traje espacial. Bob afirma que otro olía a caballo.

—¡Tonterías! —sentenció el señor Barron—. Los extraterrestres no huelen a caballo. Hank, yo he venido en una camioneta. Ahora acompaña a esos chicos, llévatelos al rancho y haz que los cuide la señora Barron.

Diez minutos más tarde, Jupiter, Pete y Bob se hallaban en sus camastros del dormitorio, bajo el cuidado de Mary Sedlack y Elsie Spratt.

—Vaya, por lo visto tenemos una racha de buena suerte —comentó Mary con sequedad—. Simón de Luca pudo hallar la muerte anoche en el prado y vosotros habéis sido atacados esta madrugada, pero no habéis sufrido consecuencias fatales. Bueno, no tentéis más a la suerte. Manteneos alejados del prado. Por el momento, no es un lugar muy acogedor.

Ella y Elsie salieron del barracón.

—Ahora no olía a caballo —comentó Jupiter pensativamente—, pero ayer por la tarde sí.

—¿Piensas que ella fue uno de los atacantes? —preguntó Bob.

Jupiter se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Creo que es bastante fuerte. Y estoy seguro de que al menos uno de los asaltantes era terrestre. Me niego a creer que un extraterrestre montara a caballo.

—¿Una persona que monta a caballo? —repitió Bob, mirando el techo—. Esto no ayuda a reducir la lista de sospechosos. Tenemos a Hank Detweiler que sabe montar, claro. También monta el señor Barron, supongo. Mary pasa casi todo su tiempo con los caballos, y probablemente Banales y Aleman dominan la equitación. Además, están los obreros del rancho, los que viven en los pabellones. Apenas sabemos nada de ellos.

—¿De quiénes no sabéis nada? —La señora Barron había subido en silencio la escalera y se hallaba en el umbral, sonriendo a los muchachos—. Mi esposo está muy preocupado por vosotros —añadió la buena mujer—. Me contó que os habían atacado… bueno, los salvadores.

—Nos atacaron tres personas, señora Barron —puntualizó Jupe

—. Al menos, una llevaba un traje espacial.

La señora Barron se sentó al borde del camastro de Jupe. Llevaba una pequeña linterna y la usó para examinar los ojos del Primer Investigador.

—Estás bien —afirmó con suavidad—. Has tenido mucha suerte.

Luego, se dirigió a examinar a Pete.

—¿Y qué hacíais en el prado los tres? —se interesó.

—Queríamos irnos del rancho y llegar a la población más cercana —explicó Jupe—. Señora Barron —prosiguió tras una breve pausa—, usted parece estar muy segura de que nos visita gente de otro planeta. ¿Conocen todos los de Rancho Valverde su interés por una posible liberación?

—Eso creo —asintió ella, con expresión turbada—. Me imagino que eso lo saben todos los que viven en el rancho. Pero… no estoy completamente segura de que fuesen los salvadores los que visteis anoche.

—¿De veras? —se interesó Jupe.

La señora Barron sacudió negativamente la cabeza y sentóse al lado de Bob.

—Ese aparato del prado, de la noche anterior, era exactamente igual a las naves espaciales que han sido vistas en otras regiones del país. Ha habido personas de la Tierra que han hablado con los salvadores… Pero Simón quedó herido… lo mismo que vosotros. ¡Y los visitantes jamás han herido a nadie! Están tan altamente desarrollados intelectualmente que son telépatas. No puedo creer que deban recurrir a pegar a la gente. No vienen para esto, sino para ayudarnos.

—Sí, claro —asintió Jupiter—. Señora Barron, el planeta Omega se halla en la galaxia más próxima a la Tierra, en la constelación de Andrómeda. ¿Sabe a qué distancia se halla de nosotros?

—Oh, a unos dos millones de
años-luz
—respondió ella—. Lo sé. Es imposible imaginarse un viaje de dos millones de
años-luz
. Pero los salvadores poseen una tecnología mucho más avanzada que la nuestra y la distancia no les preocupa. Todo esto está muy bien explicado en el libro Paralelos, de Korsakov. Él, en persona,

visitó el planeta Omega y regresó a la Tierra a fin de preparar el camino a los salvadores. En Paralelos cuenta hasta qué punto nuestras últimas guerras tienen angustiada a la gente de Omega y como, desde que poseemos la bomba atómica, bueno… esto ha aumentado la tensión en todo el cosmos.

—Hum… sí, claro —gruñó Jupe.

—Los salvadores acabarán por rescatarnos de los peligros de la Tierra. Naturalmente —continuó la señora Barron—, no se nos llevarán a todos, sino a quienes mejor puedan contribuir a la reconstrucción de nuestra civilización cuando termine la era de caos y confusión.

Jupiter asintió distraídamente.

—Mi marido siempre se ha negado a creer que pueda suceder tal cosa. Pero anoche, cuando vio la nave espacial, no se fue a la cama sino que se dedicó a leer el libro de Korsakov y otro de un tal Contreras. Y esta mañana está dispuesto a creer que los salvadores nos visitan asiduamente.

—Esto ha debido gustarle a usted —observó Jupe.

—No, si los salvadores resultan ser unos seres malvados que van aporreando a la gente en la cabeza —negó la señora Barron—. Ojalá estuviese segura de que no son ellos.

—Bueno —manifestó Jupiter lentamente—, ya sabe que es posible que esos asaltantes no fuesen en absoluto extraterrestres.

—Lo sé —sonrió ella con tristeza—. Alguien podría haber planeado una broma espantosa. Se lo dije a mi esposo esta mañana, pero se puso furioso. Claro, debí darme cuenta. Ahora ha decidido que aquí hay extraterrestres y no quiere que nadie le contradiga. Sí, está seguro de que han venido para llevarlo a un sitio seguro.

—Supongo que esa idea le encanta —afirmó Jupe—. Señora Barron —agregó, cambiando de tema—, hábleme del personal que tienen en el rancho.

La señora Barron se mostró sorprendida.

—¿El personal? Eres muy inquisitivo, muchacho… Hablas como si tuvieses que redactar un informe para la policía.

La cartera de Jupiter se encontraba sobre la mesita de noche y éste, sin responder, la alcanzó, extrajo una cartulina de uno de sus compartimientos y se la entregó a la señora Barron, la cual leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—¡Investigadores! —exclamó la señora Barron.

—Nuestro principal objetivo es solucionar problemas —le confió Jupiter—, y crea que nos damos buena maña para ello. No tenemos prejuicios como la mayoría de investigadores adultos. Siempre estamos dispuestos a aceptar que pueden ocurrir los sucesos más absurdos… y a menudo los hechos nos dan la razón.

—Entiendo —aprobó la señora Barron—. Bien, tal vez los sucesos ocurridos aquí sean absurdos y es posible que necesitemos unos buenos detectives. Especialmente, creo que yo los necesito. ¿Podéis aceptarme como cliente?

—Claro está —accedió Jupiter—. Acaba de contratar los servicios de los Tres Investigadores. Y ahora, hable del personal.

—De acuerdo —la mujer tomó asiento en una butaquita a los pies de la cama de Jupe—. Conocimos a Hank Detweiler cuando estuvimos de visita en el rancho Armstrong de Texas. A Charles le impresionó la labor que Hank realizaba allí e hizo que el Departamento de Crédito de Austin le dejase ver el informe sobre nuestro mayoral. Charles cree fervorosamente en los informes financieros del Departamento de Crédito. Afirma que, si la gente se muestra descuidada con el dinero, también lo será en otras cosas. Hank nunca tuvo problemas de pagos y Charles lo contrató.

—Entiendo —asintió Jupiter.

—Hallamos a Rafael Banales gracias al Departamento de Alumnado de la Universidad de California, en Davis. Se había graduado seis años atrás y estaba trabajando para la compañía «West Coast Citrus», con un excelente expediente. John Aleman era el dueño de un garaje en la ciudad de Indio. Cuando pasamos por allí nos reparó el coche y lo hizo de manera perfecta.

—¿También fue satisfactorio su informe financiero? —intercaló Jupe.

—Oh, sí… El de Elsie no era tan bueno. Abonaba las cuentas con retraso y, en algunas ocasiones, no tuvo bastante dinero en su cuenta bancaria para cubrir sus cheques. Sin embargo, lo cierto era que ayudaba a su hermano menor y era comprensible que, de cuando en cuando, anduviera corta de dinero. Trabajaba como cocinera en un restaurante de Saugus y, con el salario que ganaba, logró que su hermano abriera una pequeña tienda de radios. Oh, es muy buena cocinera y Charles decidió correr un pequeño riesgo con ella.

—¿Qué hay de Mary Sedlack? —quiso saber Jupe.

—Trabajaba en una cuadra de caballos en un lugar llamado Sunland —explicó la señora Barron—. Oyó hablar del Rancho Valverde a una amiga suya que habita en Santa María y solicitó un empleo. Quiere poder estudiar en la Universidad y llegar a ser veterinaria, de manera que para ella constituye una ventaja vivir aquí y guarda su sueldo en el banco. No ha tenido jamás un crédito, ni cuenta estable o un préstamo bancario… no, nada de eso, de modo que Charles no pudo obtener un informe de ella, pero mi marido comprobó la del padre de Mary. Era perfecta. Ese hombre trabaja para una empresa de Ahorros y Préstamos.

—¿Y qué me dice de los que viven en los pabellones? —inquirió Jupe.

—Todos estaban empleados en el Rancho Valverde —sonrió la interrogada—, mucho antes de que mi esposo adquiriese la propiedad. Algunos, incluso, han nacido en el rancho. Éste es su hogar.

Se puso de pie.

—No me parece posible que nadie de los que trabajan aquí esté implicado en un engaño. Perderían demasiado. ¿Y qué ganarían?

—El señor Barron es un hombre acaudalado —observó Jupe—. Tal vez alguien haya puesto en acción un plan para robarle.

—¿Robarle qué? —se burló la señora Barron—. Aquí no tenemos nada de valor. No coleccionamos nada caro. Ni siquiera hay mucho dinero. Mi marido lo guarda en un banco, como todo lo demás. Tenemos una cuenta en el Banco Nacional de la Costa del Pacífico de Santa Bárbara. Allí también tenemos una caja de seguridad

donde guardamos mis joyas y supongo que mi marido tiene allí otros valores.

—¿No podría tratarse de otra cosa? —insistió Jupiter—. Algo en que usted no haya pensado… algo que no le parece importante, pero que otra persona puede desear desesperadamente. O alguien que intenta estafar a su esposo.

—Sí, claro, todo esto es posible —concedió ella.

—Si la aparición del platillo volante fue un truco —razonó Jupiter—, tiene que existir un motivo para dicho truco, por muy elaborado que sea tal motivo.

La señora Barron meditó unos instantes y al fin dijo:

—No me imagino qué pueda ser. Sencillamente, no es nada de este rancho. Ya podéis ver vosotros mismos que…

Calló de golpe, miró fijamente a Jupe y continuó:

—¡Naturalmente! ¡Lo podéis ver vosotros mismos!

—¿El qué, señora Barron? —se interesó Jupe.

—Podéis visitar nuestra casa —explicó ella—. Todo lo que tenemos, todo lo personal, está en la casa. Excepto mis joyas, claro. Supongamos pues que, después del almuerzo, cuando María, la que nos sirve la comida, se vaya a su pabellón para dormir la siesta y cuando mi esposo sale a dar una vuelta a caballo por el rancho… cosa que hace todos los días…, supongamos que venís a la casa y la registráis de arriba abajo. Bueno, tal vez se os ocurra algo. Quizás observéis alguna cosa en la que yo no me he fijado.

—Buena idea —aprobó Jupe.

—Aunque a mi esposo no le gustaría —replicó la señora Barron.

—Seguro que no —asintió Jupe.

—De modo que no le diremos nada.

—Confíe en nosotros, señora Barron —sonrió Jupiter.

—Sí, creo que puedo confiar en vosotros.

La señora Barron se despidió y Jupiter se recostó contra su almohada. Empezó a tironearse el labio inferior, señal segura de que estaba sumido en profundos pensamientos. Su expresión era grave.

—El gran Sherlock Jones —sonrió Pete— piensa tan profundamente que huelo a madera quemada. ¿Has llegado a alguna conclusión, Sherlock?

—No —confesó Jupe—. Estoy considerando solamente cierto

número de asombrosas posibilidades.

—¿Cuáles son? —preguntó Bob.

—Que alguien intenta aislar completamente a Charles Barron con algún propósito criminal. Se halla desconectado de todo contacto con el mundo exterior, y podría ser la víctima de un chantaje o de una estafa, o secuestrado por un rescate. También existe la posibilidad de que alguien del rancho tenga alguna queja contra él y sólo desee atormentarle y hacerle quedar en ridículo. Y aún hay una tercera posibilidad.

—¿Cuál? —inquirió Pete.

—¡Que este misterio sea realmente intergaláctico y nos hayan invadido realmente personas de otro planeta!

CAPÍTULO 10

¡Atrapado!

Los Tres Investigadores almorzaron en la larga mesa de la cocina del rancho, con Elsie Spratt, Hank Detweiler y el resto del personal de Charles Barron.

Fue una comida silenciosa, pues cada uno se hallaba sumido en sus propios pensamientos. Cuando el refrigerador arrancó repentinamente en el momento en que Elsie servía la sopa, Bob saltó como si hubiese recibido un tiro.

—¿Vuelve a funcionar la electricidad? —preguntó Pete.

—Funcionan los generadores —explicó John Aleman.

—Oh, sí —asintió Pete—. Lo había olvidado.

Hank Detweiler miró a Pete con ojos escrutadores.

—No olvidéis que el señor Barron ha dado ciertas órdenes respecto a vosotros. Tenéis que manteneros alejados del prado. Hemos apostado unos centinelas allí para hacer cumplir esa orden.

—¿Qué significa esto? —intervino Elsie—. ¿Está realmente preocupado el señor Barron por la seguridad de los chicos o espera otra visita de los extraterrestres?

—Probablemente, por ambas cosas —repuso Detweiler—. Se imagina que el platillo volante volverá porque habrán dejado a algunos de los suyos escondidos por ahí.

—¿Los que nos atacaron? —quiso saber Jupiter.

Detweiler arrugó la frente en actitud de honda concentración.

—No estoy seguro de creer nada de lo sucedido —anunció—. Daría cualquier cosa por saber dónde puede estar ese tipo del traje espacial… él y sus amigos.

—Tal vez estén por los acantilados —sugirió Jupe, estudiándole.

—Es posible —asintió Detweiler, sin insistir sobre el tema.

La comida continuó sin más conversación.

Al terminar, Los Tres Investigadores se disculparon y fueron a

sentarse en los peldaños del porche trasero. Estaban aún allí, cuando Charles Barron salió de su mansión pegando un portazo y se dirigió al establo.

Se detuvo al ver a los muchachos.

—No volváis a escabulliros de aquí —les advirtió—. Si me entero de que habéis estado en el prado o cerca de allí, ordenaré que os encierren.

—Sí, señor —asintió Jupe con humildad.

El señor Barron continuó su camino, y la joven llamada María no tardó en salir de la mansión. Sonrió a los muchachos y fue hacia uno de los pabellones que bordeaban el sendero del rancho.

Cuando María desapareció a lo lejos, Jupe se levantó y abrió la marcha hacia la mansión de los Barron.

La señora Barron les aguardaba en la veranda, donde había unas sillas y mesitas de hierro forjado, pintadas de blanco, de aspecto bastante incómodo y anticuado, con dibujos de parras y enredaderas.

La señora Barron estaba sentada en una de dichas sillas, con las manos cruzadas sobre la falda, mas sus pupilas brillaban de animación. Jupe supuso que consideraba como una aventura la inspección de su propia casa.

Los muchachos decidieron que aquella mañana sólo Jupiter examinaría la mansión con la señora Barron y que, mientras él estaba en la casa, Pete y Bob intentarían descubrir qué pasaba entre los soldados que vigilaban la carretera.

—Nos veremos más tarde —se despidió Jupe de sus amigos—, y tened cuidado cuando os acerquéis a la cerca.

—No temas —repuso Pete.

Jupe ascendió los peldaños de la entrada principal de la mansión. La señora Barron se puso de pie y le precedió al interior de la vivienda. Cuando Jupe cerró la puerta, los dos permanecieron inmóviles unos segundos, escuchando el gran reloj de caja que sonaba en el descansillo de la escalera monumental.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó la dueña de la casa.

—Éste es un sitio tan bueno como otro cualquiera —replicó Jupe.

Tendió la mirada por el gran salón, muy severo con sus alfombras turcas, sus divanes y sus sillones tapizados con terciopelo.

No vio nada que pudiera desear un ladrón. Luego pasó a la sala de música, donde había un piano de cola, varias sillas doradas y algunas vitrinas que contenían montones de partituras musicales y algunos dibujos infantiles.

—Mis hijos los hicieron cuando estaban en la primaria —explicó la señora Barron—. Me parecieron bastante buenos.

—Oh, sí, son excelentes —asintió Jupe, pensando al contrario que eran espantosos.

Volvió a meter los dibujos en la vitrina de la que los había sacado y se trasladó al comedor. En los aparadores había algunos objetos de plata.

—La plata tiene algún valor —razonó Jupe—, pero no creo que esos objetos valgan la pena de planear un truco tan sofisticado. Si un ladrón se llevase la vajilla, o este servicio de café de plata, y luego tuviera que venderlos a bajo precio… no sacaría mucho.

—Supongo que no —concedió la señora Barron.

En la cocina de la mansión había alacenas atestadas de provisiones, conservas y confituras fabricadas en el rancho. Las etiquetas demostraban que ninguno de los botes tenía más de un año.

Cuando Jupe terminó la inspección de la cocina, abrió la puerta que conducía al sótano. La señora Barron giró el interruptor de abajo, y los dos descendieron a un lugar sombrío y lleno de polvo, donde se veía unos montones de leña y un cajón lleno de carbón.

—Así estaba todo en Wisconsin —explicó la señora Barron. Señaló el enorme horno situado al lado del cajón de carbón—. Charles quiso que todo estuviera tal como lo recordaba… con horno y todo.

Jupe consideró las cajas, los cajones y los baúles que descansaban sobre el suelo de cemento. A través de una abertura en la pared del fondo divisó otro tramo de escalera que subía desde el sótano e iba directamente al exterior. Era la antigua entrada a la bodega, con una hoja de contrachapado sobre el pozo de la escalera, que servía tanto de tejadillo como de puerta.

Entonces, Jupiter captó un nicho en una esquina del sótano, que iba del suelo al techo. Estaba hecho de una especie de malla de metal pesado, y poseía una puerta metálica asegurada con un candado. Curiosamente, Jupe cruzó el sótano, atisbo por entre el

enmallado y distinguió una colección de rifles apoyados en un armero contra la pared. También había cajas de municiones en el suelo e incluso explosivos.

En otro armero se veían pistolas y revólveres.

—¡Vaya arsenal! —comentó Jupiter—. ¿También estaba en el sótano de Wisconsin?

La señora Barron negó con la cabeza y su rostro se entristeció.

—No, esto es nuevo. Charles lo instaló hace unos seis meses. Bueno… creyó que llegaría un momento en que tendríamos que protegernos.

—Ya.

Jupe se apartó de las armas y empezó a abrir los baúles que tenía en torno suyo. Todos estaban vacíos, lo mismo que los cajones y las cajas.

—Nada —murmuró al fin.

—Claro —asintió la señora Barron—. En realidad, este sótano apenas lo usamos.

Los dos regresaron a la cocina y la señora Barron abrió la marcha por la escalera hasta el segundo piso.

Cerca de la escalera se hallaban los dormitorios de la servidumbre, aunque solían estar vacíos, sin utilizar. En las otras habitaciones había camas antiguas y monumentales, con ricas colchas de brocado. Jupe vio mesas con superficie de mármol y espejos que llegaban hasta el techo. La señora Barron entró en su habitación y abrió las puertas del armario y los cajones del escritorio.

—No hay nada, en realidad… ni siquiera baratijas. Yo no suelo lucir muchas joyas aquí en el rancho —añadió—. Sólo guardo un collar de perlas y mi anillo de compromiso, ya que todo lo demás está en la caja fuerte del banco.

—¿Hay algún ático? —quiso saber Jupe—. ¿Y los cuadros? ¿Tienen algunos de verdadero valor? ¿Y documentos? ¿No posee el señor Barron ningún documento que pudiese ser valioso para un estafador?

—Nuestros cuadros —sonrió la señora Barron— son sólo retratos de familiares, pero no son muy valiosos. Excepto para Charles, claro. Y respecto a documentos, no lo sé. No entiendo gran cosa de negocios y finanzas. Charles lo guarda todo en su despacho.

La señora Barron volvió a la escalera y Jupe la siguió. Una pequeña estancia situada en la esquina oriental de la casa todavía era más severa y anticuada que las que Jupe acababa de visitar. Estaba amueblada como un despacho, con un buró de persiana, un sillón de cuero, una silla giratoria de roble y varios archivadores de la misma madera. También había una chimenea y en la repisa se veía un grabado en metal de una fábrica.

—Es un grabado de la Barron Internacional —explicó la señora Barron, señalándolo—. Es la fábrica donde los Barron labraron su fortuna. No entro muy a menudo aquí, pero…

La señora Barron calló de pronto. Alguien la llamaba por su nombre desde el sendero. Se acercó a la ventana y levantó la persiana.

—¡Señora Barron! —gritó una mujer desde el sendero—. ¡Por favor, venga de prisa! Nilda Ramírez se ha caído de un árbol y le sangra mucho el brazo.

—¡Ya bajo! —replicó la señora Barron.

Volvió a cerrar la ventana.

—Continúa con tu visita —dijo a Jupe—. Estoy segura de que ya no me necesitas. Iré en busca del botiquín de urgencia y curaré a esa chica, Nilda Ramírez. No te demores. Y Charles no tardará tampoco demasiado.

—No me detendré mucho —prometió Jupe.

La señora Barron se marchó y Jupe la oyó buscar algo en el gran cuarto de baño cuya puerta daba al pasillo. Luego, ella bajó y salió de la casa. Jupe permaneció frente a la ventana mientras la señora Barron recorría el sendero junto con la mujer que la había avisado. Luego se asomó y miró hacia el grupo de limoneros y al otro extremo del sendero. No había nadie a la vista.

Se apartó de la ventana y fue hacia la chimenea. Una vez allí, levantó el grabado de la Barron Internacional y sonrió.

—¡Por fin! —exclamó en voz alta.

Detrás del grabado había una caja de caudales. Era de modelo antiguo y no tenía combinación. Podía abrirse por medio de una llave.

Jupe supuso que la señora Barron ignoraba la existencia de la caja, y se preguntó si el señor Barron la habría encontrado en alguna tienda de antigüedades y la habría instalado en la casa

después de trasladarla desde California. Tiró de la manija. La caja estaba cerrada, tal como había esperado. También estaba cerrada la persiana del buró, lo mismo que los archivadores.

Jupiter se sentó en el sillón y se imaginó que él era Charles Barron. ¿Qué guardaría en una caja de caudales? ¿Y llevaría la llave encima, montando a caballo? ¿O la dejaría en la casa? ¿Tal vez tendría una segunda llave?

Cuando se le ocurrió esta idea, los ojos de Jupiter resplandecieron. Charles Barron era un individuo muy meticuloso. Con toda seguridad habría un duplicado de la llave escondido en la casa.

Jupiter se armó de valor y empezó el registro. Se arrodilló y palpó los costados de las sillas y del escritorio. Después, hizo lo mismo con las partes superiores de las ventanas y de la puerta. Atisbo detrás de los archivadores. Finalmente, levantó un borde de la alfombra y divisó una tabla del suelo más corta que las demás y de color diferente. Insertó las uñas en el borde de esa tabla y la consiguió levantar. Debajo había un compartimiento donde estaban las llaves.

—No es usted muy listo, señor Barron —murmuró Jupe.

Cogió las llaves, tres en un llavero, y abrió la caja fuerte.

En su interior había varios estuches forrados de terciopelo: estuches de joyas. Jupe los abrió, uno tras otro, y contempló asombrado las esmeraldas, los diamantes y los rubíes. Había collares, brazaletes, relojes y alfileres. Casi todas las piezas eran de modelos antiguos. Jupe supuso que debían haber pertenecido a la madre del señor Barron.

De manera que las joyas de la señora Barron no estaban en ninguna caja de depósito del banco como ella creía. ¿Sabía tal cosa alguien más… aparte del señor Barron? Ciertamente, valía la pena robar aquellas joyas. ¿Pero tanto como para elaborar el truco del platillo volante y los soldados? Jupiter se dijo que no.

Luego se preguntó por qué habrían llevado las joyas a la mansión y comprendió que era otro signo de la desconfianza que tenía el señor Barron respecto al mundo. Una caja de seguridad de un banco sólo era segura mientras la entidad existiera. Y Charles Barron no creía en los bancos. Sólo confiaba en las tierras y el oro.

Jupe cerró la caja y se dirigió hacia el buró de persiana.

Fue la segunda llave la que lo abrió. El primer objeto que distinguió el Primer Investigador cuando se levantó la persiana fue la grapa metálica hallada en el prado por la mañana. Jupe le dio vueltas entre sus manos y luego la dejó a un lado. Sentóse en la silla giratoria y comenzó a investigar los talonarios bancarios que se amontonaban en la mesa.

Pertenecían a diversos bancos de distintas ciudades: el Banco Prairie de Milwaukee, la Compañía Desert Trust de Salt Lake City, la Compañía Riverside Trust de Nueva York y el Banco Nacional de Illionis Central de Springfield.

Jupe repasó los registros de los talonarios y vio que el último talón de cada cuenta era por todo el saldo. Es decir, Barron había cancelado todas sus cuentas bancarias. Sólo mantenía abierta la del Trust Merchants de Santa Bárbara. La última entrada del registro de dicha cuenta mostraba que Charles Barron tenía más de diez mil dólares en depósito.

Jupe dio un salto en la silla y empezó a comprobar el registro del talonario y casi silbó de asombro. En los dos últimos años había depositado millones de dólares en la institución de Santa Bárbara y en la cuenta habían ingresado grandes sumas de dinero. Parte del mismo había servido para pagar el equipo del rancho. Otros habían ido a parar a compañías alimenticias, otras a empresas petrolíferas, a comerciantes de automóviles como pago de camiones y a ciertos talleres de reparación. Había talonarios pagados a compañías de ingeniería para equipo de irrigación, y a compañías productoras de cemento por arena, gravilla y hormigón. El señor Barron había gastado sumas enormes para equipar su rancho.

Pero además también se habían pagado grandes cantidades a otras empresas cuyos nombres no conocía Jupiter. Una compañía llamada Peterson, Benson y Hopwith había recibido dinero de Charles Barron en más de diez ocasiones y las cantidades oscilaban entre cincuenta mil a más de doscientos mil dólares. Numerosos cheques habían sido extendidos a nombre de la Pacific Stamps Exchange[1], por unas sumas astronómicas.

Jupe dejó a un lado el talonario y frunció el ceño. No había visto nada que indicara que el señor Barron estaba interesado en sellos de correos.

Y la señora Barron había asegurado que ni ella ni su marido eran

coleccionistas.

Aparte de los talonarios, había documentos en el escritorio: declaraciones de una firma de corredores de Bolsa que tenía una oficina en el bulevar Wilshire de Los Ángeles. Habían vendido bonos por cuenta del señor Barron por valor de varios millones de dólares en un período de ocho meses. Entre las actas no había ni una sola notificación de que Charles Barron hubiese adquirido nuevos bonos. Charles Barron sólo había vendido una y otra vez, y los bolsistas le habían enviado cheques después de cada venta.

Jupe dejó los documentos donde los había encontrado y empezó a hojear otro montón de papeles. Se trataba de facturas y notas, y también se hallaban relacionadas con compras que el señor Barron había efectuado para el rancho. Jupe estaba impresionado al ver las inmensas cantidades que el señor Barron se había gastado en su fortaleza. Sólo la cuenta del mobiliario del parque era suficiente para amueblar muchos hogares, desde el ático hasta la bodega.



Jupe sonrió al observar aquella factura. Se refería a cuarenta y tres sillas de hierro forjado, con dibujos de hiedra sueca, diez mesitas de igual dibujo, todo ello fabricado bajo las directrices específicas del señor Barron, para ser entregadas al Rancho Valverde en un plazo de noventa días como máximo.

Era típico del millonario, supuso Jupe, adquirir aquel mobiliario de jardín, cuando podía haberlo adquirido en casi cualquier tienda dedicada a piezas para el aire libre. Pero Charles Barron estaba acostumbrado a poseer las cosas exactamente como las quería. Tal vez no le habían gustado los modelos o la artesanía de los muebles de otras tiendas.

Jupiter dejó las facturas en su lugar, corrió la persiana del buró y la cerró. Se quedó sentado un momento, atormentado por una sensación indefinible: la sensación de que había visto algo muy importante. Mientras trataba de definir qué podía ser lo que le acababa de despertar el borde de su conciencia, oyó un sonido abajo.

Alguien había abierto la puerta de la cocina, entrando en la mansión. Sí, alguien cruzaba la cocina con pasos pesados. Y no se trataba de la señora Barron.

Jupe se puso de pie, dio un paso silencioso y se arrodilló para dejar las llaves en el compartimiento del suelo. Colocó la tabla sobre aquél y la tapó con la alfombra.

Los pasos ya sonaban en el comedor, y después en el pasillo.

Jupe miró frenéticamente a su alrededor. Los pasos subían por la escalera. Jupe no tenía tiempo de atravesar el pasillo y llegar a la escalera posterior sin ser visto.

¡Jupiter estaba atrapado!

CAPÍTULO 11

Bob corre un riesgo

Cuando Jupe entró en la mansión, Bob y Pete descendieron a través del grupo de limoneros hasta la cerca que cerraba el lindero sur de la propiedad de Charles Barron. Los muchachos se agazaparon detrás del espeso seto de adelfas que crecía cerca de la valla y contemplaron la carretera.

Habían instalado una tienda de campaña en el terreno baldío que había al otro lado de la carretera, frente al portón del rancho. Dos hombres de uniforme estaban holgazaneando delante de la tienda y bebían algo de unos vasos de hojalata. Resueltamente, ignoraban al centinela del rancho que vigilaba el portón. Y éste, a su vez, los ignoraba a ellos. Se hallaba recostado contra un poste de la puerta y sujetaba un rifle, de espaldas a los muchachos, los cuales estaban escondidos en la parte occidental del portón.

Pete le pegó un codazo a Bob y señaló un abultado aparato que colgaba de un árbol, cerca de la tienda de los soldados.

—¿Qué es? —quiso saber Bob.

—No estoy seguro, pero me parece un teléfono de campaña —repuso Pete.

Como para confirmar esta opinión, se oyó un pequeño tintineo. Uno de los soldados se incorporó y fue hacia el árbol. Descolgó el receptor de su soporte y habló, aunque los dos amigos no lograron captar sus palabras.

—¿Qué me dices ahora? —susurró Bob—. Le dijeron al señor Barron que su teléfono tampoco funcionaba.

Bob aguzó el oído para escuchar la conversación que tenía lugar, pero la distancia era excesiva. Sólo logró captar una o dos palabras.

Al cabo de unos minutos el soldado devolvió el auricular a su lugar y le dijo algo a su compañero. Los dos se echaron a reír, y después reinó el silencio en tanto contemplaban a uno de los

hombres de Barron que caminaba entre la cerca y el seto de adelfas, hacia el Este.

Este centinela que patrullaba por la cerca miró al otro lado de la carretera, hacia el campamento. Se detuvo a intercambiar unas palabras con el que vigilaba el portón y luego dio media vuelta y retrocedió por donde había venido.

—Eh, será mejor que nos alejemos de este seto —murmuró Pete—. Seguro que dentro de muy poco vendrá otro centinela por el oeste.

Los dos muchachos se retiraron hacia un grupo próximo de eucaliptos. Pete tenía razón, porque no tardó en aparecer un patrullero, en dirección al portón, desde la dirección contraria del primero. Una vez hubo también desaparecido, pasó un *jeep* lentamente por delante de la puerta de la valla, en dirección al oeste, sin detenerse en el campamento. Los dos individuos que iban en el vehículo ignoraron al centinela del señor Barron, y éste ni siquiera los miró.

—Los dos bandos no se hablan entre sí —comentó Pete.

—Daría cualquier cosa por saber de qué están hablando aquellos dos del campamento —musitó Bob.

Miró hacia la cerca de forma calculadora, y de repente se incorporó.

—¡Voy a saltar la cerca! —anunció.

—¿Eh? —se atragantó Pete por la sorpresa.

—Digo que saltaré la cerca —repitió Bob—. Mira hacia allí, en la carretera hay un recodo, de forma que ni el centinela del portón ni los soldados me verán. El centinela de este lado ya estará fuera de vista. Y los árboles que crecen junto a la cerca me ocultarán, aunque uno de los hombres del señor Barron vigile desde lo alto de los acantilados.

Pete expresó ciertas dudas. Bob era el más bajo y delgado de los Tres Investigadores y se le daba mejor el trabajo intelectual que las proezas que precisaran del esfuerzo físico. Pete era fuerte, ágil y atlético, pero no le gustaba correr riesgos innecesarios.

—Cruzaré la carretera y me internaré entre los árboles sin que me vean —insistió Bob—. Me situaré detrás del campamento. Luego, me iré acercando lo suficiente para oír lo que hablan esos tipos.

—¿Y si te pillan espiándoles, Bob? —se amedrentó Pete—. Podrían ser muy duros contigo.

—En ese caso chillaré —prometió Bob—, y tú harás que el centinela del portón vaya con su rifle a ayudarme. Ya sé, el señor Barron se enfadará por no haber obedecido sus órdenes, pero no me matará, ¿verdad?

—No estés tan seguro —sonrió Pete.

—Jupe espiaría en ese campamento si estuviera aquí —agregó Bob.

Sin añadir ninguna palabra más, avanzó rápidamente hacia el seto de adelfas y, agachándose para no ser visto desde el portón, corrió por detrás de los arbustos.

Cuando llegó al sitio donde crecían varios eucaliptos junto a la cerca, Bob se enderezó y atisbo por encima de los matorrales. No logró divisar ni el portón ni tampoco el campamento cuando miró hacia la izquierda. Y por la derecha sólo vio la carretera desierta. No había ningún centinela a la vista.

Bob pasó por entre las adelfas y empezó a escalar la cerca. A partir de aquel instante ya no miró en torno suyo. Llegó arriba de la valla lo antes posible y saltó al otro lado.

La carretera seguía desierta cuando pasó a buen paso al otro lado para guarecerse en el terreno lleno de matas y hierbajos. Un poco más allá halló una zanja seca que corría casi paralela a la carretera. Se metió dentro y empezó a avanzar silenciosamente por la tierra arenosa.

Al cabo de unos minutos se detuvo a escuchar. Logró oír a los dos soldados que charlaban y juzgó que se hallaba casi directamente detrás del campamento. Salió con cautela de la zanja y se encontró en lo alto de un promontorio lleno de maleza que se elevaba detrás de la tienda de campaña. Se tendió boca abajo y prestó atención.

Las voces de los dos hombres eran todavía un murmullo indiscutible. Bob no consiguió entender lo que decían. Se puso entonces a gatas y observó por encima de los arbustos de manzanita. El promontorio era un buen escondite a causa de la profusión de arbustos y matorrales, por lo que Bob decidió que podría acercarse más con tal de no hacer ruido.

Cuando comenzó a bajar del promontorio se puso a temblar,

pero se obligó a seguir descendiendo lentamente. Así lo hizo, palmo a palmo, reptando, vigilando donde ponía las manos y las piernas, tratando de no desplazar ningún guijarro ni hacer crujir ninguna ramita.

—¡Viejos cuervos! —decía uno de los soldados.

Bob oyó las palabras con claridad y se detuvo donde estaba.

—Yo les daría un buen puntapié —replicó el otro soldado—. Cuanto más altos están, más dura es la caída.

Bob se tendió detrás de una mata de salvia y trató de respirar sin hacer ruido. Luego, levantó la cabeza y contempló la escena.

—Dame eso —pidió uno de los hombres.

Su voz sonó repentinamente alta.

Bob vio cómo el más bajo de los dos soldados le cogía una especie de cantimplora al otro. Luego, vertió un líquido en su vaso de hojalata.

—No necesitas bebértelo todo, Huesos —observó el más alto.

Se apoderó de nuevo de la cantimplora y se sirvió una larga ración en su propio vaso. Después, dejó el recipiente en el suelo.

La cortina de la tienda se apartó y el teniente Ferrante apareció a la luz del sol. Miró a los dos soldados con el ceño arrugado.

—Está bien, Al —masculló—. Pensé que no beberías mientras estuviésemos aquí. Ni tú tampoco, Huesos.

—¿Qué hay de malo en ello? —rezongó Al—. No tenemos nada que hacer.

—No necesitamos borrachines entre nosotros —replicó Ferrante.

De pronto, se agachó, cogió la cantimplora y la arrojó entre los matorrales.

—¡Eh, no necesitabas hacer esto! —protestó Huesos a Ferrante.

—Era preciso —le corrigió el teniente—. Supongamos que el centinela de Barron, el que vigila el portón, le cuenta a su amo que estáis bebiendo… ¿Qué efecto le causaría? Se supone que sois soldados de los Estados Unidos, ¿os acordáis? Y habéis contestado a la llamada del deber cuando la patria está en peligro.

—Precisamente, es lo que siempre hemos querido hacer —repuso Huesos con voz teñida de sarcasmo—. ¡Salvar a la patria!

—Ya sé que es difícil para vosotros… —empezó a decir Ferrante.

—… Pero es fácil para ti —fue Huesos el que terminó la frase—, porque tienes mucha clase. Sólo que, si eres tan listo, ¿por qué

necesitas este truco del fin del mundo?

—Lo necesito por el mismo motivo que lo necesitáis vosotros —repuso Ferrante—, y vamos a hacerlo a mi estilo o se acabó el asunto. Y ahora portaos bien, si no os enviaré a Saugus y os quedaréis allí. Ésta es una operación de engaño. No la estropeéis.

—¿Por qué tenemos que padecer tantas molestias? —se quejó Huesos—. Tenemos la fuerza. ¿Por qué no entramos en el rancho y obligamos a hablar al viejo Barron?

—¿Tenemos la fuerza? —repitió Ferrante—. ¿Crees que poseemos bastantes músculos para dominar a los cincuenta empleados del rancho? Y recuerda que hay un arsenal en el sótano. No estamos tratando con un manojo de cosecha-lechugas asustados.

—Si les cedemos una pequeña parte, cambiarán de bando en menos que canta un gallo —replicó Huesos.

—Nada de eso —objetó Ferrante—. Ya he hablado con algunos. Los encontré en la ciudad, casualmente, claro está, en el café Sundown y en la Arcada Penique. Bien, mientras Barron dirija el rancho tal como lo hace, todos piensan que aquí tienen asegurado el sustento. Y no quieren correr riesgos.

—¿Crees que lucharían en su favor? —Insistió Huesos.

—Sí, si se vieran amenazados. Sí, lucharían —declaró Ferrante—. Mi plan es el único que nos conducirá hacia lo que buscamos. Ese viejo empieza a creer en ese cuento, de manera que hay que dejar que se lo trague por completo. No es ningún tonto, sino que es tan susceptible como una serpiente de cascabel en una tormenta.

El teléfono de campaña volvió a sonar y fue Ferrante quien contestó.

—¿Ocurre algo nuevo? —Indagó.

Su voz sonó clara y tensa. Escuchó unos instantes.

—Está bien. Si hay algún cambio comunicádmelo.

Colgó el receptor y echó a andar hacia la tienda de campaña.

—Barron está efectuando su paseo de todas las tardes por el rancho —informó a sus compañeros—. Los obreros trabajan en los campos. Es decir, están intentando conducirse con normalidad. Tal como nos imaginábamos.

—Pues a mí me parece que es al revés —le contradijo Al.

—¿Esperabas que Barron se comportara como una gallina asustada? —le increpó Ferrante—. No es de esta clase.

Penetró en la tienda y la cortina cayó tras él.

—Ese fulano se cree Napoleón —comentó Huesos.

Acto seguido se recostó contra una piedra y cerró los ojos. Al no respondió y, al cabo de un par de minutos, Bob retrocedió promontorio arriba, con más lentitud y cautela que al bajar.

Unos minutos más tarde, Bob ya estaba al otro lado de la cerca, en la relativa seguridad del rancho Valverde. Halló a Pete bajo los árboles, con expresión de ansiedad.

—¿Has descubierto algo? —preguntóle a su amigo.

—¡Mucho! —exclamó Bob—. Son unos truhanes y se pelean entre sí. ¡Bien, vamos en busca de Jupe!

Los dos corrieron a toda prisa hacia los edificios del rancho. Cuando salieron del grupo de limoneros y se hallaron en el parque que crecía frente a la mansión de los Barron, se detuvieron en seco y levantaron la vista hacia la casa.

Jupiter se hallaba de pie sobre el tejadillo de la veranda delantera. Se apretujaba contra la pared de la casa y miraba hacia una ventana que estaba a sólo unos centímetros de su alcance. Era una ventana que estaba abierta. Bob y Pete vieron cómo las cortinas ondeaban a impulsos de la brisa. También vieron el rostro de Jupe. Estaba rojo de aturdimiento… o quizá de desesperación.

—¡Creo que es mejor que hagamos algo —urgió Pete—, y que lo hagamos rápidamente!

CAPÍTULO 12

Jupe sufre de confusión mental

Tras agitar la mano en dirección a Jupiter, Pete empezó a atravesar el parque hacia el sendero. Bob le siguió, sin saber qué quería hacer su amigo. El segundo investigador se mantuvo en el sendero hasta que llegaron a un sitio situado entre la mansión Barron y la casita de la cocina general del rancho, desde donde no veían ya a Jupiter.

Pete se detuvo de pronto y dio media vuelta.

—¡Repite eso y te daré uno de mis mamporros! —apostrofó a Bob a voz en grito.

Bob se quedó quieto, con expresión sobresaltada.

—¡Eh! —exclamó.

—¡Vamos, calla ya! —gruñó Pete—. ¡Ya sabes lo que dijiste!

Pete saltó hacia su amigo y le pegó ligeramente en el brazo.

—¡Vamos, vamos! —chilló—. ¡Defiéndete!

—Oh, sí, claro —asintió Bob.

A continuación, avanzó hacia Pete con los puños en alto.

—¡Eh, chicos, basta ya! —gritó Elsie Spratt desde la ventana lateral de la cocina—. ¡Ya está bien! Basta, ¿me habéis oído?

Descendió los peldaños del porche y se interpuso entre los dos contendientes, cogiendo a Bob por un brazo y apartándolo de Pete.

—¿Qué es esto? —preguntó una voz gruñona desde arriba.

Los muchachos levantaron la vista. Charles Barron los contemplaba con el ceño fruncido desde una ventana lateral del segundo piso de la mansión.

—Nada, señor Barron —repuso Elsie—. Los chicos siempre se pelean por nada.

Fue entonces cuando Jupe apareció por la esquina de la casa. Estaba abatido y manchado, pero sonreía.

—¿Pasa algo? —inquirió.

—Nada importante —respondió Elsie, al tiempo que regresaba a

su cocina.

El señor Barron retiró su cabeza de la ventana y la cerró de golpe. Los muchachos, sonriéndose uno al otro, fueron hacia la parte trasera de la casa grande.

—Gracias por crear esta diversión que me ha permitido bajar de aquel tejado —agradeció Jupe.

Se sentó debajo de un eucalipto del patio trasero de los Barron y los otros dos se pusieron en cuclillas a su lado.

—Estaba solo en el despacho del señor Barron cuando él regresó —manifestó Jupiter—. Subió por la escalera y yo no veía ningún sitio por donde salir, excepto la ventana que daba al tejadillo. Bien, una vez allí no me atreví a bajar. No sabía donde estaba exactamente el señor Barron, ni si podía verme.

—¿Descubriste algo? —se interesó Pete.

—No estoy seguro. He de reflexionar sobre lo que hallé. ¿Y vosotros? ¿Pudisteis enteraros de algo referente a los soldados de la carretera?

—¡Seguro, Jupe! —exclamó Pete—. Para empezar, han mentido. Su teléfono de campaña funciona muy bien. Vimos cómo lo usaban dos veces. Después, Bob saltó la cerca y se acercó a la tienda de campaña. Bob, cuéntale lo que oíste.

—De acuerdo —accedió el Tercer Investigador—. Oí la segunda llamada del teléfono de campaña. Fue el teniente quien preguntó si había alguna novedad, y por lo visto le respondieron que el señor Barron estaba dando su paseo de inspección por el rancho.

—¡Oh… oh! —murmuró Jupe—. De manera que existe una conspiración contra el señor Barron. ¡Y uno de los que trabajan aquí está metido en el ajo!

—Exacto —corroboró Bob—. Esos tipos del *jeep* no son soldados… ninguno. Los dos que estaban sentados delante de la tienda de campaña bebían *whisky* y, cuando el teniente se lo reprochó, le contestaron despreciativamente. Y los soldados no son irrespetuosos con sus superiores, ¿verdad?

Jupe movió la cabeza en afirmación.

—El teniente les aseguró que si no se portaban bien los enviaría a Saugus; entonces, uno de ellos contestó que no entendía por qué tenían que aguantar tantas molestias cuando tenían fuerza suficiente para entrar en el rancho y obligar a hablar al señor

Barron.

—Esto no me gusta nada —comentó Jupe.

—Ni a mí —asintió Bob—. El teniente añadió que el señor Barron posee un arsenal aquí y que sus empleados pelearían en su favor. ¿Es cierto que aquí hay un arsenal?

—Sí, en el sótano —afirmó Jupe—. Pero no entiendo por qué el teniente cree que los empleados del rancho ayudarían a su amo.

—Ferrante dijo que había sonsacado a algunos —informó Bob—. Varios peones del rancho suelen ir a la ciudad y Ferrante consiguió hablar con ellos. Por lo visto, les gustan las cosas tal como están aquí y Ferrante opina que lucharían para que no cambiase nada.

—¡Bravo! —exclamó Jupe—. Entonces, podemos eliminar como sospechosos a los peones del rancho. Sólo son lo que parecen ser: agricultores con residencia fija en el Rancho Valverde. Naturalmente, no quieren disturbios. Pero debe de haber un espía aquí, puesto que Ferrante sabe que hay armas en el sótano. Y también ha sabido que esta tarde el señor Barron salió a caballo a dar su paseo acostumbrado. ¿Mencionó Ferrante a alguien del personal del rancho? ¿A Detweiler, a Aleman, a Banales?

—¿Y qué me dices de Elsie Spratt y Mary Sedlack? —le recordó Pete—. No tiene por qué tratarse de un hombre, ¿verdad?

—Ferrante no mencionó nombre alguno —repuso Bob—. Ya te he contado casi todo lo que dijo, excepto que cree que el señor Barron empieza a aceptarlo todo como algo auténtico. Bueno, supongo que se refería a que el señor Barron está dispuesto a creer en el platillo volante. También añadió que no quería que aquellos dos borrachines le estropearan el plan e insistió que el señor Barron era bastante listo, pero tan susceptible como una serpiente de cascabel.

—¿O sea que sabía que Charles Barron comienza a cambiar de idea hacia los supuestos visitantes extraterrestres? —reflexionó Jupe en voz alta—. Hum… El espía es alguien muy próximo al señor Barron. Y Ferrante y sus hombres andan detrás de… detrás de… ¡detrás de oro! ¡Esto es! ¡Debí comprenderlo mucho antes!

—¿Oro? —se sobresaltó Bob—. ¿Qué oro?

—El oro que el señor Barron escondió en el rancho —declaró Jupe, seguro de sí mismo.

—¿Tú hallaste ese oro? —quiso saber Pete.

—No, no lo encontré, pero estoy seguro de que en algún sitio del rancho hay oro. Hallé unos documentos que demuestran que el señor Barron ha vendido bonos y acciones por valor de varios millones de dólares. Asimismo, ha cancelado sus cuentas bancarias de diversas ciudades. Por lo que he comprendido, ahora sólo posee una cuenta de la que han entrado y salido grandes cantidades de dinero.

Jupe meditó unos instantes antes de continuar.

—Opino que si llamásemos a algunas de las compañías que han recibido cheques del señor Barron, veríamos que todas se ocupan de monedas o lingotes de oro. Una de esas compañías trata con sellos de correo y, en donde se venden sellos, también suelen vender monedas de oro. El señor Barron siempre ha dicho que las únicas inversiones buenas son las tierras y el oro.

—¡Oh, claro! —se animó Bob—. ¡Exacto! ¡Vendió todo lo que poseía para comprar oro!

—Así es —asintió Jupe—. Y tiene el oro en este rancho porque no se fía de los bancos. Ni siquiera guarda una caja de valores en un banco de Santa Bárbara. La señora Barron piensa que allí están sus joyas, mas no es así. Están en la caja fuerte del despacho del señor Barron.

—Entiendo —dijo Bob.

—Bien, si nosotros nos imaginamos que el señor Barron posee grandes cantidades de oro escondidas, lo mismo pueden sospechar otras personas de este rancho. Estoy seguro de que esos conspiradores buscan el oro y que fingieron el aterrizaje del platillo volante para lograr que el señor Barron revele su escondite.

—¡Es una locura! —exclamó Pete.

—Tienes razón —concedió Jupe—, pero es la única explicación que concuerda con los hechos.

—¿Le contaremos al señor Barron todo lo que hemos descubierto? —propuso Bob.

—Se lo diremos a la señora Barron, porque es nuestra cliente —repuso Jupe—. Y está acostumbrada a tratar con su esposo. Pero él, a lo mejor no nos creería.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Bob—. ¿Hemos de buscar el otro teléfono de campaña? Si lo encontramos descubriremos quién lo utiliza.

—Necesitaríamos mucha suerte —opinó Pete—. Esto es enorme. Sería como buscar una aguja en un pajar.

Jupe se tiró del labio inferior.

—No necesitaríamos registrar todo el rancho —advirtió—. El espía ha de poder usar el teléfono de campaña donde no le vean. Lo cual significa que casi con toda seguridad está en un edificio.

—Sí, pero aquí hay muchas construcciones —objetó Pete—. Y continuamente, la gente entra y sale de ellos.

Se oyó un portazo y los muchachos vieron a Elsie Spratt que bajaba de la casita de la cocina. Llevaba al brazo una prenda azul. Sonrió cuando vio a los chicos y señaló uno de los pabellones del rancho.

—Voy a ver a la señora Miranda —explicó—. Tiene que ayudarme a acortar mi falda… y ojalá tenga ocasión de lucirla antes de que llegue el fin del mundo. Hay leche en el refrigerador y pasteles en la caja que está junto al fogón, si queréis tomar un bocado.

Los muchachos le dieron las gracias y la mujer desapareció en el interior del pabellón de los Miranda. Pete miró a sus compañeros y sonrió.

—Seguro que ahora no hay nadie en la casita de la cocina —pronosticó—. Elsie se ha ido a arreglar su falda y todos los demás están en sus trabajos. ¿Y si echásemos un vistazo?

—De acuerdo, pero no creo que esa casita sea el lugar más apropiado para esconder un teléfono de campaña.

—Tal vez, pero puede haber algunas pistas sobre la gente que vive aquí… —aclaró Jupe—. ¡Y una de esas personas es nuestro espía! ¡Vamos adentro!

CAPÍTULO 13

Un mensaje del espacio exterior

Los muchachos trabajaron con rapidez, aunque sin dejar de estar alerta al ruido que indicase que alguien se acercaba a la casita. En unos cuantos minutos inspeccionaron el cuarto de Hank Detweiler y hallaron que el mayoral poseía bastantes trofeos conseguidos en rodeos y también el título de propiedad de un camión-grúa «Ford». No había la menor prueba de que escribiese cartas o las recibiese.

—Un hombre solitario —decidió Jupe—, poco interesado en las cosas materiales y los recuerdos. Apenas tiene posesiones personales.

—O sea que no le importa el oro, ¿verdad? —dedujo Pete.

Jupe se encogió de hombros.

—No es seguro. Tal vez guarda cuidadosamente su dinero o le gusta vivir con sencillez.

Los muchachos pasaron al cuarto de John Aleman y hallaron una librería atestada de libros sobre la fuerza hidráulica, electricidad, ingeniería y hasta aerodinámica. Y debajo de la cama, Pete descubrió un montón de libros de bolsillo de ciencia ficción y temas del espacio. Varios títulos resultaban intrigantes.

—Aquí hay uno que se llama *El antiguo futuro* —leyó Pete, mostrando un volumen—. Es de un tal Korsakov. ¿No es el mismo autor que escribió la obra de la que tanto habla la señora Barron?

—Paralelos —recordó Jupiter—. Sí, el mismo.

—Aquí aún hay más —añadió Bob, que había abierto un armario donde halló un cajón lleno de obras de bolsillo. Los fue sacando uno a uno y leyó los títulos en voz alta—. *El superpoblado cosmos*, *El segundo universo*, *Los agujeros negros y los mundos desaparecidos*. Bueno, hay muchos más.

—No sabía que estuviera tan interesado en el espacio exterior —comentó Pete.

—No sabía que tanta gente haya estado allí —observó Bob—. ¿Tan importante es que Aleman lea esta literatura? ¿Suponéis que está estudiando, tratando de imaginarse cómo reaccionarían los Barron ante lo que está ocurriendo en el rancho?

Los otros dos no respondieron a estas palabras.

—Y esto es precisamente lo que no tiene sentido —continuó el Tercer Investigador—. Quiero decir que si los soldados desean estafar al señor Barron o robarle el oro, ¿no lo hacen de manera equivocada? Es la señora Barron la que cree en el universo poblado por otras razas. Entonces, ¿por qué se han de molestar tanto unos granujas para hacerle creer al señor Barron en la existencia de visitantes de otro planeta?

—Tal vez sepan que el señor Barron no duda de lo que ven sus ojos —replicó Jupe—. Prepararon un despegue convincente de un platillo volante y el señor Barron lo vio por sí mismo.

—Jupiter, es posible que lo empiece a creer —asintió Pete. Su voz traicionaba cierto nerviosismo—. Pero ¿y si fuésemos nosotros los equivocados? ¿Y si hubiese realmente una nave espacial?

—No —objetó Jupe—. Si realmente hubiese una nave espacial, ¿por qué estarían acampados esos impostores junto a la carretera?

—No lo sé —confesó desdichadamente Pete—. La verdad es que no lo entiendo. ¿Qué puede conseguir alguien con una nave espacial trucada? ¿El oro del señor Barron? ¿De qué forma puede ayudar a lograrlo un falso platillo volante?

—Pete —razonó Jupiter—, si tuvieses que abandonar la Tierra para trasladarte a otro planeta, ¿qué te llevarías contigo?

—Oh… —murmuró Pete—. Sí, ya entiendo. Me llevaría lo que considerara más valioso. Pero hasta ahora nadie le ha pedido al señor Barron que coja su oro y vaya a otro planeta.

—Tal vez sólo lo están preparando —dijo Bob.

Había amontonado los libros de bolsillo dentro del cajón, y había decidido que aquella colección de obras sólo significaba que a John Aleman le gustaban las aventuras de ciencia ficción.

—Es igual —exclamó—. Vigilaré a Aleman.

Los muchachos recorrieron el pasillo hasta la habitación ocupada por Elsie Spratt.

—No está muy limpia —exclamó Pete al abrir la puerta.

—Tienes razón —añadió Jupiter.

Paseó la mirada por el amontonamiento de tubos, botellas y frascos, revistas a medio leer, novelas de bolsillo y unas zapatillas dejadas de cualquier modo. En el tocador había perfume, maquillaje y loción para las manos, todo entre alfileres para el cabello y algunos rizadores de plástico. Los cajones del tocador también estaban igual de desordenados.

Pete se puso de rodillas y atisbo bajo la cama.

—¿También lee ciencia ficción? —preguntó Bob.

—No —respondió Pete—. Aquí no hay más que polvo y un par de zapatos.

Jupe se aproximó a la mesita de noche. Abrió el cajón y halló más loción para las manos, más rizadores y algunos retratos.

Cuidadosamente, para no mover las demás cosas, Jupe cogió las fotografías.

Había una foto polaroid de Elsie en la playa. Otra mostraba a Elsie sentada en los peldaños del porche de una casa prefabricada. Sonreía y sostenía un pequeño perro de trapo en la falda. También había una ampliación de Elsie con una blusa de satén y un gorro de papel. Estaba sentada a una mesa con un individuo de cuello grueso y cabello negro. A su espalda había globos y banderolas, y una muchacha de cabello largo y cabello claro bailaba con un joven esbelto y muy barbudo.

—Debe tratarse de la fiesta de Año Nuevo —comentó Bob.

Jupe asintió, dejó las fotos en el cajón, registró la cómoda de la habitación y luego pasó al cuarto de Mary Sedlack.

El aposento que ocupaba la muchacha que servía de veterinaria en el rancho era sencillo y austero. Había pocos cosméticos. Los vestidos estaban todos bien colgados en el armario o doblados en los cajones. El escritorio, muy pequeño, no tenía nada encima, aparte de una figura de porcelana que representaba un caballo al galope. Había asimismo varios libros sobre el cuidado de los animales en una estancia colocada bajo la ventana y una cajita de servilletas de papel en la mesita de noche.

—Bueno, esa chica está loca por los animales, nada más —concluyó Pete.

—Al menos, esto es lo único que podemos deducir —agregó Jupiter.

Continuaron con la habitación de Rafael Banales, donde hallaron

listas y programas respecto a las distintas siembras, y algunos libros sobre los cultivos y las cosechas.

—Creo que no encontraremos nada que ya no sepamos —decidió Pete.

Él y Bob siguieron a Jupiter hacia el gran salón de la casa, en la planta baja. Contenía una serie de sofás y sillones, y una colección de revistas atrasadas. La despensa estaba llena de comida. Cuando salieron de la casa e inspeccionaron la parte inferior de la misma divisaron telarañas, tierra, arañas y escarabajos.

—A veces, una inspección no revela nada —se consoló Jupiter —. Muy bien. No hemos aprendido nada nuevo. Ahora tenemos que hablar con la señora Barron. Al menos podremos contarle que los soldados son unos impostores.

Los muchachos atravesaron el sendero y subieron los peldaños posteriores de la mansión. Jupe tabaleó sobre la puerta. Al ver que nadie contestaba giró la manija y abrió.

—¡Hola! —gritó—. ¡Señora Barron!

Oyó el ruido chirriante y estridente de la estática procedente del comedor. Un instante después de haber gritado, el ruido cesó.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz femenina.

—Jupiter Jones —se presentó Jupe—. Con Pete y Bob.



Los Tres Investigadores pasaron por la cocina y entraron en el comedor.

Mary Sedlack estaba allí sentada, con una radio portátil y un magnetófono sobre la mesa.

—¿Deseáis ver a la señora Barron? —les preguntó—. Está arriba. Pasad por el pasillo y subid. Si la llamáis os oirá.

Jupe señaló el aparato de radio.

—¿Sintoniza algo? —quiso saber.

—Sólo ruidos —fue la respuesta—. La señora Barron me pidió que escuchase la radio por si se oía algo que tuviera sentido, en cuyo caso debería grabarlo con el magnetófono.

Aumentó ligeramente el volumen y reaparecieron los insoportables ruidos. Mas de repente disminuyeron de intensidad, y fueron reemplazados por un ruido más bajo, como un zumbido.

—¡Eh! —exclamó Mary—. ¿Qué pasa ahora?

Puso en funcionamiento la cinta grabadora y ésta empezó a girar lentamente.

—Charles Barron —pronunció con claridad una voz, una voz profunda, extrañamente musical—, Charles Emerson Barron. Aquí el Astro-Voyager
Z-12
tratando de entrar en contacto con Charles y Ernestine Barron. ¡Repito! Intentamos entrar en contacto con Charles Barron. ¡Escuche, por favor, señor Barron!

—¡Eh! —chilló Mary Sedlack—. ¡Eh, es un mensaje! ¡Chicos, de prisa, id en busca del señor Barron!

CAPÍTULO 14

¡El día del fin del mundo!

—Repito —prosiguió la voz por radio—. Aquí el Astro-Voyager Z-12
llamando a Charles Emerson Barron y a Ernestine Hornaday Barron. Les llamamos desde una órbita a cuatrocientos cincuenta kilómetros más allá de vuestra atmósfera.

Charles Barron y su esposa entraron en el comedor. Él tenía muy arrugada la frente, intrigado, aunque también esperanzado. Miró la radio y al cabo de una pausa, la voz continuó.

—Los vigías infrarrojos que van a bordo de nuestras naves patrulleras han detectado unas tremendas tensiones internas en vuestro planeta. Antes de que transcurran muchos días se producirá un terremoto con la actividad volcánica más violenta de las que jamás haya habido en ese planeta. La Tierra se inclinará más sobre su eje, de manera que la zona cubierta ahora por los casquetes polares se moverá y el continente Antártico se trasladará al ecuador. Los hielos eternos se fundirán, con lo que se elevará el nivel de los mares, y las ciudades que no hayan sido arrasadas por el terremoto quedarán inundadas por las aguas.

—¡Bromea! —gritó Mary Sedlack—. ¿Verdad, señora Barron, que es una broma?

La interrogada no respondió y Mary la miró con expresión asustada.

—Oh, vamos… —suplicó—, que alguien me diga que es una broma…

—El Consejo Supremo de Omega ha acordado llevarse a algunos personajes de la Tierra antes de que tenga lugar esta devastación —prosiguió la voz de la radio—. Cuando se acabe este caos, esas personas volverán para ser los jefes de una nueva civilización. Charles y Ernestine Barron se hallan entre los elegidos. Intentamos

un encuentro anoche, pero fracasamos en ello. Aterrizamos a las 22.00 horas para tomar a bordo a los de nuestra raza que se hallan en estos momentos en vuestro planeta. Si poseen el suficiente valor, Charles Barron y su esposa deberán hallarse al borde del lago de las tierras Barron a las 22.00 horas. Deberán llevar consigo todo aquello que deseen salvar de la gran destrucción. Nada más.

La voz calló y por un segundo reinó el mayor de los silencios. Luego, volvieron a oírse los ruidos estáticos en la radio.

Barron alargó la mano por detrás de Mary Sedlack y apagó el aparato. Después, pulsó el mando de parada de la cinta grabadora, cogió el magnetófono y salió de la estancia. Los muchachos le oyeron subir la escalera.

—Señora Barron, ¿podría hablar un momento con usted? —preguntó Jupiter.

La mujer negó con la cabeza. Tenía el rostro sumamente pálido.

—Ahora no… —murmuró—. Dentro de un rato.

También se dirigió a la escalera. Mary Sedlack continuaba contemplando la radio.

—¿Habéis oído lo que ha dicho la voz? —susurró—. ¡Era… era tan real!

Echó atrás su silla con brusquedad y se apartó de la mesa, en dirección a la cocina. Los muchachos oyeron cómo llamaba a Elsie Spratt.

Pete miró inquisitivamente a Jupe.

—¿Y bien…?

—No moriremos —le consoló Jupe—. Al menos, no por ahora.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Ojalá tengas razón —suspiró Pete, y él y sus dos amigos salieron al sol del atardecer.

No había rastro de Mary ni de Elsie en el sendero, pero un grupo de hombres y mujeres avanzaban hacia la mansión de los Barron. Llevaban distintas herramientas y hablaban entre sí en voz baja. Un joven que mostraba un semblante extraordinariamente serio y solemne, saludó con el gesto a los muchachos cuando llegó a su altura.

—Eh, un momento —exclamó Jupe, tocando la manga del joven.

—¿Qué quieres?

—Me estaba preguntando… —murmuró el Primer Investigador—. Toda esta gente debe comentar lo ocurrido, ¿verdad? ¿Qué dicen?

El joven miró a sus compañeros. Algunos habían entrado en los pabellones, pero otros continuaban en el sendero, como si le aguardaran.

—Unos aseguran que el mundo se terminará —respondió nerviosamente el joven—. Otros afirman que no será el fin del mundo, sino sólo de California, la cual desaparecerá tragada por el océano.

—¿Y qué opina la gente de los soldados de la carretera… los que están acampados cerca del portón?

—Temen a los soldados —repuso el joven—. Beben mucho… y el teniente no se lo impide. Además, se burlan del oficial.

La voz del joven también era desdeñosa, aunque algo temerosa. La extraña conducta de los soldados confirmaba su creencia de que algo terrible sucedía en el mundo.

—¿Y dicen algo de marcharse? —insistió Jupiter—. ¿Desea alguien largarse de aquí y llegar a la población más cercana?

—No. El señor Barron ha hablado con nosotros a este respecto. Dice que si lo deseamos podemos irnos, pero teme que también en las ciudades reine una gran confusión. Piensa que tal vez los caminos no funcionen, de manera que faltarán los alimentos y, cuando esto sucede, la gente pelea entre sí. Si esto es verdad, si nos quedamos, al menos no nos faltará la comida.

—Entiendo —asintió Jupiter.

El joven fue a reunirse con sus compañeros. Cuando se alejaban hacia sus respectivos pabellones se cruzaron con Konrad que venía por el sendero desde el aparcamiento.

—¡Eh, Jupe! —gritó el bávaro. Su ancha cara estaba muy solemne—. He estado en los campos. Y el señor Barron ha asustado realmente a todo el mundo.

—Ya lo he oído —asintió Jupiter.

—Creo que sería preferible coger el camión y largarnos a casa —prosiguió Konrad—. Esto no me gusta nada. Aquí nadie sabe qué es verdad y qué mentira. Si nos vamos adonde haya otra gente, tal vez logremos descubrir qué ocurre en realidad.

—Konrad —le suplicó Jupe—, no te preocupes, por favor.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó el bávaro un poco más aliviado —. Es posible que todo sea un truco…

—Es un truco —afirmó Jupe—. De no haberlo adivinado antes, lo habría visto ahora tras escuchar ese mensaje de los viajeros intergalácticos.

—¿El mensaje? —se extrañó Pete—. ¿Qué le pasa al mensaje? A mí me ha parecido auténtico… bueno, si uno cree en los platillos volantes, claro.

—Le ha faltado originalidad —explicó Jupe—. ¿No visteis *El síndrome de Saturno* cuando la dieron la semana pasada por televisión? En esa película había una secuencia sobre el fin del mundo, y cuando la nave espacial viene a rescatar al científico y a su hija, radian un mensaje.

—¡Oh, no! —exclamó Bob—. ¿El mismo mensaje que hemos oído?

—Casi palabra por palabra, incluyendo la idea de que la Tierra se inclinará más sobre su eje y que se fundirán los casquetes polares.

—Lástima —suspiró Bob—. Yo que creía que iba a suceder algo extraordinario…

—¡Estás loco! —proclamó Pete, con un estremecimiento de terror—. ¡No, no deseo en absoluto asistir al fin del mundo!

CAPÍTULO 15

Listos para el final

Pete y Bob estaban sentados en sus camastros y esperaban… Jupiter se hallaba en la mansión de los Barron, y Konrad daba vueltas por la cocina. Le habían advertido que no dijese a ningún empleado del rancho que Jupiter sospechaba que todo se trataba de un truco.

Al cabo de quince minutos, Jupiter volvió a la casita. Trepó lentamente por la escalera y su rostro estaba cariacontecido cuando entró en la habitación.

—El señor Barron no te cree —murmuró Bob.

—Dice que es imposible que recuerde el diálogo de una película, palabra por palabra —suspiró Jupe.

—¿Le dijiste que posees una memoria como una cinta magnetofónica? —inquirió Pete.

—Claro, y me respondió que no fuese tan presumido.

—Éste es el mal de ser aún tan jóvenes —se quejó Pete—. Cuando los mayores no quieren escucharnos, dicen que somos presumidos o insolentes o…

—¿Y qué dijo sobre el hecho de la impostura de los soldados? —preguntó Bob con impaciencia—. ¿Y sobre tu teoría del oro? ¿No le hablaste de esto al señor Barron?

—No tuve ninguna oportunidad —repuso Jupiter, muy avergonzado—. Ya sabéis cómo es el señor Barron cuando no quiere que lo molesten con algo. No es posible sacarle una sola palabra.

—Entonces, ¿por qué no se lo contaste a la señora Barron?

—Porque no se separó ni un segundo de su marido. Claro que al menos me creyó en lo referente al diálogo de la película. Me invitó a volver a verla después de cenar para contarle toda la historia.

—¡Es formidable! —exclamó Bob—. ¡Tenemos prácticamente el misterio solucionado y ni siquiera conseguimos que nos escuche nuestra cliente!

Jupe se ruborizó de humillación. Se enorgullecía de conseguir que los mayores siempre le prestasen atención, pero esta vez había fallado.

—¿Por qué no les contamos a los demás lo referente a ese truco? —propuso Pete—. Todo el mundo está terriblemente nervioso en el rancho. Les ahorraríamos muchas preocupaciones…

—Pero avisaríamos al espía —indicó Jupe—. Y tal vez pondríamos a los señores Barron ante un verdadero peligro. ¿Y si esos soldados decidiesen entrar y llevarse el oro a la fuerza?

—Ya lo entiendo —se estremeció Bob—. Nos hallamos en un callejón sin salida.

—Oh, no —refutó Jupe—. Tenemos que aguardar y tratar de convencer a los señores Barron de que sabemos lo que pasa. No será difícil convencer a la señora Barron. Parece tener mucha fe en nosotros. Pero el señor Barron tal vez no esté de acuerdo, sólo por llevar la contraria a su mujer. Como dijo Elsie, es un personaje contradictorio.

—Tan susceptible como una serpiente de cascabel en una tormenta —recordó Bob—. Elsie lo expresó con esta frase tan rara.

Jupe contempló a Bob unos instantes en silencio y luego exclamó: —¡Oh!

—¿Qué te pasa? —se interesó el Tercer Investigador al momento.

—Lo que acabas de decir —repuso Jupe.

—Sí. He dicho que Elsie dice unas frases muy raras. Dijo que el señor Barron es tan susceptible como una serpiente de cascabel en una tormenta.

—No —sonrió Jupe—. Lo que verdaderamente dijo fue que el señor Barron es tan sociable como una serpiente de cascabel en una tormenta… Sí, las dos frases se parecen mucho.

—¡Chicos! —gritó Elsie, desde el pie de la escalera—. ¡La cena! ¡Vamos!

—Jupe, tú sabes algo… —murmuró Pete.

—Te lo contaré más tarde —le prometió el Primer Investigador.

Cuando llegaron a la cocina, Elsie servía la sopa mientras Mary Sedlack pasaba por todos la bandeja de las galletas calientes.

—Vosotros estabais allí —les espetó Mary a los tres amigos—. Contad lo del mensaje por radio. Éstos creen que he comido setas

mágicas o algo por el estilo.

Jupe tomó asiento al lado de Hank Detweiler. John Aleman y Rafael Banales ya estaban sentados. Konrad lo había hecho frente al mayoral, cuidando de no mirarle.

—El mensaje fue para los señores Barron —explicó Jupe—. Y procedía de una nave espacial que órbita ahora en torno a la Tierra.

Pete y Bob se sentaron a su vez, y Elsie les sirvió sendos platos de sopa.

—Yo, de vosotros, no les diría nada de eso a los peones del rancho —advirtió la cocinera—. La mayoría ya están bastante asustados.

—No son niños, Elsie —protestó Hank Detweiler—. Y tienen derecho a saber qué pasa.

El mayoral cogió su cuchara, la miró con expresión hosca y volvió a dejarla sobre la mesa.

—El señor Barron me ha ordenado quitar los centinelas del prado —manifestó—. No quiere que haya nadie allí arriba.

Al ver que nadie hacía ningún comentario, Detweiler continuó:

—¡Una locura! Acabo de hablar con él sobre la conveniencia de llevar un puñado de hombres por los acantilados hasta las montañas que rodean el rancho y ni ha querido escucharme. ¡No quiere a nadie allí arriba! Mary afirma que esto se debe a que el mundo toca a su fin y a que los extraterrestres han venido para llevarse a los señores Barron. Bien, si tenemos que ver el fin del mundo, creo que todos nos merecemos saberlo antes.

—Hank, todo el mundo sentiría un pánico horrible, si dábamos a conocer el mensaje de la radio —intervino Elsie.

—Ya sienten pánico ahora —objetó Detweiler—. Lo único que les impide aplastarse unos a otros es el hecho de que nadie desea echar a correr. Y nadie echa a correr porque no hay ningún sitio al que ir. ¿Por qué han de huir de aquí cuando éste es el último lugar seguro del mundo?

Detweiler trasladó su mirada inquisitiva a Jupe.

—Mary dice que los señores Barron deben estar en el prado esta noche y que la nave espacial se los llevará.

Jupiter asintió antes de responder.

—Sí, tienen una cita con la nave de rescate para las 22.00 de esta noche, o sea, a las diez. La nave espacial vendrá en su busca y

también en la de otras personas de la raza del planeta Omega. Supongo que se trata de los que la madrugada pasada nos atacaron en el prado. Tal vez están aquí para impedir que se marche la gente de Rancho Valverde y den la noticia de lo que ocurre al resto del mundo.

Jupe, antes de continuar, tomó una cucharada de sopa.

—Seguramente no querrán enfrentarse con una muchedumbre cuando aterricen, claro.

—Sólo quieren a los Barron, ¿eh? —expresó Detweiler.

—No mencionaron a nadie más —aseguró Jupe.

—¡Qué risa! —exclamó el mayoral—. ¿Por qué han de querer sólo a los Barron? El señor Charles no es ningún genio. Es rico, eso es todo. ¿Es que los ricos tienen derecho de preferencia el día del fin del mundo?

—Es una especie de broma —terció John Aleman—. Alguien nos está gastando una broma, sí. La radio… no es difícil lograr que una radio no funcione ni qué radie mensajes espaciales. Elsie, seguro que si su hermano estuviese aquí nos contaría exactamente cómo se hace.

Elsie no contestó a estas palabras, pero se llevó la mano deforme a la garganta.

—Seguro que podría hacerlo yo mismo con el equipo oportuno —añadió Aleman.

—Es muy probable —asintió Mary Sedlack—, pero si alguien quiere gastarnos una broma, ¿cuál es el motivo? ¡Se han tomado toneladas de molestias para que se trate de una simple broma!

—¿Es posible que el señor Barron tenga enemigos? —sugirió Rafael Banales. Su voz sonaba baja y sosegada—. Es un hombre acaudalado y los ricos suelen ser odiados. También es posible que haya venido una nave espacial procedente de un planeta lejano. ¿Por qué no ha de ocurrir? Y también pueden ocurrir los desastres que habéis descrito. El clima de la Tierra ya cambió en épocas remotas. Esto es un dato seguro. Bien, puede volver a cambiar. Puede volver la edad del hielo, o pueden fundirse los casquetes polares. ¿Por qué no? Mas aunque sucediera todo esto, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Subir a bordo de una nave espacial? Y aun en este caso, no creo que nos salvásemos. O a lo mejor, no subiríamos a la nave. No me gustaría ir a un planeta donde el sol no

es el mismo, ni el cielo es azul y, tal vez, la hierba tampoco es verde. Prefiero quedarme aquí y correr el riesgo.

—¿Y si no sucede nada? —inquirió Detweiler—. ¿Y si no hubiese nave espacial?

—Entonces sería una broma —Banales se encogió de hombros—. Una broma que no comprendo, la verdad.

La cena continuó en silencio. Los muchachos comían con apetito, pero los demás sólo picoteaban en sus platos. Elsie y Mary no probaban bocado.

Después de cenar, los Tres Investigadores salieron y miraron hacia la mansión de los señores Barron. Inmediatamente se abrió una ventana y se asomó la señora Barron.

—Id hacia la fachada principal de la casa —susurró.

Los muchachos obedecieron. Allí hallaron a Charles Barron sentado en una de las sillas de hierro forjado de la veranda.

—Buenas noches, señor Barron —le saludó Jupe.

Barron se limitó a fruncir el ceño.

Jupiter subió los peldaños, seguido por sus amigos.

—Señor Barron, tengo una teoría respecto a los sucesos de hoy —empezó a decir.

—Jovencito —le atajó el señor Barron—, creí haber puesto en claro esta tarde que no me interesan tus teorías.

El señor Barron se levantó y penetró en la casa.

La señora Barron salió casi al instante y se sentó en una silla de la veranda.

—Lo siento —murmuró—. Supongo que mi esposo no desea sencillamente conocer la verdad. Piensa marcharse en la nave espacial. Y dice que debo irme con él —bajó la mirada hacia su suéter y su falda verde—. Quiere que entre a cambiarme de ropa. Se supone que no debo llevar falda para viajar hasta otro planeta. Charles cree que serían más apropiados unos pantalones.

Jupiter sonrió y tomó asiento.

—¿Y los demás preparativos? ¿Ya ha empezado a reunir todo lo que ha de llevarse consigo el señor Barron? ¿Qué desea salvar de la destrucción de la Tierra?

—Dijo que prepararía sus cosas después de anochecer —explicó la señora Barron.

—Ya —asintió Jupiter.

Después se inclinó hacia un lado de su silla y colocó el brazo sobre el respaldo de la misma. Sus dedos hallaron un fallo en el metal. Era una pequeña abertura como una ranura. La tocó y la miró presa de gran curiosidad.

—Irritante, ¿verdad? —preguntó la señora Barron al ver que el Primer Investigador examinaba la silla—. Todos esos muebles tienen agujeros como éste. Es un fallo que tuvieron los obreros cuando fundieron el metal.

—Ya entiendo —asintió Jupe—. ¿Comprende su esposo, señora Barron, que lo que piensa hacer puede ser peligroso? Está dejando que lo manipulen. Ve los sucesos tal como quieren los conspiradores y oye sólo lo que ellos quieren que oiga. Hace exactamente lo que los confabulados desean que haga.

—¿Estás seguro, Jupe, de que se trata de un complot? —se angustió la señora Barron.

—Completamente seguro. En realidad, señora Barron, aquí estamos prisioneros. Aunque quisiéramos, no nos dejarían marchar.

Bob y Pete asintieron a estas palabras.

—¿Pero por qué? —gritó ella—. ¿Quiénes son esos conspiradores? ¿Qué desean?

—Son los tipos que están en la carretera y algunos más —explicó Jupiter—, y desean apoderarse del oro del señor Barron.

Se abrió la puerta de la casa y el señor Barron salió a la veranda. Su esposa sufrió un sobresalto pero él le dedicó una sonrisa.

—Ernestine, querida mía, seguramente adivinaste que estaría escuchando —tomó asiento cerca de ella—. Has mencionado el oro —díjole a Jupiter—. Muy bien. Ahora me interesa saber qué tienes que decirnos.

—Sí, señor —asintió Jupe—. Señor Barron, todo el mundo sabe que usted liquidó todos sus bienes, que desconfía de las instituciones bancarias de este país y que cree que el oro y las tierras son las únicas inversiones válidas. De estos datos, deduzco que usted convirtió todo su dinero en oro y que lo tiene escondido en este rancho. Otra cosa no tendría sentido.

—¡Oh, Charles! —exclamó Ernestine Barron—. ¿Tienes oro aquí? ¡No me lo habías dicho…!

—No había necesidad de que lo supieras, querida.

—Los conspiradores que desean el oro, llegaron a la misma

conclusión —prosiguió Jupiter—. Saben que el oro está aquí, mas no saben exactamente dónde. Y por esto prepararon el fuego de los acantilados y el despegue del platillo volante, y naturalmente también el mensaje desde la nave espacial, creyendo que usted se llevaría el oro consigo cuando fuese al encuentro de los salvadores. ¡Y entonces… se quedarían con el botín!

Charles Barron respiró hondo antes de responder.

—Sí, yo planeé lo del oro. Y pensaba llevármelo… Oh, esto es ridículo. Bah, no sé por qué fui tan crédulo. Pero sólo un cobarde teme admitir que ha cometido una equivocación, y yo no soy ni un cobarde… ni un tonto.

Contempló fijamente a los tres muchachos, como retándoles a que se burlaran de sus palabras.

—Tiene usted razón —murmuró Pete.

El señor Barron se estremeció.

—Bien, maldito sea si permito que un puñado de imbéciles disfrazados con uniformes se rían de mí… Ese joven del *jeep* apenas tiene edad para afeitarse. No sería ningún problema tratar con él. Tengo a mis órdenes a varias docenas de hombres de pelo en pecho, y poseo gran cantidad de rifles y munición. En caso de necesidad, podríamos largarnos de aquí abriéndonos paso a tiros.

—Exacto, señor —aprobó Jupe—, siempre que todos sus empleados sean de fiar.

—¿De fiar? —repitió el millonario—. ¿Crees que todos no lo son?

—Alguna persona de este rancho ha estado pasando información a los hombres de la carretera —afirmó Jupiter—. Bob le contará lo que ha oído esta tarde.

—Bueno, salté la cerca cuando nadie me veía —explicó el Tercer Investigador—, y me aproximé a la tienda de campaña montada más allá de la carretera y les oí hablar. Sabían que usted empezaba a creer en los visitantes de otro planeta, y el teniente habló con alguien por el teléfono de campaña, y así se enteró de que usted estaba dando su acostumbrada vuelta por el rancho.

—¿El teléfono de campaña? —tronó Charles Barron—. ¡Si dijeron que no funcionaba! ¿Por qué no me dijisteis esto antes?

—Porque usted mismo se negó a escucharme —observó Jupe—. Bien, los conspiradores no permitirán que usted se marche a pie o

en coche. Señor Barron, no podrá salir de aquí hasta que obtengan lo que desean. Estoy seguro de que usted quiere llevar a esos tipos ante la justicia, pero no puede hacerlo sin tener pruebas. Y no podrá averiguar quién es el espía del rancho a menos que ellos efectúen el primer movimiento. Señor Barron, tiene que darles cuerda para que caigan en una trampa.

—Tal vez —reflexionó el señor Barron—, pero mientras tanto me armaré.

Se levantó y entró en la casa. Regresó unos minutos más tarde.

—¡Alguien ha tocado mi arsenal! —gritó, aunque sin levantar demasiado la voz—. Debe haber un duplicado de la llave. El cerrojo no está roto, pero ha desaparecido toda la munición. Estamos atrapados. ¡Somos prisioneros de esos individuos! ¡Y hay un traidor! Uno de los que escogí como empleado. ¡Me equivoqué incluso al elegir a mis subordinados!

—Exacto, señor —asintió Jupiter—, y será mejor que averigüe cuál es.

CAPÍTULO 16

Los extraterrestres vuelven

Eran ya las nueve de la noche cuando Pete y Konrad se hallaban en el sendero, en dirección a los prados, al norte de la casa-cocina del rancho.

—No lo entiendo —murmuró el bávaro—. Si todo es un truco, ¿por qué desea el señor Barron ir esta noche al encuentro de la nave espacial? ¿Cómo podrá subir a bordo de una nave cuando ésta no existe?

—Ellos engañaron al señor Barron y ahora él les engañará a ellos —explicó Pete—. Todo ha sido idea de Jupe.

—Sí, Jupe tiene buenas ideas —aprobó Konrad—, pero ¿por qué no viene con nosotros?

—Quiere vigilar a la gente del rancho —repuso Pete—. Desea ver qué hacen cuando el señor Barron se marche.

—Me gustaría que estuviese con nosotros —suspiró Konrad.

—A mí también —confesó Pete—. Bah, no importa. Lo que tenemos que hacer es escondernos en el prado de arriba y guardar silencio. Entonces, el señor Barron caerá sobre esos bribones y tú y la señora Barron iréis a buscar ayuda al otro lado de los acantilados.

—¿La señora Barron escalará los acantilados? —se asombró el bávaro.

—Claro que sí —asintió Pete—. Asegura que puede hacerlo, y yo la creo.

Pete levantó una mano en señal de silencio. Habían llegado a la linde del campo situado más abajo del embalse. Había salido la Luna y la hierba era plateada a su débil luz, pero, bajo los acantilados, se alargaban unas profundas sombras. Pete y Konrad se mantuvieron dentro de dichas sombras y dieron la vuelta al campo. Luego, treparon hasta más allá del embalse, al prado más elevado.

El prado se hallaba alfombrado por una espesa niebla, como una

nube blanca. Pete tanteó el terreno hasta que halló unos matorrales. Él y Konrad se agazaparon detrás y se dispusieron a esperar.

Les pareció que transcurrían varias horas hasta oír voces en el prado de abajo. Pete avanzó el cuerpo y se esforzó por mirar a través de la niebla. Hubo un destello luminoso y el ruido de unos guijarros al desprenderse de la tierra, y el señor Barron y su esposa subieron por las rocas, al este del extremo del embalse. Los dos pasaron a unos metros tan sólo de distancia del escondrijo de Pete y Konrad. El Segundo Investigador vio cómo el señor Barron llevaba un abultado paquete bajo el brazo. La señora Barron iba muy tranquila a su lado, y también llevaba un paquete. Era más pesado, al parecer, que el de su marido.

El matrimonio se detuvo a unos treinta metros pasado el prado. Se quedaron inmóviles, con la niebla rodeándoles pausadamente.

—Creo que no vendrán —murmuró la señora Barron.

—Vendrán —replicó en voz alta su esposo—. Lo han prometido.

De pronto, todo el prado se iluminó con un resplandor blanquiazul. Los señores Barron se sobresaltaron, y ella se acercó más a su marido.

Los acantilados estaban en llamas. Unas llamas que cortaban la niebla en unas volutas azules y las enviaban girando vertiginosamente al aire.

Pete y Konrad se quedaron pasmados. Algo redondeado y oscuro se posaba sobre el valle. Procedía de lo alto y se movía tan silenciosamente como una nube. Por un momento, bloqueó la luz de los acantilados en llamas. Luego, en su superficie, las llamas brillaron con un color plateado.

—¡Es la nave espacial! —susurró Konrad.

—¡Chist…! —le previno Pete.

La enorme nave tocó el suelo, y de repente las llamas de los acantilados disminuyeron de intensidad hasta apagarse. Por un momento, nada se movió en el prado. Después, dos figuras se destacaron en la oscuridad por entre la niebla. Lucían unos relucientes trajes espaciales de color blanco, con uno grandes cascos. El que iba delante era portador de una luz que semejaba una linterna azul.

Pete apenas se atrevía a respirar. Los extraterrestres se detuvieron cerca de los señores Barron.

—¿Charles Barron? —preguntó una voz—. ¿Ernestine Barron?

—Soy yo. Y mi esposa está conmigo.

—¿Estáis listos para venir? —preguntó el extraterrestre de la linterna—. ¿Habéis traído todo lo que deseáis llevaros?

—He traído lo único que no puede reemplazarse —declaró Charles Barron, mostrando su paquete al astronauta—: ¡Tizón!

—¿Qué? —se admiró el otro.

—¡Tizón! —repitió Charles Barron—. Es el título del libro que estoy escribiendo. Trata de los fallos en la estructura económica de Norteamérica. Tal vez en Omega tendré la oportunidad de terminarlo.

—¿Y nada más? —inquirió el astronauta.

Pete tuvo que reprimir una carcajada. El hombre de Omega había hecho la pregunta con voz temblorosa.

—Esto es todo lo que traigo —declaró el señor Barron—. Y mi esposa trae sus propios tesoros.

La aludida dio un paso al frente.

—Traigo los últimos retratos de mis dos hijos y mi vestido de boda. No podía abandonarlos, claro.

—Ya —asintió el extraterrestre—. Bien, venid conmigo.

Los astronautas desandaron el camino por el que habían venido y el matrimonio Barron echó a andar tras ellos. Pete se incorporó, súbitamente asustado. Los señores Barron ya no eran más que dos figuras apenas visibles moviéndose a través de un paisaje de ensueño a causa de la niebla. Al cabo de un momento se habían desvanecido por completo.

Mas de repente, los astronautas se detuvieron. El que llevaba la linterna se hizo a un lado y el segundo giró sobre sí mismo para encararse con el señor Barron. Levantó sus brazos y señaló al señor Barron y a su esposa. Pete comprendió que se trataba de algo que había visto miles de veces por televisión. ¡El hombre espacial empuñaba una pistola!

—Vamos, papaíto —murmuró el falso astronauta—. ¡No te muevas!

El de la linterna anduvo a través de la niebla hacia un objeto enorme, en forma de platillo volante, que estaba anclado en el prado. Se inclinó y buscó algo, y después se movió de sitio y volvió a inclinarse. De repente, los acantilados resplandecieron una vez

más, y el platillo se irguió. Al principio, se elevó con lentitud, pero después lo hizo cada vez a más velocidad hasta que desapareció en la noche, por encima de los acantilados.



Las llamaradas se extinguieron y el prado volvió a presentar su aspecto plateado bajo la luz de la Luna.

—Supongo —murmuró Charles Barron— que desde el rancho habrán visto ese despliegue de fuegos artificiales… y también desde la carretera. Mi gente creerá que me he marchado, y esos desdichados soldados de pega pensarán que ya pueden invadir mi propiedad con toda libertad.

El de la pistola se quitó el casco con una sola mano. Era un joven de aspecto normal, con el cabello muy largo.

—Debiste traer el oro contigo, papá —exclamó—, pero no te preocupes. Al final, nos haremos con él.

Se aproximó al señor Barron y casi colocó la pistola en la cara del millonario.

—Naturalmente, no queremos demorarnos mucho —añadió—. Ya hemos perdido demasiado tiempo con esta pantomima. Por tanto, no nos fastidies más. Si tenemos que registrar todo el rancho, lo haremos. Pero en ese caso, y créeme, lo haremos sobre tu cadáver.

La señora Barron dejó escapar un grito de angustia.

—Sé bueno contigo mismo —aconsejó el joven melenudo—, y también con tu esposa. Vamos, di dónde guardas el oro, ahora mismo.

Barron exhaló un suspiro.

—Por lo visto, el secreto del oro es un secreto a voces. Muy bien —continuó—. De nada sirve morir por dinero. El oro está en el suelo del sótano de nuestra mansión.

El pistolero retrocedió y desapareció momentáneamente en la niebla. Al cabo de un instante se oyó un tintineo, como el de una campanilla defectuosa.

—¡Ah! —exclamó el señor Barron—. ¡Un teléfono de campaña!

El pistolero no replicó. Se quedó vigilando a sus prisioneros, en tanto que de las tinieblas surgía la voz de un segundo individuo.

—No lo ha traído consigo —decía por el teléfono—. Está enterrado bajo el sótano de su casa.

El que hablaba por teléfono hizo una pausa para escuchar y luego dijo:

—De acuerdo.

Cuando reapareció, Pete comprendió que el teléfono de campaña

debía estar escondido detrás de una de las rocas de la base de los acantilados.

—Será mejor que el oro esté allí —amenazó el pistolero—. Si esos tipos registran el sótano y no encuentran nada, ¡pondrán tu cabeza bajo el cemento!

—Ya veremos —repuso el señor Barron.

Se volvió hacia su esposa y la empujó, de modo que ella trastabilló y cayó al suelo.

Durante una fracción de segundo, el pistolero se volvió hacia la señora Barron. Y en aquella misma fracción de segundo se produjo la chispa de una llama y el ruido de un disparo. El pistolero gritó y dejó caer su arma.

—¡No te muevas! —le ordenó el señor Barron. Tenía los brazos extendidos, y empuñaba una pistola—. Ernestine —continuó—, recoge el arma de ese canalla.

La señora Barron ya la tenía en la mano. Se la entregó a su marido y se puso de pie. El hombre que había amenazado a Charles Barron cayó de rodillas. Luego, se llevó una mano lesionada al pecho y empezó a sollozar.

—¿Dónde conseguiste esta pistola? —preguntó el hombre de la linterna cuando el señor Barron le registraba en busca de armas.

—Es la de mi padre —explicó Charles Barron—. Siempre la guardo bajo la almohada. Tus cómplices no la vieron cuando asaltaron el arsenal.

El millonario levantó la voz.

—¡Pete! —gritó—. ¡Konrad!

—Aquí estamos, señor Barron —respondió Pete.

Atravesó el prado, con Konrad pegado a sus talones.

—Opino que aquí sólo están esos dos —dijo Charles Barron—. De haber otros, ya se habrían dejado ver —volvióse hacia su esposa —. Ernestine, ¿estás segura de poder escalar el acantilado?

—Tan pronto como haya vendado la mano de ese bribón —declaró ella—. ¿Tienes un pañuelo limpio, Charles? Dámelo, por favor.

El señor Barron soltó un bufido, pero entregó el pañuelo. La señora Barron se arrodilló sobre la hierba y vendó la mano del pistolero. Tan pronto como terminó, Pete cogió la linterna y fue en busca del teléfono de campaña. Cuando lo encontró, arrancó los

cables del aparato y ató a los dos canallas.

La señora Barron cogió la linterna de su marido y se la metió en el cinturón. Después le dio la mano a Konrad.

—Traspasaremos el acantilado y saldremos a la autopista —explicó—. Supongo que lleva usted unos zapatos cómodos. Bien, avisaremos a la policía, y mi marido y los chicos se ocuparán de lo que ocurre aquí. Tardaremos unas dos horas en regresar, ¿de acuerdo?

Konrad asintió, y la señora Barron inició la difícil escalada del acantilado. Konrad la siguió con cautela a la luz de la Luna, colocando los pies en los mismos sitios donde la señora Barron ya había puesto los suyos. El señor Barron y Pete les vieron marchar. A Pete le pareció que transcurrían varias horas antes de que la pareja llegara a la cumbre del acantilado y desapareciese en los terrenos que dominaban el rancho.

—¡Ya está! —suspiró el señor Barron—. Mi esposa es una escaladora excelente.

Tras dejar a los «astronautas» maniatados en el prado, el señor Barron emprendió la marcha hacia los prados de más abajo.

—¡Vamos, chico! —le gritó a Pete—. No podemos permanecer aquí toda la noche… ¡Estoy seguro de que en el rancho no nos faltarán las emociones!

CAPÍTULO 17

La búsqueda del tesoro

El individuo que se hacía llamar teniente Ferrante se hallaba en el sendero próximo a la cocina general del rancho. Apuntó con un rifle hacia lo alto y disparó.

—¡Todos a sus casas! —ordenó—. ¡Adentro! ¡Moveos! ¡Todo aquel que esté aquí fuera dentro de dos minutos no podrá contarlo!

Los peones del rancho que habían salido al sendero cuando hubo llamas en los acantilados, empezaron a retroceder. Las puertas de los pabellones se cerraron a sus espaldas y se oyó cómo corrían los cerrojos.

Ferrante se dirigió hacia la cocina. Allí se hallaba reunido el resto del personal, junto con Jupiter y Bob. El individuo que Bob había visto delante de la tienda de campaña, el llamado Huesos, estaba allí con un rifle. Se hallaba sentado en una silla, entre la mesa y la puerta, con el arma entre las rodillas, los ojos muy alerta.

Ferrante miró a Elsie Spratt y a Mary Sedlack que estaban sentadas a la mesa, con las manos cruzadas ante ellas. Hank Detweiler estaba apoyado en el respaldo de la silla de Elsie, y Aleman y Banales también estaban sentados frente a ambas mujeres. Parecían coléricos, y en tensión. Jupe se hallaba a la cabecera de la mesa, con Bob a su lado.

—¿No había un tercer chico? —indagó Ferrante. Miró ferozmente a Jupiter—. ¿Dónde está tu compañero?

—No lo sé —repuso el Primer Investigador—. Salió hace poco y no ha vuelto.

El teniente titubeó, como si no supiera si creer a Jupe.

—El chico no está por aquí —corroboró Huesos—. Al ya ha mirado arriba. ¿Quieres que busque en los cobertizos?

Ferrante dejó oír un chasquido de impaciencia.

—No, no importa. No puede ir muy lejos. Además, les tenemos

cubiertos a todos —señaló el grupo de la mesa—. Y si viene ese chico, también lo atraparemos.

Ferrante se marchó. Se detuvo un momento en el sendero para hablar con otro hombre armado que estaba allí de guardia. Después desapareció por la entrada al sótano de la mansión de los Barron.

Jupiter Jones consultó su reloj. Eran casi las diez y media. Los acantilados habían llameado hacía ya veinte minutos, y Jupe sabía que no era razonable esperar ayuda antes de medianoche. Bien, sería una larga espera llena de angustia.

Jupe se retrepó en su silla y prestó atención. Oyó de esta manera golpes y crujidos en el sótano de la mansión. Ferrante estaba allí con otros tres compinches, aparte de Huesos y el centinela del sendero, y Jupe sabía que ahora los cuatro estaban abriendo los cajones del sótano y los grandes baúles vacíos.

Jupe se llevó una mano a los labios para disimular una sonrisa. Tardarían bastante en terminar la búsqueda del tesoro. Evidentemente derribarían el montón de leña, y cuando hubiesen paleado todo el contenido de carbón del gran cajón tendrían que excavar el suelo.

Los ruidos cesaron, y se oyó un crujido fuerte, que Jupe supuso lo habían causado los golpes dados al cemento del suelo con un mazo. El ruido continuó incesantemente por espacio de cinco minutos y luego otros diez. Al fin cesó y todos oyeron cómo las palas removían la tierra.

Hacía casi una hora desde que habían ardido los acantilados.

El hombre del rifle se movió en su silla y miró el reloj de pared de la cocina.

Los del sótano dejaron de cavar el suelo y empezaron a mover el montón de leña. Los troncos golpearon los restos de cemento del suelo, saltando en todas direcciones. De nuevo se oyó el ruido de los trozos de cemento, y el sonido de las palas en la tierra.

Hacía ya una hora y media que habían ardido los acantilados.

Los hombres del sótano atacaron la carga de carbón. Lo palearon, y volvieron a romper más cemento, y otra vez entraron en funcionamiento las palas.

Hacía casi dos horas que habían ardido los acantilados.

El teniente Ferrante subió del sótano. Tenía la camisa sudada, manchada y rota por los hombros, y el cabello le caía sobre los ojos.

Una mano enguantada se apoyaba en la pistola que llevaba al cinto. Entró en la cocina a grandes zancadas.

—¡Nos han engañado! —le espetó a Huesos—. No está allí. Nunca estuvo allí. ¡Iré al prado y el viejo Barron hablará y juro que hablará muy claro!

—¿No se quita nunca los guantes, teniente? —preguntó Jupiter.

Lo dijo en voz baja, pero había cierto sarcasmo en la voz, y Ferrante le miró casi con temor.

—Ha de ser bastante incómodo llevar guantes con este tiempo —añadió Jupe—, aunque es muy importante, ¿verdad?

Ferrante esbozó un movimiento como para marcharse, pero Jupe continuó y el falso teniente no se fue sino que se quedó a escucharle.

—El suyo realmente es un crimen artístico —murmuró Jupiter —. Se necesitaba una gran dosis de imaginación. Naturalmente, las materias primas necesarias para el complot ya estaban aquí. Usted tenía una mujer que creía en la amistad de los viajeros espaciales y entonces planeó lo del platillo volante. Tenía un hombre que se preparaba ante una catástrofe que podía destruir nuestra civilización, y fabricó un desastre. Usted interfirió los aparatos de radio. Me imagino que utilizó transmisores muy potentes en las montañas que rodean el rancho y la potencia de tales emisiones bloqueó la recepción de las emisoras comerciales que se escuchan en esta región.

Jupiter hizo una pausa llena de dignidad antes de proseguir su reconstrucción de los hechos.

—Después de interferir las radios, cortó los cables de la televisión y del teléfono, así como los de la electricidad. Así, el rancho se quedó aislado, y el escenario ya estaba dispuesto para la aparición de una compañía de soldados.

El hombre del rifle se agitó nerviosamente. —¡Eh! —exclamó—. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

Ferrante se dirigió hacia la puerta.

—¿Piensa quitarse los guantes, teniente? —le detuvo Jupiter.

Ferrante se paró. Sus ojos escrutaron el rostro de Jupe de manera calculada.

—Sí, ha interpretado usted muy bien su papel —prosiguió el Primer Investigador—. Usted era un hombre terriblemente asustado

ante la marcha de sucesos tan extraños. Fingió tartamudear ante Charles Barron, pero valientemente resolvió seguir las órdenes recibidas y no permitir que nadie abandonase el rancho.

Jupe sonrió.

—¿Y no le ayudó acaso el señor Barron? Apostó centinelas a lo largo de la cerca del rancho. Advirtió a todo el mundo que no abandonase su propiedad. Y esto ayudó a crear un clima de temor.

Jupe miró fijamente al teniente Ferrante.

—Después, el platillo volante despegó del prado tras las llamaradas en los acantilados, y Simón de Luca, el pastor, fue hallado inconsciente con el cabello cuidadosamente chamuscado. La nave espacial debe haber sido proyectada y construida cuidadosamente. Supongo que se trata de un globo lleno de helio, estirado sobre un armazón. La presencia de Simón de Luca en el prado sorprendió primero a sus hombres, teniente, pero decidieron aprovecharse de ello. Golpearon al pobre pastor, le chamuscaron el cabello con un cigarrillo o una cerilla, y lo dejaron allí suponiendo que, cuando lo encontrasen, todo el mundo creería que había sido víctima de un cohete espacial. La ilusión se completaba con la aparición en el prado de un individuo provisto de un traje espacial… la persona que impidió que mis amigos y yo nos marchásemos la madrugada pasada.

Jupiter se aclaró la garganta antes de continuar.

—Usted esperaba que el señor Barron quedase convencido de que los extraterrestres habían venido a llevárselo a su planeta, y casi lo convenció. También esperaba que se llevaría el oro consigo, cosa que en cambio no hizo. ¿Eh?, ¡ha debido ser muy desalentador para usted!

El teniente estaba como una estatua, como una estatua mortalmente helada. Sus labios formaban una línea delgada y sus ojos tenían la dureza del diamante.

—¿Oro? —repitió—. ¿Qué sabes tú del oro?

—Tanto como usted —afirmó Jupe—. El señor Barron desconfía de los bancos y del Gobierno, y sólo confía en el oro, de modo que tiene que guardarlo aquí, en el rancho. Ésta es su fortaleza. Bien, cualquiera podía realizar esta deducción. Mas para enterarse de otras muchas cosas respecto a los señores Barron, cosas que usted halló muy útiles en la preparación de su comedia, necesitaba un

espía. Necesitaba a alguien del rancho que estudiase a los Barron y le informase a usted… enterándole de todo cuanto pasaba. Sí, era una persona muy ligada a usted, ¿verdad, teniente? Alguien que solía utilizar la misma frase que usted… «una serpiente de cascabel en una tormenta». Alguien que padece una deformidad en una mano, muy semejante a la de usted… excepto que usted la esconde llevando guantes. La espía era su hermana Elsie.

En el silencio que se produjo en la cocina había una tensión casi eléctrica. Elsie Spratt saltó de su silla y se encaró con Jupe.

—¡Te demandaré por calumnia! —le amenazó.

—Oh, no —replicó Jupe tranquilamente—. Usted no demandará a nadie. Estará demasiado ocupada tratando de defenderse de las acusaciones. Naturalmente, no será usted sola. El teniente sabe perfectamente que hay un teléfono de campaña en este rancho. Y debe de estar bien escondido. ¿No estará, por casualidad, en el pesebre de ese caballo que es tan peligroso que solamente Mary Sedlack se atreve a aproximársele?

Jupe le sonrió a la joven Mary.

—Con el tiempo seguramente hallaremos que fue usted la que le sugirió al señor Barron que había que escuchar la radio y no el señor o la señora quien se lo ordenó a usted. Y había un magnetófono escondido en el pesebre. El mensaje de la nave espacial se hallaba en la cinta, lo mismo que el mensaje del presidente.

Mary había perdido su aspecto de joven decidida y estaba al borde de las lágrimas.

—No sé nada de eso —insistió.

—Claro que sí, Mary —casi le amonestó cariñosamente Jupe—. Usted y el teniente eran amigos… muy buenos amigos. Elsie tiene una foto en su habitación. Es una foto tomada en una fiesta de Año Nuevo. Al fondo se distingue una pareja que baila… una joven de pelo largo con un joven barbudo. Usted se cortó el cabello antes de presentarse en el rancho en demanda de empleo, Mary, o la habrían reconocido al momento. Y el teniente Ferrante, cuyo verdadero apellido es Spratt, se afeitó la barba.

—¿Quieres que liquide a ese chico? —preguntó Huesos.

—Dispara contra Jupe y tendrás que disparar contra todos los que estamos aquí —intervino Hank Detweiler con voz ronca—. Si

deseas intentar un asesinato en masa, adelante…

Su gesto indicó que poco le importaba tal masacre. Luego se volvió hacia Elsie.

—Es usted una pécora —exclamó—. Y a mí debieron de hacerme un examen del cerebro antes de darle trabajo en el rancho.

—¿Pues qué esperaba? —gritó al fin la cocinera—. ¿Acaso he de estar agradecida por tener la oportunidad de guisar y fregar platos el resto de mi vida? ¡Y ver cómo Jack se consumía en su maldita tienda, y ganaba sólo algunos níqueles de cuando en cuando! ¡Nosotros hemos nacido para cosas más elevadas!

—¿Qué cosas? —preguntó Detweiler—. ¿La cárcel de mujeres de Frontera?

—¡No diga esto! —gimió Elsie. Se puso muy erguida, frenética la expresión—. ¡Tenemos que largarnos, Jack! —le dijo al falso teniente—. ¡Salgamos de aquí! Ya es tarde y tenemos que ir a…

Calló. Acababa de oír un ruido lejano de coches en el sendero.

—¡Alguien viene! —se alarmó Huesos.

Jupe miró hacia la puerta y luego hacia la ventana lateral. Así divisó cómo una figura saltaba desde detrás de unos arbustos en dirección a la casa grande, empujaba la puerta del sótano y la cerraba de golpe. La figura se sentó después sobre aquella escotilla y contempló cómo Charles Barron aparecía por detrás de una esquina de la mansión. El millonario se encaró con el centinela del sendero.

—No intentes nada —le previno—. Mi esposa llegará de un momento a otro con la policía.



Apenas acababa de pronunciar estas últimas palabras cuando dos coches del departamento del *sheriff* atronaron el espacio. Los automóviles pararon con gran chirriar de neumáticos más allá de la cocina general. Se abrió una portezuela posterior y del coche salió la señora Barron.

—¡Cuidado, Ernestine! —la advirtió Charles Barron—. ¡Hacer esto podría ser tu muerte!

—Sí, querido —asintió ella, yendo hacia su marido.

El centinela armado se hizo cargo de la situación. Dejó caer el rifle y levantó ambas manos.

Se oyó un ruido en la puertecilla del sótano y Pete se apartó a un lado. La puerta se abrió y por allí salieron los tres hombres de Ferrante, los cuales se inmovilizaron donde estaban, a la vista de los coches-patrulla. Los ayudantes del *sheriff* saltaron fuera de los vehículos, con las pistolas a punto.

Charles Barron señaló a los que estaban junto a la entrada del sótano.

—Están muy fatigados por la busca del tesoro —les dijo a los ayudantes del *sheriff*—. Encontrarán otros dos atados junto al embalse. Y hay otra pareja en la cocina general del rancho, donde mi joven invitado Jupiter Jones los estaba entreteniendo. Creo que no les causarán ningún problema. Probablemente, Jupiter ya les habrá convencido de que toda resistencia será inútil.

Charles Barron sonrió animadamente.

—Es posible que todavía nos quede alguna esperanza… En la actualidad, la juventud es muy inteligente.

CAPÍTULO 18

El señor Sebastián hace unas preguntas

Una resplandeciente tarde, unos diez días después de haber vuelto los Tres Investigadores a Rocky Beach, iban pedaleando en sus bicicletas. Pasaron por la población playera de Malibú, y luego torcieron de la autopista de la costa del Pacífico hacia un camino lateral llamado Cypress Canyon Drive.

Al final del camino vivía el señor Héctor Sebastián, un amigo de los tres muchachos. Se habían conocido algún tiempo atrás cuando los Investigadores se ocupaban de un caso sobre el atraco a un banco. El señor Sebastián era un detective privado ya retirado, a quien una lesión en la pierna le había obligado a cambiar de oficio. Ahora era un escritor famoso y rico, y los únicos misterios que solucionaba eran los que imaginaba para sus libros y sus guiones de cine. Pero todavía sentía un gran interés profesional por los asuntos detectivescos.

El señor Sebastián había adquirido recientemente un edificio vetusto y en mal estado, que antes había sido el «Restaurante de Charlie», y poco a poco lo estaba convirtiendo en su residencia.

Cuando los muchachos llegaron al aparcamiento frente a la casa, el señor Sebastián estaba apoyado en su bastón contemplando con bonachona sonrisa a un electricista encaramado en lo alto de una escalera. El hombre estaba ocupado con unos tubos de neón que daban la vuelta en torno al tejadillo de la casa.

—¡Hola, chicos! —les saludó con alborozo el señor Sebastián. Luego señaló al hombre de la escalera—. Disfruto de mi nueva vida cómoda y facilona —declaró—. En otros tiempos, yo habría estado subido a esta escalerilla, luchando con esos cables. Ahora me limito a mirar y a supervisarlo, pero ese muchacho es un buen electricista y no acepta mis consejos.

—¿Va a quitar el anuncio de neón de la fachada, señor

Sebastián? —preguntó Bob.

—No —repuso el señor Sebastián—. Quiero que funcione como antes. Después, siempre que espere algún invitado a cenar haré funcionar esas luces de neón y mis invitados verán el edificio desde lejos.

Bob pareció sobresaltado y el señor Sebastián se echó a reír.

—Lo sé, no es cosa muy normal tener un letrero de neón en una casa particular. Pero imagínate cuán útil resultará en una noche oscura para los que no conozcan este vecindario. Y ahora, vamos adentro. Cuando llamasteis esta mañana le notifiqué vuestra visita a Don. Ahora está en la cocina atareado con sus cazuelas. No sé exactamente qué habrá preparado, pero la cocina huele muy bien.

Los muchachos siguieron al señor Sebastián hasta el porche de madera y mimbre del «Restaurante de Charlie» y luego por un pasillo que olía de manera excelente y apetitosa a algo hecho al horno.

Pasado el pasillo se hallaba una vasta estancia que había sido el comedor principal del antiguo restaurante. Los suelos eran de madera dura pulimentada, y los inmensos ventanales daban al océano, más allá de unos árboles. La habitación apenas contenía muebles, pero en un extremo, delante de la chimenea monumental, había una mesa baja, con superficie de cristal, y a su alrededor varias sillas de jardín. Al otro extremo de la habitación, parcialmente ocultos por unas estanterías repletas de volúmenes, había un escritorio y una máquina de escribir. Por el suelo se veían varios papeles esparcidos, y en la máquina se encontraba una hoja de papel en blanco.

El señor Sebastián señaló el escritorio.

—Me cuesta ponerme a trabajar aquí —suspiró—. Escribo un centenar de palabras y tengo que ir a dar una vuelta por mi propiedad, a fin de planear todo lo que debo realizar aquí. Por ejemplo, la terraza.

Pete miró en torno suyo.

—¿Qué terraza? —inquirió.

—Pondré una terraza frente a los ventanales —explicó el señor Sebastián—. No comprendo por qué los propietarios del «Restaurante de Charlie» no pensaron en ello años atrás. Sacaré un par de ventanas y pondré unas puertas corredizas en su lugar, y

después instalaré una terraza de cemento frente al edificio. De este modo, podré sentarme allí por las tardes y tomar un refresco, y tal vez Don aprenderá a hacer buenas tapas y combinados perfectos. ¡Eh, Don! —gritó entonces—. ¡Ya han llegado!

Casi inmediatamente apareció un oriental muy sonriente. Hoang Van Don era el sirviente vietnamita del señor Sebastián, un refugiado que aprendía con entusiasmo los modos y las costumbres norteamericanos. Y ahora se había tomado mil molestias para preparar un refrigerio para los Tres Investigadores. Y exhibió una bandeja cargada de alimentos.

—Lo mejor para nuestros grandes amigos —exclamó el vietnamita. Dejó la bandeja sobre la mesa de cristal—. Pastelitos de la abuelita —anunció—. Tostadas hechas con dulce de chocolate de las Grandes Amigas. Helado Feliz Deslumbrón y cerveza del Tío Hiram con chispas naturales.

—¡Es asombroso! —proclamó el señor Sebastián—. ¡Te has superado a ti mismo!

Don ensanchó su sonrisa, se inclinó con reverencia y salió de la estancia. Los demás se sentaron en torno a la mesa.

—Intento interesar a Don en un club social que se reúne en Malibú el tercer martes de cada mes —explicó el señor Sebastián—. Es una cena para los recién llegados a la comunidad, que deseen conocer a otras personas. Porque estoy preocupado pensando qué le ocurrirá a mi tubo digestivo si Don continúa componiendo sus menús gracias a los anuncios de la televisión. Tal vez si conoce a gente realmente norteamericana descubrirá que en este país tenemos alimentos que no son sólo azúcar… y que no siempre comemos la comida congelada y conservada en plásticos.

Jupiter se echó a reír y mordió una tostada. Aseguró que era muy sabrosa. Al mirar de reojo la cintura del Primer Investigador, el señor Sebastián adivinó que Jupiter no hacía remilgos a ninguna comida.

—Bien, muchachos, ¿qué sucede? —preguntó finalmente el famoso escritor—. Por teléfono dijisteis que habíais conseguido salvar la enorme fortuna de un supermillonario. Supongo que se trata de otro de vuestros misterios.

Bob asintió y extrajo un gran sobre de manila de una cartera y se lo entregó al señor Sebastián.

—Éstas son nuestras notas —explicó—. Pensamos que le gustaría conocer la historia completa del Rancho Valverde.

—¿Rancho Valverde? —repitió atónito el señor Sebastián—. ¿Estabais allí? ¡Vaya suerte! Los artículos de la prensa fueron muy fragmentarios. Ah, sí me encantará conocer toda la verdad de aquel truco colosal.

El señor Sebastián abrió la carpeta que contenía el sobre y se dedicó a leer las notas que Bob había tomado respecto al misterio de los acantilados llameantes. No habló hasta terminar la lectura. Entonces, cerró la carpeta y se recostó en su silla.

—¡Vaya noche! —exclamó—. ¡Y valiente proyecto! Supongo que habría habido otros planes más sencillos para apoderarse de ese oro.

—Cualquier cosa habría sido más sencilla —asintió Jupiter—. Pero Jack Spratt y sus cómplices son actores frustrados y no pudieron resistir la tentación de lograr una gran representación.

—Lo he observado —afirmó el escritor— en el poco tiempo que llevo en Hollywood. Algunos actores hacen un drama de cualquier tontería.

—Y allí estaban presentes todos los elementos del drama —añadió Jupiter—. La desconfianza que experimentaba Charles Barron hacia todas las cosas de este mundo y la creencia de la señora Barron en la llegada de los salvadores de nuestra humanidad, procedentes de otro planeta. Tal vez Spratt y sus cómplices conocían la emisión de *La guerra de los mundos*, de Orson Welles, y esto les inspiró para crear un drama sobre el fin del mundo. Debieron divertirse mucho al disfrazarse de soldados y astronautas.

—Los disfraces eran de la Compañía Occidental de Disfraces —agregó Pete—. Los teléfonos de campaña procedían de un excedente del ejército que adquirieron Spratt y sus amigos. Y el *jeep* lo robaron.

—No estamos seguros respecto al platillo volante —continuó Bob—, mas opino que probablemente lo construyeron ellos. Después lo soltaron en el prado, flotó en el aire y, según sabemos, no ha caído en ninguna parte. Seguramente lo construyeron como aquella grapa que hallamos en el prado. Unos expertos la examinaron y afirman que no sirve para nada. No es más que una

basura. El señor Barron utilizará aquel objeto como pisapapeles. Muchas cosas las hemos tenido que adivinar, porque los detenidos se niegan a hablar. O callan o piden abogados tan pronto como aparece el *sheriff*.

—Es natural —asintió el señor Sebastián. Sostuvo en alto la carpeta—. Claro que en la historia quedan algunos huecos. Por ejemplo, el éxito del plan dependía de que el rancho quedara totalmente aislado algunos días. ¿Cómo lograron desviar los granujas el tráfico de la carretera que atraviesa el valle?

—Fue fácil —proclamó Pete—. Pusieron varios cartelones de «Carretera cerrada por obras», a cada extremo. Y como la carretera no es excesivamente transitada se imaginaron que nadie se molestaría en investigar, como así sucedió.

—Un riesgo aceptable —asintió el señor Sebastián—. Bien, ¿quién os atacó a vosotros cuando intentasteis atravesar el prado y abandonar el rancho? ¿Había apostado Spratt guardias allí? ¿Era Mary Sedlack la persona que olía a caballo?

—Eso creemos —dijo Jupe—. Sí, pensamos que Mary nos vio salir aquella madrugada y usó el teléfono de campaña del pesebre del caballo para advertir a los soldados de la carretera. Entonces, Spratt alertó a los hombres de los acantilados, los cuales ya nos estaban aguardando. Mary nos siguió para asegurarse de que no llegábamos a salir del rancho y atacó a Bob en tanto otros dos golpeaban a Pete y a mí. Luego, regresó al rancho y tomó su ducha de todas las mañanas. Bueno, presumimos esto porque cuando el señor Barron nos trajo de vuelta a la casa, Mary ya no olía a caballo. Claro que no creyó que el olor pudiera traicionarla. Estaba siempre alrededor de los animales, de manera que esta idea seguramente no se le ocurrió.

El señor Sebastián sonrió.

—La gente que trata con caballos conserva ese aroma —expresó —. De modo que hallasteis un teléfono de campaña en el establo, ¿eh?

—Oh, sí —afirmó Jupe—. Estaba preparado para que Elsie o Mary pudiesen llamar a la carretera, pero de manera que nadie pudiese llamar al rancho. Jack Spratt no quería que la gente oyese el timbre de una llamada.

—Jack Spratt era un genio arreglando aparatos —intercaló Pete

—. Preparó los teléfonos de campaña, puso un magnetófono escondido en la radio de su hermana Elsie, para que pudiese poner en marcha el discurso que se suponía procedente de la Casa Blanca cuando todos estuviésemos escuchando. También preparó la radio de Mary para que ella pudiese hacer oír la cinta con el mensaje de la nave espacial. Cuando Mary hubo convencido al señor Barron que sería una buena idea estar al lado de la radio, sentóse en el comedor y aguardó a tener un auditorio. Entonces, puso en marcha el mensaje. Y el auditorio fuimos nosotros.

—Los aparatos de radio y las cintas grabadas serán una buena evidencia para el fiscal de distrito —anunció Jupe—. También lo serán los teléfonos de campaña y la máquina de niebla del prado.

—¿Una máquina de niebla? —se asombró el señor Sebastián.

—Tenía que haber niebla —explicó Jupe—. La niebla escondía el equipo del pie de los acantilados… los tanques de gas y un mecanismo que encendía este gas y simulaba las llamas en los acantilados. Los tanques los bajaban con cuerdas al fondo de los acantilados y volvían a elevarlos para que nadie del rancho conociese su existencia. El platillo volante también debió de ser arriado mediante cuerdas resistentes, a fin de que pudiera despegar a su debido tiempo, o bien sólo lo bajaron y lo amarraron al suelo.

—Los truhanes esperaban que el señor Barron llevara su oro en su cita con la nave espacial —continuó Bob—. Pensaban que sólo tendrían que cogerlo y salir corriendo. Probablemente creían que el señor Barron no armaría demasiado alboroto porque en tal caso quedaría como un imbécil. ¡Imagínese, señor Sebastián, al señor Barron contando a la policía que se había llevado el oro a un prado próximo al rancho porque un platillo volante estaba dispuesto a trasladarlo a otro planeta!

El señor Sebastián estaba asombrado.

—Claro, esto haría que el señor Barron pareciese un idiota —reconoció el escritor—. Bien, gracias a vosotros esto no ocurrió.

Jupiter frunció el ceño.

—Debimos comprender antes lo que pasaba —dijo—. Debí observar antes que Elsie y el falso teniente usaban las mismas frases. Cuando caí en la cuenta de la frase de la serpiente de cascabel en una tormenta, todo lo demás encajó al momento. Los guantes del teniente tuvieron su significado, y recordé que era Elsie

la que había puesto en marcha la radio para captar el mensaje presidencial. También fue Elsie la que sutilmente le sugirió al señor Barron que se aislara. Sí, ella plantó en su cerebro la idea de que el rancho sería un refugio idóneo para los funcionarios del Gobierno y fingió inquietarse por tener que guisar para tanta gente. El señor Barron se disgustó mucho ante este pensamiento; le dijo que no tendría que molestarse en absoluto, y apostó centinelas para que no entrara en el rancho ningún desconocido. Elsie jugó con la desconfianza que el señor Barron experimentaba por los bancos y el Gobierno.

—¿Y qué os hizo sospechar de Mary? —quiso saber el señor Sebastián.

—El mensaje del platillo volante —admitió Jupe—. Reflexioné sobre el mismo cuando estábamos en la cocina y los hombres cavaban en el sótano. Si Elsie era la responsable del falso mensaje de Washington, comprendí que Mary podía ser la responsable del mensaje enviado desde el espacio exterior. Luego recordé la fotografía que tenía Elsie en su dormitorio y comprendí que la pareja que bailaba en el fondo eran Mary y Jack Spratt. Con eso, el rompecabezas estuvo solucionado. Pero había tenido demasiadas piezas sueltas.

—Complicado —alabó el señor Sebastián—, pero interesante.

—El otro día, un teniente de policía se refirió por televisión a los timadores —intervino Pete—. Afirmó que, si los estafadores trabajasen normalmente en algo honrado tan arduamente como cuando se dedican a hacer sus chanchullos, todos se harían ricos.

—Seguramente es cierto —asintió el escritor—. He conocido a muchos bribones en mi época, mas ninguno deseaba ser honrado. Tal vez por esto no son personas rectas. O no ven las cosas de manera realista.

—Probablemente —añadió Jupiter tras asentir a las palabras del señor Sebastián—, Elsie no planeaba robar al señor Barron cuando entró de cocinera en el rancho, pero ella y su hermano creían que el mundo no los había tratado bien. Pensaron que necesitaban otra oportunidad, de modo que no les costó mucho hacerse a la idea de que lo mejor sería apropiarse de parte del tesoro del señor Barron.

—La vida no es justa, ¿eh? —Comentó el señor Sebastián—. Nos engañamos si esperamos que lo sea. ¿Y qué hay de Mary? ¿Por qué

se mezcló con esa gente?

Bob se encogió de hombros.

—Sólo sabemos que necesitaba dinero para sus estudios de veterinaria —explicó—. Tal vez no quiso desaprovechar la ocasión…

—La ambición la perdió, ¿verdad? —sonrió el famoso autor de novelas policíacas—. Bien, ¿descubristeis dónde estaba escondido el oro?

—El señor Barron no nos lo dijo, pero nosotros lo adivinamos —respondió el Primer Investigador—. Los muebles de jardín fueron fabricados a petición del señor Barron, y tenían ranuras iguales en todos ellos, ranuras como las de las máquinas tragaperras. Creo que el señor Barron adquirió el oro en forma de monedas y las dejó caer en las ranuras de esos muebles. ¡Sí, opino que las sillas y las mesitas de jardín estaban repletas de oro!

El señor Sebastián se quedó boquiabierto ante esto.

—También creo que ahora el oro está en otra parte. Elsie y su hermano se acercaron demasiado al tesoro. Estoy seguro de que el señor Barron ha dado los pasos necesarios para que nadie vuelva a aproximarse tanto. Y tal vez, algún día, recobrará la confianza en los bancos o en las inversiones ordinarias. Mientras tanto, la señora Barron no ha perdido la fe en la Misión de la Luz Azul. La convención se celebrará este verano en el rancho y la señora Barron está haciendo construir la plataforma de los oradores en el prado de arriba. Instalarán bombonas de butano para que los acantilados resplandezcan de acuerdo con sus deseos.

—¡Magnífico! —Ponderó el señor Sebastián—. Me gusta la idea. ¡Eso hará que el neón de mi fachada parezca un juego de niños!

—Y ahora deseamos pedirle un favor —se atrevió a decir Jupiter.

—¿De qué se trata?

—Usted escribió la presentación de nuestro último caso, tras la muerte del señor Hitchcock y, naturalmente, ya no puede escribir ninguna otra introducción. Bueno, pensamos que si a usted le gustaba este caso, y si no estaba demasiado ocupado con su trabajo…

El señor Sebastián levantó la mano.

—Ni una palabra más. Me sentiré muy honrado al prologar este

caso. Es fascinante.

El señor Sebastián se comió distraídamente una tostada.

—¿Sabéis? —agregó—. Este plan quedó realmente estropeado por la hospitalidad de la señora Barron. De no haberos rogado que os quedarais a cenar, habríais estado muy lejos del rancho cuando empezó el jaleo. En eso tenemos una lección.

En aquel momento, Don se asomó al comedor para preguntar qué tal estaba la comida.

—Bien, muy bien —respondió el señor Sebastián—. Don, has de continuar así. ¿Y quién sabe? ¡Algún día puedes impedir el robo de mi vajilla gracias a tus pastelillos de chocolate!

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

Notas

[1] *Stamps*, en inglés, significa «sellos de correo». < <